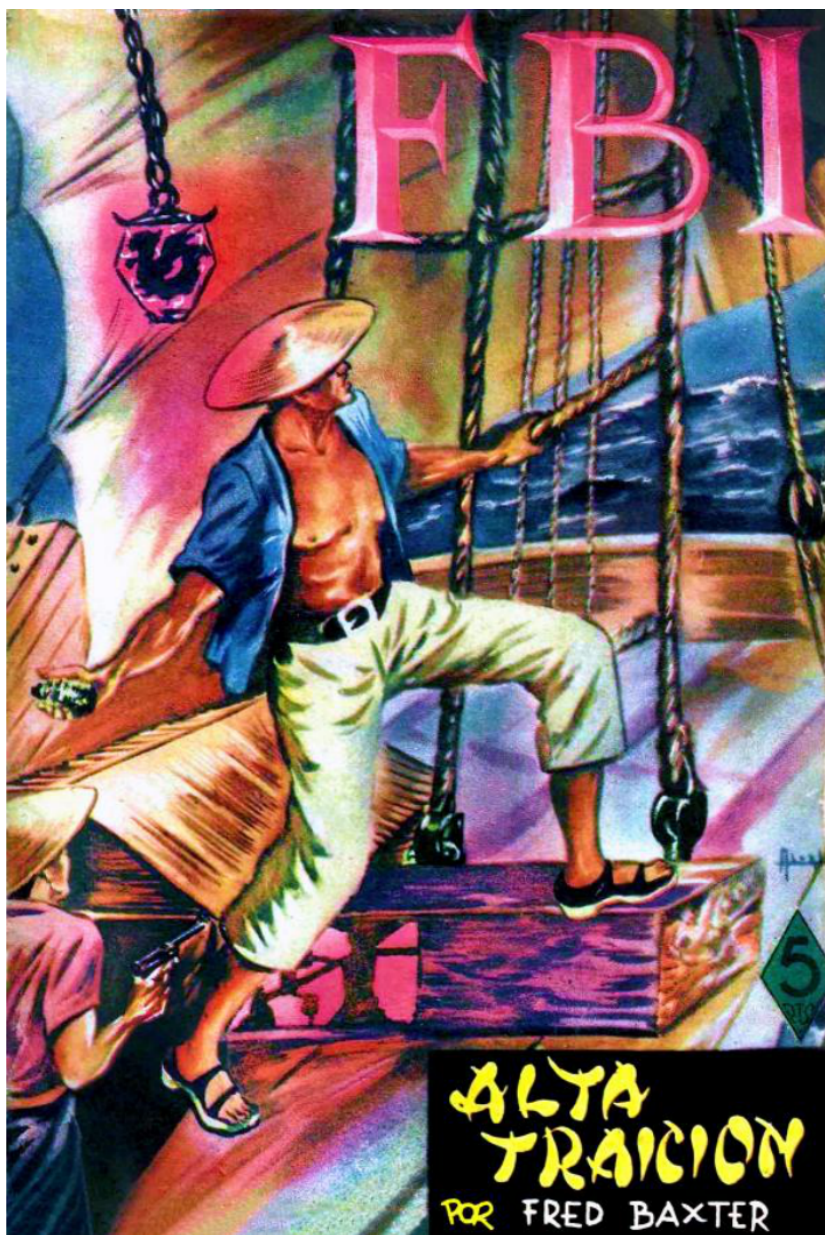




ALTA TRAICION

POR FRED BAXTER

FRED BAXTER

ALTA TRAICION





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.^a edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz.
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
» 13.—¡SANGRE!, por Frank C. McFair.
» 14.—LA REBELIÓN DE LOS MUERTOS, por Alar Benet.
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy.
» 16.—TANGER, por Alf Manz.
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin.
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.

En preparación:

TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
EL DELATOR.

I

UN VIAJE ACCIDENTADO



N las oficinas de la Dirección General de Asuntos Extranjeros, se trabajaba con gran actividad. Llegaban noticias contradictorias de la situación en China y según algunos Informes, el estado era caótico. Toda la cuenca del río Amarillo estaba en llamas, varias embajadas habían sido asaltadas y las colonias europeas y americanas emigraban buscando la salvación en la huida. El antiguo imperio del dragón sufría los zarpazos de la revuelta. Buques surtos en aguas territoriales habían sido cañoneados y el telégrafo no cesaba de lanzar mensajes en todas direcciones.

En uno de los despachos del gran edificio del *Tecnical*

Laboratory, en el Palacio de Justicia, de Washington, un empleado manejaba el espectrógrafo y los carbones de un arco voltaico hacían de sol en miniatura. Los rayos luminosos eran proyectados a través de una lente de cuarzo al interior de una especie de cámara alargada, en la cual pasaban por un prisma que al «descomponer» la luz se reflejaba en una placa fotográfica.

El resultado del examen reveló claramente el origen de una partícula de cobre encontrada por uno de los agentes federales a la puerta de cierta Embajada. Según el análisis, se trataba de una composición extraña perteneciente a un proyectil de un arma desconocida.

La central telefónica recibió orden de interceptar todas las comunicaciones que fuesen lanzadas procedentes de determinado sector de la ciudad.

Y así, horas después, el
F. B. I.,
tenía en su poder el siguiente informe:

«Hora 4,40. —Copia de la conversación sostenida a
través de los aparatos

173 426

y

28 654

D. Operadora O. H. Sangers. Notas taquigráficas de L.
O'Hary:

X. —Urge enviar informes sobre aparatos x Fiac 1.
Procure entrevistarse con agente 8.

Z. —Ya lo hice. Está trabajando activamente.
Necesitamos la colaboración de nuestro amigo para
conseguir más amplios detalles.

X. —De acuerdo. Envío radiograma a Comité de
Propaganda.

Z. —Nos veremos luego. La luz roja me anuncia que
voy a tener visitas».

El

F. B. I.,
una vez más, tenía que trabajar sin más datos que simples

conjeturas. La copia de aquel diálogo telefónico le puso sobre la pista de una conjura urdida para apoderarse de unos secretos relativos a un nuevo aparato sin motor.

La red de espionaje tenía agentes en todas partes.

La Dirección de Aeronáutica solicitó la intervención del F. B. I., al observar la desaparición de algunas piezas de repuesto en sus talleres.

En cuanto a la partícula encontrada, era simplemente un cebo para hacer caer en el error a los técnicos del Laboratorio de balística.

Mientras tanto en una de las oficinas de la Dirección General de Asuntos Exteriores, Robert Stravers tecleaba a máquina afanosamente. Había cerrado la puerta y terminaba su informe cuando sonó el teléfono. Descolgó el auricular y escuchó las siguientes palabras:

—Necesitamos informe urgente sobre lo que usted sabe. Se acerca la cosecha y hay que sembrar. Pagaremos buenos precios por la semilla.

—Entendido. Lo encontrará en la casilla de correo.

Aquellas palabras, al parecer tan inofensivas, encerraban un misterioso significado. Robert guardó en un sobre el informe, escribió la dirección, y después introdujo todo ello en un segundo sobre cuyas señas trazó a pluma.

Salió a la calle, subió a un «taxi» y poco después, depositaba el sobre en una casilla de correo de la Estafeta situada frente al Palm Hotel.

Las investigaciones realizadas no daban el menor resultado y en los despachos oficiales se recibían diariamente avisos y quejas, unos y otros relacionados con la desaparición de planos.

Por aquellos días hubo, cambios en los gabinetes diplomáticos y el cónsul de Hong Kong recibió orden de regresar a su patria.

Harry Rogers fue llamado a presencia de su jefe apenas se presentó en las oficinas del F. B. I.

Barry era uno de los mejores agentes de la benemérita institución y en distintas ocasiones había demostrado su pericia y su

arrojo en casos difíciles. Tenía veintiocho años y había pertenecido a la aviación de la marina; era, por lo tanto, un excelente piloto que se distinguió en el vuelo Nueva York-Ragat (Siria), recorriendo una distancia de 9104 kilómetros.

Además poseía condiciones excepcionales como campeón de natación y formidable tirador.

Era de buena estatura, de figura atlética, cabellos castaños, un poco rizados, ojos azules, y se destacaba entre sus compañeros por sus conocimientos como poliglota, toda vez que dominaba varios idiomas, entre ellos el chino.

Barry era simpático, cualidad estimable entre todas. Sabía conquistar el afecto espontáneo de los que le trataban.

Al penetrar en el despacho del director, miró a este extrañado. Había estado hablando con él unas horas antes y no suponía ni remotamente que pudiera tener nada que decirle, más en el

F. B. I.,

las novedades surgen a cada paso.

—Hola, Harry —saludó el jefe—, siento que no pueda ir a Boston, como era su intención, pero tengo trabajo para usted, un trabajo de prueba, digno de Barry Rogers.

Barry contestó con una sonrisa y fue a sentarse en uno de los sillones que amueblaban el aposento. Suponía, y con razón, que la tarea que le aguardaba sería interesante cuando su jefe la calificaba «de prueba». Encogióse de hombros resignado y se dispuso a escucharle.

Acababa de regresar de Chicago en donde llevó a feliz término una misión peligrosa y creía poder disfrutar unos días de merecido descanso con su familia, en Boston; más he aquí que la suerte le deparaba un nuevo entretenimiento. Su jefe le señaló la caja de cigarros y después de consultar unas notas, explicó:

—Extremo Oriente es una hoguera y los amarillos nos están empujando a lo que quisiéramos evitar. El espionaje internacional ha tomado carta de ciudadanía entre nosotros y pretende quitarnos el sueño. Acabo de recibir un comunicado del secretario general de la Dirección de Asuntos Extranjeros para que uno de nuestros agentes, especializados en vuelos, lleve al nuevo cónsul a Hong Kong, tripulando un aparato que ya está preparado en el aeródromo. Ignoro las razones de tal determinación, pero así puedo

decirle algo que conozco por referencias oficiales. Parece ser que aquello no marcha bien y hay sospechas de que entre la colonia de nuestro país, se oculta un traidor que está vendiendo secretos de guerra al extranjero. Yendo usted como aviador civil, puede pasar casi desapercibido. Una vez allí, tratará de abandonar el cargo y dedicarse con entera libertad a buscar al que nos traiciona. La cosa no será fácil ni divertida, lo comprendo y hasta es probable que se juegue la vida a cada paso; sin embargo, yo confío en usted y por eso no he pensado en ningún otro.

—¿Y no hay ninguna pista?

—Nada. El espionaje internacional sabe lo que se hace. Siembra falsas huellas y procura desviarnos del verdadero camino. Se sospecha que desde aquí alguien envía informes a un intermediario, y éste, a su vez, los traslada a los interesados. Han desaparecido algunos planos, de poca importancia, afortunadamente. Estamos sobre la pista de un personaje y confiamos localizarle antes de poco, más eso no basta. Tengo aquí la ficha de un caballero que perteneció a la Embajada de su país hace poco más de un año; se llama Amiro Nikota, agregado militar, desaparecido de pronto. Se supone que esté en China, aunque no hay prueba alguna. Llévase una copia de la ficha y estúdiela: tal vez le sirva; después la rompe. Irá con usted un mecánico que es de los nuestros. Puede confiar en él. Acaba de salir de la Academia, pero sabe lo que se hace. También perteneció a la Marina. Sirvió en un portaaviones. Y ahora sólo me cabe encargarle prudencia, para que no se malogren sus iniciativas. Téngame al corriente por radio con la clave secreta y desconfíe de todo el mundo. Ya sé que no necesita consejos; si se los doy es porque considero que jamás ninguno de nuestros agentes intentó misión más peligrosa. No lleve credencial alguna; en caso de necesidad, bastará un documento del Consulado, aunque no creo que le haga falta. Y nada más; vaya a prepararse. Recibirá mis últimas instrucciones a la hora de partir.

Barry alejóse entusiasmado. Por fin iba a conocer el país fabuloso de las leyendas.

Aquella noche procuró divertirse. Era la última que pasaba en Washington, y quería aprovecharla.

¡China! La tierra de las grandes aventuras. ¡Cuántas veces había soñado con hacer un viaje, y he aquí que su suerte le deparaba la

oportunidad de realizarlo cuando menos lo pensaba!

Y lleno de optimismo y de dulces proyectos, se dirigió a uno de los más elegantes «*cabarets*».

Henry Kalmar llegó al aeródromo con una hora de anticipación. Era un hombre metódico, con cuarenta años de experiencia en asuntos diplomáticos. Acababa de ser relevado de la Cancillería de Guatemala, y su nombramiento como cónsul en Hong Kong representaba un ascenso.

A pesar de ello, no estaba satisfecho. La China no era un país que le agradase. En aquel año de 1947 corrían malos vientos en Asia, y los cuatro jinetes del Apocalipsis arrasaban los románticos crisantemos...

Kalmar penetró en el ambigú, encargando a un mozo que depositase su equipaje en el avión que despegaría en breve hacia los mares de China.

Era un soberbio «Sturgeon» bimotor con motores Rolls-Royce Merlin 140, de

2080 C. V.,

y el empleo de hélices Rotol de contra-rotación de tres metros de diámetro, con la estructura del borde de salida formada por costillas de plancha perfilada para alojar las aletas Zapp divididas. Llevaba dos ametralladoras «Browning» de 12,7 milímetros de calibre montadas en una cuna de ajuste sujeta en la punta del fuselaje. Desarrollaba una velocidad máxima de 680 kilómetros, con un radio de acción de 2600. Estaba provisto de un aparato de radio instalado en la proa.

Kalmar saludó a su piloto, al que no conocía, y Barry le presentó al mecánico Alberto Duggan, que sería su compañero de viaje; los tres hombres bebieron en amable compañía, brindando por el feliz éxito de la expedición. Barry había recibido un poco antes las instrucciones de su jefe, y éstas eran en extremo rigurosas. Según ellas, Barry sería el verdadero jefe en aquel viaje peligroso, y cuánto determinara por causas imprevistas permanecería ignorado por sus acompañantes.

Poco después subían al avión.

El «Sturgeon» despegó con ayuda de cohetes, recorriendo apenas 30 metros por el campo. Al elevarse trazó una media circunferencia,

tomando rumbo Sur, y bien pronto pasó sobre Richmond a una altura de 3000 metros. El cielo estaba despejado, con nubes azules, y la brisa NO, era suave y cálida. Al enfilar el Océano, el bimotor descendió, siguiendo la costa hasta pasar al oeste del archipiélago de las Bermudas, descubiertas por Juan Bermúdez en 1522.

Barry, en el puesto de dirección, oteaba las nubes. Cuando vio pasar las islas del archipiélago, que parecían allá abajo flotantes cascarones, colocó el piloto automático, y conectando la radio se dispuso a escuchar las últimas noticias. Las ondas le trajeron bien pronto la palabra lejana de una estación perdida en medio de los mares: ¡Manila!

Según el locutor, había estallado una revuelta en Mindoro, y los rebeldes, adueñados del puerto, se incautaban de todas las mercaderías próximas a desembarcar. Fuerzas armadas se dirigían a combatir a los revoltosos.

Cambió la onda, y después de mucho buscar consiguió oír a Shanghai. Era una emisión en chino especialmente dedicada a los isleños del Pacífico. Kalmar protestó, diciendo que quitara aquello, porque él no entendía una palabra; pero Barry tenía un especial interés en escucharlo; y así, pudo oír lo siguiente:

«Las fuerzas del mal se agrupan en las llanuras del Norte, dispuestas a invadirnos. Debéis estar todos preparados para resistir al enemigo de nuestra tradición secular. Agentes extraños les proporcionan modernas armas de combate; se dice que en Hong Kong hay establecido un cuartel general secreto dedicado a recibir los últimos inventos mortíferos para aniquilarnos. Traidores nos rodean, pero los fieles descendientes de los Ming[1] lucharán hasta la muerte por sus libertades y por su independencia, y el poderoso Kwan Ti nos protegerá contra todo ataque exterior[2]. Debéis estar alerta y denunciar a todo aquel que pretenda socavar el orden y la integridad de la patria; mientras tanto, seguid trabajando y con el pensamiento puesto en el sagrado porvenir de la raza».

Una nueva estación anunciaba la celebración de una Asamblea internacional para laborar por la paz, y Barry pensó que el mundo

estaba loco, toda vez que a pesar de las dolorosas experiencias recibidas no lograban ponerse de acuerdo. Buscó otra estación y escuchó música. Era Hawái, la romántica, que daba la bienvenida a sus visitantes.

Duggan vino a relevar a Barry, Volaban ahora frente a la línea ecuatorial, a 400 kilómetros por hora. Kalmar aprovechó la ocasión para charlar un rato con Barry.

El cónsul se mostraba inquieto. Las noticias llegadas del Extremo Oriente no podían ser más alarmantes. Las continuas revueltas amenazaban convertir al mundo civilizado en un incendio. Ya no se respetaban ni las representaciones consulares. El odio de raza estallaba brutal, indómito y salvaje, atropellándolo todo.

—No comprendo —dijo Kalmar este cambio de diplomáticos—. ¡Con lo bien que yo estaba en Guatemala!

—No le extrañe —contestó Barry—. Su antecesor en Hong Kong no era persona grata, y por eso lo han relevado. El Gobierno procura enviar a los destinos lejanos a todos aquellos que, por estar solteros, pueden moverse con más libertad. Según tengo entendido, usted tendrá que desplegar gran actividad al hacerse cargo del Consulado, porque las cosas en Hong Kong están muy embarulladas.

—¿Habla usted el chino?

—Un poco.

—Me extrañó verle escuchar la radio de Shanghai. Espero que podré contar con usted en Hong Kong si no regresa a Washington.

—Por ahora, no; pienso quedarme una temporada. Tengo que escribir un libro referente a las costumbres de los pueblos mogoles y tibetanos.

—En ese caso, cuento con usted para que me ayude.

—Haré lo que pueda, aunque nada le prometo. Duggan regresará con el aparato, y yo es posible que esté demasiado ocupado para poder complacerle. De todas formas, cuente conmigo si el caso llega. En esos pueblos lejanos debemos formar un bloque sólido para resistir las embestidas del odio...

—En efecto.

El altímetro señalaba los 5000 metros de elevación, y una espesa cortina de nubes les cerraba el paso. El avión hundiéndose en aquella sombra blanca, y todos los horizontes quedaron cerrados a la visibilidad de los pasajeros. Duggan apretaba las palancas y su vista

trataba de escudriñar las sendas del espacio.

Las nubes se convirtieron en nieblas frías. Las rutas del cielo eran cada vez más rebeldes al mando. Un viento deshecho en remolinos les empujaba hacia el Este, y las alas oscilaban constantemente, en un balanceo alarmante.

Barry se hizo con el mando y consiguió estabilizar al bimotor después de hacerle descender varios centenares de metros.

Durante más de media hora la marcha fue casi normal, a excepción de algunos bruscos saltos provocados por las corrientes atmosféricas. El aparato había reducido la marcha, y ahora surcaba el espacio como una gaviota perdida en medio de la tormenta.

Comieron fiambres y bebieron cerveza. Duggan preparó un poco de té. El reloj de a bordo marcaba las once. Llevaban, por tanto, tres horas de viaje, con un recorrido de 1100 kilómetros.

Una hora después avistaron unos islotes, que se fueron agrandando poco a poco. El aparato surcaba el aire como una flecha. Allá abajo el mar, de un color gris por los rayos del sol, parecía en calma. Brillaba su superficie bruñida, lanzando destellos.

Y fue a las dos de la tarde cuando se observó una alteración en la marcha del aparato: uno de los motores se paró y el otro roncaba de un modo alarmante. Del radiador salía una espesa humareda y, al parecer, la entrada de aire refrigerante estaba atascada. Por la ventana de observación, Kalmar vio allá abajo una serie de islas que se prolongaban.

—Tenemos que aterrizar —dijo Barry—; hay avería, y es probable que sea importante. Afortunadamente, la tierra está cerca. Por precaución, será conveniente que se coloquen los paracaídas.

—¿Qué tierras serán ésas? —preguntó Kalmar.

—¡Las Filipinas!

El avión, obediente al mando, fue descendiendo, planeando, y al llegar a unos 200 metros de altura se inclinó de proa, volvió a enderezarse, recorrió una distancia considerable, hasta que Barry, al observar un terreno llano, manipuló en el gancho para frenar el aterrizaje, bajaron las ruedas de caucho y el gran pájaro de acero se posó en tierra con la suavidad de una gaviota cansada.

—Creo que hemos venido a parar a mal sitio —dijo, mirando los mapas—, y si no me equivoco, nos hallamos en Mindoro, la isla sublevada, y no tardarán en molestarnos los insurrectos.

Penetró en la cabina y sacó una bandera estrellada, que fue a colocar en el timón. Hecho esto, despojóse del mono que vestía y se puso a examinar los motores. Como había supuesto, una de las piezas, al recalentarse, obligó al eje a salirse de su base. Tendría que cambiarla. La avería del otro motor era aún más grave, toda vez que uno de los cilindros estaba doblado y no funcionaba. Se extrañó de aquel percance. El material empleado en la construcción de aquellos motores era de primera calidad.

—Esto es serio —exclamó—; alguien ha cambiado las piezas con maligna intención, y no sé cómo hemos podido llegar hasta aquí. De haber fallado los motores lejos de tierra, nuestra situación hubiera sido desesperada.

—No creo que haya dejado de serlo —dijo Duggan, señalando a un grupo de guerrilleros que bajaba por el monte.

—Entren en el aparato. ¡Pronto!

Obedecieron. Duggan se colocó junto a una de las ametralladoras y Kalmar acurrucóse a su lado con el revólver en la mano.

Siete hombres harapientos y armados hasta los dientes se acercaron con pasos precavidos. Uno de ellos, el que parecía el jefe, adelantóse y después de saludar militarmente a Barry preguntó en español:

—¿Quiénes son ustedes?

Barry, que conocía el idioma, respondió:

—Esa bandera responde por nosotros. Hemos sufrido una avería, y nos vimos obligados a efectuar un aterrizaje forzoso. Vamos a Hong Kong, en misión oficial, y no podemos perder tiempo.

—Lo siento, señor, pero la isla está en guerra y tendremos que incautarnos del aparato e internarlos a ustedes hasta la terminación de la lucha por haber violado un territorio sometido al arbitraje de autoridad competente.

—No diga disparates, amigo. No somos beligerantes, y, por tanto, exigimos todos los respetos que nos corresponden.

—Nosotros no reconocemos tales derechos. Dígaless a sus compañeros que salgan, para que nos sigan. En nombre de la nueva República tomo posesión de este aparato hasta que mis jefes dictaminen lo que ha de hacerse. No intenten resistir, porque todo sería inútil.

—¿Es ésa su última decisión?

—Pues claro, señor. Sigo al pie de la letra las órdenes recibidas.

—Está bien. Bajaré el equipaje.

Los siete guerrilleros revolucionarios se habían colocado delante de la proa del bimotor, al que contemplaban con codicia. Aquellos hombres habían combatido a los japoneses durante su ocupación y ahora luchaban contra los mismos libertadores. Eran los eternos descontentos, ávidos de conquista, para medrar a la sombra de cualquier ideal...

Barry colocóse frente a la ametralladora, y desde allí les dijo, una vez que hubo cerrado la entrada:

—Estamos amparados por una bandera que flamea en la popa de este aparato. Por tanto, les ruego que se retiren y nos dejen en paz.

—¡Son ustedes nuestros prisioneros!



Del avión salió una ráfaga de ametralladora...

A lo lejos sonaba el cañón. Se combatía al otro lado de la montaña. Barry hizo funcionar la ametralladora, y una ráfaga causó tres bajas en el grupo. Los otros cuatro corrieron a esconderse y abrieron fuego de fusil contra el aparato. Las detonaciones se confundieron. Otro guerrillero cayó, lanzando un grito de muerte.

Duggan disparaba también, procurando alcanzar a uno que se arrastraba por detrás del reducto.

Debía de tratarse de una avanzadilla, porque no acudieron más fuerzas. Los proyectiles de los fusiles hacían poco daño. Sólo eran tres hombres, y Barry decidió salir de su escondrijo. Con tal intención iba a abandonar el aparato cuando una llamarada salió del depósito de gasolina.

—¡Fuera! —gritó.

Kalmar arrojó sus maletas. No había tiempo que perder. La tragedia era inevitable. Salieron. Los tres guerrilleros dispararon contra ellos. Barry, revólver en mano, contestó a sus disparos. De pronto se produjo una explosión, y el aparato quedó envuelto en llamas.

La construcción especial del bimotor evitó que el fuego se propagara. Una cortina metálica separaba la cabina del puesto de mando, y debido a eso sólo ardió una parte del aparato, pero quedaba imposibilitado para poder utilizarse y sus tripulantes tendrían que buscar otro medio de locomoción.

Barry y Duggan persiguieron a los guerrilleros, mientras Kalmar, sentado sobre una de sus maletas se oprimía la cabeza, lleno de desesperación.

Hubo que abandonar parte del equipaje, y provistos con lo imprescindible se dirigieron a la costa.

Un barquito pesquero se comprometió a llevarlos a Manila por 50 dólares. Una vez allí, presentaron la oportuna reclamación, y les prometieron ser atendidos tan pronto como fuera sofocada la revuelta.

Al día siguiente, un barco de cabotaje los conducía a Hong Kong.

La suerte no les había acompañado, y llegaron a la ciudad como vulgares emigrantes de anónima procedencia...



A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.

II

DOS MUJERES, DOS RAZAS, DOS PROBLEMAS

«La careta negra se quitó la niña, y tras el prelude de una alegre riña apuró mi boca vino de su viña».



A gran ciudad presentaba el aspecto de colmena acostumbrado. Nadie hubiera podido imaginar que en sus calles, atiborradas de viandantes, existiera la intriga y la traición. Al ver la tranquilidad de la gente, su animación, su actividad, era difícil sospechar que cualquiera de aquellos transeúntes podía ser un espía, un conspirador, un

contrabandista o un delincuente cualquiera, y, sin embargo, Hong Kong estaba lleno de perturbadores.

Junto al dique, en los muelles, había una casa de bebidas conocida con el nombre de Bar de «papá» Joe. En ese local se reunían los conductores y tripulantes de los juncos, los portadores de carritos-sillones, provistos de dos ruedas y un quitasol, los estibadores mogoles y tibetanos, así como marineros de los siete mares con las gargantas reseca y los bolsillos bien provistos de monedas de plata.

«Papá» Joe era chino, y su verdadero nombre, Feng Pong; pero sus clientes le bautizaron de aquel modo, y él estaba muy contento con el cambio, que le daba un tinte europeo, «papá» Joe tenía una hija, Lía Feng, sensible como un crisantemo.

Éste fue el primer lugar que visitó Barry, acompañado de Duggan. Habían cambiado de atuendo, y vestían como vulgares marineros que buscan barco. Habiendo dinero, pronto se consiguen amigos, y no tardaron en dar con ellos. Desde el primer momento, Barry se fijó en un tipo achinado, de ojillos oblicuos y buena estatura. Era un tibetano que respondía al nombre de Aarón Marahi. Le invitaron a beber, y no se hizo rogar. Diez minutos después eran los mejores amigos del mundo.

Barry se encontraba desorientado en aquella ciudad cosmopolita tan llena de atractivos para el turista y tan hostil para el que busca ocupación, al que todos miran con desconfianza. No contaba con un punto de partida, y, sin embargo, tenía que seguir buscando una pista que le condujera al punto deseado.

En los tugurios de un gran puerto es donde suelen encontrarse las ramificaciones que guían a los orígenes de los negocios turbios, y esto Barry lo sabía. Necesitaba orientarse. La colonia americana era bastante numerosa, y no podía ir de casa en casa haciendo averiguaciones.

En aquella ciudad debía de existir algún intermediario que se entrevistase con el traidor al que iba buscando. Para encontrar a uno tenía forzosamente que localizar al otro. Se trataba de un secreto muy importante. Varios planos robados y algunas piezas de repuesto podían servir para construir el bombardero más poderoso de la tierra, y este arma en manos de un país con 400 millones de almas era motivo más que suficiente para que la alarma hubiese

llegado a las altas esferas del Departamento de Defensa. El F. B. I., sabía que el traidor estaba en Hong Kong, y uno de sus agentes más hábiles era el encargado de buscarlo.

Una noche, Marahi tuvo un altercado con un marinero inglés de un barco de guerra, y Barry le defendió. Con esto y un par de copas conquistó la amistad del tibetano.

Y ya en franca camaradería hablaron como buenos amigos.

—Ando buscando trabajo —dijo Barry—. En mi país construía aeroplanos, pero hice una, trastada y tuve que salir huyendo. Claro que aquí no hay trabajo de esa clase, y tanto yo como mi amigo —agregó, señalando a Duggan— tendremos que dedicarnos a otra cosa.

—Te equivocas —respondió Marahi—. En Hong Kong se fabrica de todo.

—¿Aviones también?

—¡De todo!

Barry miró a Duggan, y éste parpadeó ligeramente, dándole a entender que iban por buen camino.

Marahi vació otro vaso y se encerró en un profundo mutismo. Para no inspirar sospechas, Barry no quiso seguir haciendo preguntas. El tibetano, al revés de muchos bebedores consuetudinarios, cuando bebía demasiado no decía una palabra, y le daba por cantar, no haciendo caso a nada de lo que le preguntasen. Se despidieron de él con unas palmaditas cariñosas, y al salir se dirigieron al teatro del Club de los Mandarines para el que habían conseguido un par de invitaciones.

La Queens Road West es la calle principal de Hong Kong, pletórica de comercios importantes y oficinas, por donde circulan carruajes de todas clases, desde el lujoso automóvil de nuevo modelo hasta la silla de manos o el simple cochecillo de dos ruedas tirado por un paciente «coolíe». En aquel maremágnun maquiavelesco se mezclan individuos de todas las razas, y los comerciantes admiten con preferencia dólares americanos, chelines ingleses y pesos mejicanos.

Anualmente llegan a Hong Kong más de quince mil juncos, esas modestas embarcaciones chinas de poco calado que deben su

nombre a la vela hecha de juncos, y en cuya cubierta se hacinan a veces familias enteras.

De este puerto parte la emigración china que se dirige a San Francisco de California. El suelo de la ciudad está formado por granito y basalto, y al fondo de ella se alza el Monte del Pico, con su flora achicharrada por un sol de fuego.

Mansions Hotel es el mejor alojamiento de la ciudad, y le sigue en importancia el Marble Hotel, residencia preferida de los turistas.

La península de Kaulún se halla separada de Hong Kong por un estrecho de unos 800 metros de anchura, por el que pasan los juncos que vienen del río Cantón.

Frente al Mansions Hotel estaba Barry contemplando el tráfico confuso de los mercaderes, cuando vio pasar uno de esos típicos carritos de dos ruedas tirado por un «coolíe». Esto no era cosa que llamara la atención; mas lo que le sorprendió fue el ver la bella criatura que iba sentada en el carricoche, bajo la protección de una sombrilla.

Era de raza china, a juzgar por su rostro de ojos oblicuos y rasgados, el cabello renegrido sujeto en dos moños por artísticas peinetas de carey, así como por el atuendo característico; y, sin embargo, lo que llamó la atención a Barry fue el encanto de la hermosa dama. Pero todo hubiera quedado olvidado si no ocurre un accidente que le obligó a intervenir.

El conductor del primitivo vehículo, al torcer a la izquierda para internarse por la calle Fauling, no pudo evitar a un coche que pasaba. Cuando el chofer quiso frenar ya el carricoche había volcado, y tanto la pasajera como el conductor estaban en el suelo.

Corrió Barry, levantó en sus brazos a la hermosa muchacha y la condujo a una farmacia cercana. Afortunadamente, sólo había recibido leves contusiones y el consiguiente susto.

Con voz que parecía un susurro murmuró:

—Te doy las gracias con todo mi corazón, y desde hoy Teze Lú guardará para ti sus mejores recuerdos.

En el encanto de aquella voz escuchó Barry las más tiernas melodías y le pareció sentir músicas lejanas que sonaban armoniosas en el fondo de su alma. Sonrió, sin saber qué decir, y resolviéndose de pronto se asomó a la puerta y detuvo a un «taxi» que pasaba.

—La acompañaré a su casa —dijo—, si me lo permite.

—No es costumbre aceptar la compañía de un extranjero, y tal vez sea mal visto; pero no puedo negarme.

Subieron al coche y ella dio la dirección de su domicilio. Vivía en el barrio chino, en la calle *Sha Tan Kok*. Al apearse, Barry pagó al chofer y Teze Lú le invitó a pasar.

Penetraron en un patio de grandes mosaicos estrellados, en el centro del cual había una monumental fuente de mármol y jaspe. A los costados crecían palmeras y algunos cerezos. Las camelias y los crisantemos aromatizaban el ambiente. También la escalinata era de mármol, y sobre el balconaje, de estilo etrusco, florecían unas enredaderas. Bajo el porche de columnas retorcidas apareció un anciano de escasa barba en punta, vestido con la clásica túnica, el gorrito de borla y las pantuflas. En sus ojillos vivarachos brillaba una llamita de curiosidad.

—Padre mío —dijo ella en chino—, un coche atropelló el «son tang» en que iba, y este extranjero me socorrió al instante. He querido testimoniarle mi gratitud invitándole a entrar en nuestra casa, pues me acompañó hasta la puerta.

—No debes hablar en nuestro idioma delante de un extranjero, porque no está bien...

—No se preocupen —respondió Barry en chino—, porque conozco vuestra lengua.

—Sed bienvenido a la casa de Tang Lú Wong, que desde hoy es la tuya, y recibe de este insignificante y despreciable siervo la profunda gratitud. Que Confucio te proteja por todos los días de tu vida. Y ahora, si quieres honrar con tu bondadosa presencia este miserable hogar, las puertas están abiertas.

Barry, conocedor de las costumbres orientales, no se extrañó al escuchar el lenguaje del padre de Teze Lú. Penetró en el salón siguiendo a Tang, que no cesaba de hacer zalemas, y fueron a sentarse en unos cojines colocados en un escalón. Aquel aposento reunía toda la riqueza de un emperador. Grandes biombos floreados ocultaban rincones poéticos llenos de objetos de arte. Jarrones de porcelana con flores de la más rara fragancia estaban colocados sobre mesitas de marfil. Las arquetas tártaras ocupaban los testers y por las paredes veíanse panoplias con armas japonesas de pasados siglos.

Teze Lú hizo sonar un «gong» y apareció una doncellita, a la que ordenó que sirviera el té.

Barry se sentía aturdido ante tanta magnificencia.

En una vitrina vio una curiosa espada con la empuñadura cuajada de piedras preciosas. La vaina tenía puntera de oro y el tahalí ostentaba un escudo extraño representando un pequeño dragón formado por brillantes.

Tang, al observar la curiosidad de su huésped, explicó:

—Soy anticuario, y compro todos aquellos objetos que representan algún valor. Esa espada perteneció al emperador Huang Kí, y de él descienden los Ming. Está valorada en un millón de chelines, pero yo no la vendería por todo el oro del Banco de Inglaterra. Es un arma sagrada que representa para mí el símbolo de nuestra tradición. La espada de Huang Kí ha sido siempre motivo de discordias por la ambición de unos cuantos que quisieran poseerla; pero no para honrarla y venerarla, sino para venderla.

Después del té mostró a su huésped su llamado museo. Allí estaban representados los principales episodios de la historia de China. Por las paredes veíase una serie de tapices en los que la mano de un ilustre artista había pintado la vida de Buda.

Estatuas de bronce y de mármol, herramientas y armas de distintas épocas, monedas antiquísimas, trajes curiosos y extravagantes colocados en grotescos maniqués, aves disecadas y hasta momias de guerreros egipcios.

Desde allí pasaron al jardín posterior, llamado el Rincón del Reposo. Con tierra del Himalaya plantaron enebros injertados y parrales de Siria, logrando ejemplares soberbios que eran el asombro de botánicos y naturalistas.

El sabio chino empleó su grandiosa fortuna en acumular rarezas y curiosidades.

Barry no se cansaba de admirar tanta maravilla. En el pequeño estanque vivían reunidas varias especies pertenecientes a distintos mares. El agua fue sometida a una preparación química.

Despidióse del sabio, prometiendo volver a visitarle.

Teze Lú le acompañó hasta la puerta. Antes de separarse dijo ella, mostrándole un quiosco de bambú con techo de cinc:

—Allí tengo el ave del paraíso, eterna mensajera de mis sueños. Con ella hablo todas las mañanas. Canta para mí y sólo yo la

comprendo Si vuelves a verme, cantará para los dos.

—¡Volveré... Teze Lú!

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Barry.

—Tú vienes de muy lejos, buscando algo muy difícil de encontrar.

—¿Cómo lo sabes?

Hasta ellos llegó el estallido de gritos en una explosión interminable.

—Es mi pájaro loco —explicó ella—, que me llama. ¡Adiós... Barry!

Y Barry se encontró en la calle, sin saber si había sido víctima de un sueño o era esclavo de la realidad. La China misteriosa mostraba sus facetas de duende fabuloso, y el agente del

F. B. I.,

soñando despierto con imposibles, se encaminó hacia el hotel para cambiar de ropa. Tenía que representar su papel de obrero sin trabajo en los tugurios del puerto.

Y mientras caminaba por entre las tortuosas callejas del barrio chino iba pensando en la escultural y sencilla Teze Lú, aquella flor perfumada del más recóndito jardín de Hong Kong...

Henry Kalmar se hizo cargo del Consulado a su llegada, y a continuación envió un radiograma informando de lo sucedido en el viaje.

Encontró al frente de la oficina consular a Julio Roskoe, el vicecónsul, persona muy simpática, cómo pudo ver enseguida, y al mismo tiempo inteligente y de una actividad digna de admiración.

Roskoe era un hombre de treinta y cinco años, muy conocedor de las costumbres de Oriente.

Kalmar habló con él de lo que tanto le preocupaba y le pidió detalles de la situación.

—No hay que preocuparse —respondió Roskoe—; esto está tranquilo. Los juncos siguen navegando por el estrecho y los barcos entran y salen normalmente. Tal vez por Cantón, Tshantschau, Futscheu, Siangtan y Joanping corran malos vientos; pero en la frontera de Indochina no ocurre novedad.

—¿Sabe usted por qué relevaron a mi antecesor?

—Secreto de Estado. Nadie sabe una palabra. Míster Johnson es un hombre íntegro y honorable. Yo fui el más sorprendido. ¿Trae usted instrucciones relativas al personal del Consulado?

—Concretas. No hay motivo de queja contra ninguno, y, por tanto, cada cual debe seguir en su puesto, como si nada hubiera sucedido.

—Lo celebro, míster Kalmar.

—¿Esperaba usted lo contrario?

—A decir verdad, hoy nadie está seguro en su puesto. Abundan las sospechas y las desconfianzas; se escuchan rumores extraños, corren voces alarmistas y hasta se habla de «alta traición». Yo, desde luego, no creo una sola palabra de todo eso, porque conozco el patriotismo de nuestros compatriotas.

—En efecto, a mí me ha sorprendido grandemente. Necesitaré una relación detallada de todos los residentes, con expresión del cargo que desempeñan, posición social, tiempo que llevan en Hong Kong, lugar de procedencia y hasta, si es posible, notas marginales sobre sus costumbres, ideas políticas, etcétera.

—Le diré al secretario que la prepare.

Desde aquel momento, Kalmar vivió mucho más confiado, sabiendo que en Roskoe tenía un colaborador fiel y competente.

De Washington llegaron nuevas notas alarmantes. Eran notas cifradas revelando actividades peligrosas contra la seguridad de la nación, y se pedía celosa vigilancia. En una base naval de Filipinas había una escuadra dispuesta a acudir donde hiciera falta. Las autoridades inglesas prestarían su apoyo según convenio en los casos previstos.

Kalmar comprendió que el asunto era mucho más serio de lo que Roskoe pensaba, y se propuso vivir alerta.

Mientras tanto, Barry no perdía el tiempo. Había logrado que su compañero Duggan entrase a trabajar en un buque costero que realizaba viajes a Cantón. Le acompañaba Marahi, el tibetano, y ambos se contrataron como fogoneros.

Barry paraba en el Mansions Hotel. Diariamente salía con su bloc de notas y se sentaba cerca del mar. Los tres periódicos ingleses publicaron su fotografía, diciendo que se trataba de un famoso novelista americano que estaba escribiendo una obra sobre costumbres chinas. Con esto pretendía desorientar a los miembros

del espionaje internacional, de los cuales Hong Kong estaba lleno.

Aquella tarde penetró Barry en el «hall» del hotel, y el administrador le entregó una carta. Era de Teze Lú. En ella le decía que aguardaba su visita con impaciencia, porque tenía que comunicarle algo muy importante. Barry se propuso ir aquella noche.

Pasó al bar y fue a colocarse junto al mostrador, observando a la distinguida clientela que llenaba el recinto. En aquel momento penetró una dama de elegante porte y rara hermosura. Alta y esbelta, tenía hermosos ojos verdes y llevaba en la mano un ejemplar del «Puck», una revista inglesa editada en Liverpool. Miró a Barry con curiosidad, y al pasar pidió al empleado del mostrador que le sirvieran un «cocktail».

Fue a sentarse en una mesa cercana y se puso a leer la revista. Por encima de las páginas seguía observando a Barry. Éste se dio cuenta de la curiosidad que despertaba, y cuando el uniformado camarero de rubias patillas preparaba la bandeja para servirle el «cocktail» a la bella desconocida, Barry puso en su mano una moneda de plata, diciendo:

—Se lo serviré yo.

El camarero estaba tan acostumbrado a las excentricidades de sus clientes, que no se extrañó lo más mínimo.

La dama levantó la vista y la clavó en Barry. Este inclinóse sonriendo, y sin alejarse aguardó a que ella le mandara sentar; más al no hacerlo exclamó:

—¿Me permite que la acompañe? Hay pocos asientos desocupados, y me agradecería sentarme a su lado.

Ella se encogió de hombros, como dando a entender que le era indiferente. Para un hombre de mundo como Barry, el silencio puede ser una autorización, y se apresuró a sentarse, haciendo señal al camarero, al que dijo:

—Lo mismo de la señorita.

El dichoso «cocktail» resultó ser un combinado de esos que hacen estornudar a cualquiera, y Barry lo encontró infame; pero había que ponerse a tono, y no tuvo inconveniente en declarar que era una cosa sublime.

Sobre el palco situado al fondo del salón sonaron los violines. Era la hora denominada «sección vermouth», y en los grandes

hoteles la música animaba las reuniones.

Allá, en el fondo de su cerebro, se decía Barry: «¿Quién será esta mujer y qué papel estará representando?». Y ella, al mirarle, parecía decirle: «¿Acaso no sabes leer lo que dicen mis ojos?». Aquel diálogo mudo se prolongó durante todo el tiempo que duró el «cocktail»; pero como nada es eterno, también ellos vieron el fondo de los vasos.

Cuando ya Barry creía llegado el momento de poder satisfacer su curiosidad vio cómo la dama de los ojos verdes levantaba la mano. Aquel ademán sólo tenía un significado: quería otro «cocktail», y, como es natural, Barry tuvo que repetir la dosis.

Ella tenía las pupilas luminosas como un alba y los ademanes gentiles como una princesita de un cuento romántico.

Barry tuvo un motivo de inspiración. Antes de los «cocktails» había tomado dos «Martini» secos, y aquella mezcolanza le produjo un anhelo de insensata elocuencia. Había escrito mucho y leído más; conocía los poetas clásicos y modernos. Miró a la bella, y deseando demostrarle su olímpica erudición, dijo de pronto:

—«Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia, pero el ideal flota en el azul, y para que los espíritus gocen de la luz suprema es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro y también el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume; tengo el amor. Tengo vuelos de águila para desafiar el huracán; amo las epopeyas porque de ellas brota lo heroico, que es lo más sublime...».

La gentil desconocida de las manos de nardo aplaudió, con los dorsos de las mismas, un aplauso sin ruido.

—Estaba de mal humor —dijo—, y usted ha borrado mi tedio.

—Y siempre que se encuentra malhumorada, ¿recurre a estos brebajes?

—¿Qué le ha parecido?

—Dinamita pura, mi encantadora señorita; prefiero un «*whisky*» de diez centavos...

—¿Americano?

—¿El «*whisky*» o yo?

—No es necesario que conteste, porque ya lo ha hecho. Y ahora que recuerdo: usted es ese escritor que ha venido a inspirarse en los mares de China; sí, he visto su «foto» en el *Canton Star*. Bonita

profesión la del que sabe llevar a las páginas de un libro el alma de la raza y el sentir de una pasión. Espero que seremos amigos; me alojo en este hotel, y ocupo el aposento cuarenta y cinco. Mi nombre es Vanda Stopen.

—Barry Rogers es el mío.

Siguieron hablando. El hielo estaba roto. La música de los violines llegaba hasta ellos como lluvia de arpeggios. Todas las miradas caían, llenas de curiosidad, sobre la pareja, desconocida por los iconoclastas, favorecidos por la fortuna, que sólo sabían rendir culto al oro. Allí estaban los eternos nómadas de la vida: los que tenían un yate para cruzar la inmensidad, ir hasta Shanghai, detenerse en Formosa y cruzar luego hasta Manila, para regresar de nuevo a Hong Kong y asistir, como meros espectadores, a una función de ópera china, de la que no entendían una palabra, y ser, al día siguiente, protagonistas de una jugada de Bolsa.

El agente especial había llegado a olvidarse de la carta que tenía en el bolsillo de la simpática Teze Lú; en aquel momento, no se acordaba tampoco que pertenecía a la más formidable institución policial del mundo entero. El hechizo de unos ojos verdes consiguieron hacerle olvidar, por un instante, lo que era parte esencial de su vida. Y es que Vanda poseía juventud y belleza, elegancia y una gracia especial avasallólas.

Aquella noche cenaron juntos. La amistad brotó en ellos al conjuro efímero de unos «cocktails».

Después de cenar salieron a la terraza. Las luces del puerto bailaban como si fuesen fuegos fatuos. Algunos focos abrían en el agua surcos de plata y las siluetas de los juncos semejabán inmóviles cetáceos. Kaulún, al otro lado, parecía un muro que los encerrase en su divisoria, límite marcado por el Destino para detener allí sus expediciones. Era la noche, refugio de fantasmagorías, la que mostraba falsos aspectos de un paisaje abierto a todas las realidades.

Vanda buceó en la voluntad de Barry, indagando, pretendiendo averiguar proyectos y esperanzas, pero al agente secreto ya se le habían borrado los efectos instantáneos de la mezcla, y su cerebro, despejado, sabía prever y razonar. Evitó las respuestas comprometedoras y supo mentir con arte y maestría. Según él, estaba allí de paso, hasta terminar el libro que su editor esperaba

con impaciencia. Había venido de California, a bordo de un buque chileno, y pensaba permanecer pocos días. Era un hombre pobre, que no contaba con recursos suficientes para darse tan buena vida. Tendría que volver a la Redacción de un periódico a laborar, incansable, por el diario sustento, pero se alegraba de disfrutar de aquellas vacaciones y de haber conocido a una mujer tan seductora.

Una confidencia trae otra, y ella también contó parte de su vida. Era de Finlandia, y a la muerte de un tío suyo, recibió una herencia, que estaba disfrutando en aquel rincón del mundo. Sola y sin fiscalizadores, libre era de disponer de su tiempo y de su voluntad. Con frecuencia realizaba viajes por el río Cantón en barcos fluviales. Ahora tenía pensado ir hasta Shateu, un hermoso puerto situado a unas ochenta millas.

Barry iba sintiendo el embrujo irresistible de Vanda. Muy juntos, apoyados en la balaustrada, contemplaban el mar, hendido por los chorros de luz de los navíos, y en la punta del Kaulún, la saeta del faro, partiendo el horizonte con sus luminarias.

Los ojos de la bella escudriñaban el jardín como si buscaran entre sus macizos la presencia de algún personaje y, de cuando en cuando, se volvían hacia Barry y se clavaban en él, reflejando un anhelo de curiosidad insatisfecha.

El agente del

F. B. I.,

luchaba contra aquella atracción indomitable que le iba esclavizando; poco a poco, se sentía preso en los hechizos de Vanda. Sus veintiocho años tenían la culpa. Desde que saliera de la Academia de Quantico, en Virginia, apenas había tenido tiempo para fijarse en mujeres y siempre fue un esclavo del deber.

Abajo, en el salón, una orquesta desgranaba las notas voluptuosas de un tango argentino y Vanda invitó a su nuevo amigo a bailar. Descendieron cogidos del brazo, como una pareja de novios que vuelven de contarse sus cuitas a la luz de la luna, la eterna Celestina de los enamorados.

Al entrar en el salón, lo primero que vio Barry fue, en el palco de la orquesta, una enorme guirnalda de laurel, adornada por banderas, y entre ellas estaba la suya, a la que había jurado fidelidad.

Mientras bailaba con la escultural aventurera una sospecha

cruzó por su atormentada imaginación.

¿Y si fuera una espía?

Mientras tanto, Teze Lú, en el patio donde rumoreaba la fuente con sus notas de cristal, aguardaba en vano al extranjero de los ojos azules...

**Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la
EXTRAORDINARIA DEL OESTE**

III

UNA MISIÓN PELIGROSA



entrar en la taberna a Barry, le hizo seña para que pasara al reservado y le dijo:

—Lía Feng, mi adorable hija, desea comunicarte sus impresiones sobre noticias que acaban de llegar.

—¿Algo grave?

—Sólo Buda, el omnipotente, es capaz de saberlo. Mira, ahí la tienes. Sus ojos también reflejan la pena.

Alejóse «papá» Joe para atender a sus parroquianos y Lía Feng saludó a Barry.

Vestía a la usanza europea y llevaba recogidos los cabellos en dos moños, adornados con flores blancas.

En aquel gabinete predominaba la nota amarilla. Toda la gama: oro, fuego, ocre, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. Sobre un pedestal dorado y negro se alzaba la imagen de Buda cubierta con un quitasol de grandes flores rojas. Lía Feng indicó a Barry un taburete y ella fue a sentarse a los pies de Buda. Su voz parecía alterada cuando dijo:

—Una gran desgracia nos aflige. Tu amigo y el sueño de mis largas noches se hallan en poder de «Harakiri», el más feroz de los piratas modernos que recorren el río Si Kiang. Su buque fue abordado por juncos armados y toda la tripulación gime su cautiverio en el Valle del Dragón.

—Explícate, porque no te comprendo. ¿A qué llamas tú «el sueño de tus largas noches»?

—Marahi, el compañero de tu amigo, es mi novio. Ahora serán convertidos en esclavos y obligados a trabajar. Y mi amor morirá, como muere el crisantemo azotado por la nieve. Un junco que acaba de llegar trajo la noticia. No hay fuerza humana que pueda arrancarle de las garras de ese renegado.

—¿Por qué le llamas renegado?

—Porque lo es. «Harakiri», el asesino, pertenece a la secta de los adoradores de la diosa Kalí, y todos los que le rodean son fanáticos procedentes del sur del Tíbet. «Harakiri» es japonés, traidor a su patria y mercenario del crimen, porque ahora está al servicio de una potencia extranjera.

Barry se estremeció. Recordaba las palabras de su jefe: «Tengo aquí la ficha de un caballero que perteneció a la Embajada de su país». Tal vez fuera el mismo, y si era así, estaba sobre la buena pista.

Lía Feng se lamentaba de su mala suerte y en sus frases, llenas de pasión, se adivinaba el gran amor que la consumía.

—Ya no le volveré a ver más, y mi pobre corazón se irá secando como las palmeras sedientas.

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas que Lía Feng, con los ojos enrojecidos,

secos ya de lágrimas, se levantó, diciendo:

—Sólo tú puedes salvarle, solicitando la ayuda de tus compatriotas.

—Haré lo que pueda, pero ten presente que mi compañero no es ningún personaje lo suficiente importante para provocar un conflicto internacional; de todas formas, yo lo intentaré todo, si me das más detalles. Quiero saber dónde se halla ese «Harakiri», con qué fuerzas cuenta y qué es lo que hace.

—Te diré todo cuanto sepa —repuso recobrando las perdidas esperanzas—. No es mucho, desde luego, más...

—¿Por qué te detienes?

—«Harakiri» cuenta con poderosos auxiliares en la ciudad y tiene espías en todas partes. Es peligroso hablar de él.

—Nadie nos escucha.

—¡Buda nos está oyendo! —dijo, señalando a la estatuilla.

—Buda es enemigo de Kalí y protege a los que combaten a los partidarios de la diosa.

Lía Feng asomóse a la puerta, escuchó atentamente, con la zozobra retratada en el semblante; después fue hasta la ventana, en donde también estuvo observando y, ya más tranquea, volvió junto a Barry y, después de una embarazosa pausa, habló así:

—Los marineros que vienen a esta casa hablan muchas cosas y yo les escucho. Según ellos, «Harakiri» escapó de Osaka; estaba acusado de traición por proporcionar datos al enemigo; ahora, según parece, se dedica a fabricar no sé qué arma de guerra y ha instalado los talleres en el fondo del Valle del Dragón, adonde no hay quién llegue. Todos los alrededores están vigilados día y noche. Capitanea un grupo de piratas y cuenta con numerosos juncos que recorren los grandes ríos. Al parecer, se trata de un hombre de gran talento que desempeñó altos cargos en su país. Nadie le ha visto, pero todos hablan de él.

Calló. Barry había escuchado aquel breve relato, que para él resultaba de sobra elocuente.

Despidióse de Lía, prometiéndole intentarlo todo para librar a Marahi de las garras del feroz nipón.

Antes de determinar nada quiso visitar a Teze Lú. Ahora recordaba aquella carta que le enviara el día anterior y que la presencia de Vanda le hizo olvidar.

Encontró a la gentil chinita cuidando sus crisantemos. Se había puesto un vestido de chaqueta, abandonando el atuendo de su país. Floreció en sus labios una dulce sonrisa al ver a Barry y, abandonándolo todo, salió a su encuentro.

—Larga fue la espera —dijo sin rencores—. Teze no pudo dormir, pensando que a su amigo le había visitado la desgracia.

—Nada me ha sucedido, hermosa flor de loto; cuéntame lo que te pasa. Anoche —mintió, precavido— no estaba en Hong Kong y por eso no vine. ¿Qué te ocurre, perfumada flor de té?

—¿Has oído hablar de «Harakiri»? Ese hombre nefasto está sembrando el terror en todos los pueblos por dónde pasa. Mi glorioso padre ha recibido una carta de ese vil gusano; en ella le pide la espada del emperador Huang Kí. Dice que la necesita para salvar con ella a la Humanidad oprimida, y caso de no entregarla, amenaza con destruir esta casa y a todos sus moradores. Mi digno padre está muy apenado y quiere marchar a Cantón, para guardar la espada en el museo de los emperadores.

—Quiero ver a tu padre.

Teze le condujo a su presencia. El anciano recibió a Barry muy atento y ceremonioso.

En la dorada jaula de la glorieta, el ave del paraíso lanzaba sus gorjeos...

El viejo chino estaba desesperado. No desconocía el poder de aquel hombre, al que rodeaban las hordas más salvajes y sanguinarias del Tíbet. Su influencia poderosa llegaba muy lejos. Sus lamentaciones eran quejumbrosas. No sabía qué determinación tomar. Barry trató de consolarle.

—Mi consejo —le dijo—, es que coloque otra espada cualquiera en la vitrina y esconda la de Huang Kí. No se atreverán a llevar a cabo su amenaza mientras las tropas de Su Majestad defiendan la isla.

Con éstos y parecidos razonamientos, Tang Lú pareció más tranquilo. Teze Lú salió con Barry del aposento. Ella se sentía más segura estando él a su lado y en su honor se había vestido con ropas europeas que modelaban sus esculturales formas de diosa pagana. Y es que Teze Lú, era muy bonita.

Era ella una soñadora del país de la fantasía. ¿Amor? Sí, el amor había llegado a su corazón. Su sangre virginal y ardiente inundaba

su rostro con el fuego pasional y allá, en el fondo de su alma invisible, un pájaro extraño le cantaba una vaga canción.

Del brazo de su galán pasearon por el jardín y fueron a detenerse cerca de la gran jaula dorada. En aquel momento, Barry, tuvo como un estremecimiento. A través de las enredaderas que enguirlaldaban el enrejado de las verjas, pudo ver a Vanda pasar en un lujoso «Hudson» sin capota, sentada al lado de un hombre al que creía recordar. Ella no le vio. La visión de su paso apenas duró un instante, pero fue suficiente para que el rostro de su acompañante quedara grabado en su memoria. Era el de un hombre joven aún, vestido elegantemente, que reía feliz charlando con la aventurera, de los ojos verdes.

Teze Lú sorprendió aquella mirada llena de sorpresa y curiosidad y preguntó, aunque sabía la respuesta que iba a recibir:

—¿Conoces a esa mujer?

—No la he visto nunca.

Por causa de Vanda, había mentido dos veces. Se arrepintió del embuste cuando ya no tenía remedio y trató de corregirlo.

—Al que me parece conocer es al hombre que la acompaña, pero no puedo recordar...

Teze Lú se amparó una vez más en la ilusión de una esperanza. Amaba a Barry por encima de todas las conveniencias de razas y por él hubiera sacrificado su rango, sus convicciones, su fe, costumbres y convencionalismo, lo hubiera sacrificado todo. Era feliz estando a su lado y en aquellos momentos se olvidaba hasta del peligro que amenazaba al autor de sus días.

Barry también empezaba a sentirse influenciado por la ingenuidad de Teze y no pudo resistir al deseo de exteriorizar su admiración con frases que esta vez eran sinceras.

Fueron a sentarse debajo de los árboles en flor. Teze supo entonces que aquella noche el amado de su corazón, haría un viaje por tierras hostiles.

—No temas, Teze Lú, porque volveré. Ya no podría, aunque quisiera, alejarme para siempre de tu lado. Llevaré conmigo la luz de tu recuerdo y en mi pensamiento estarás conmigo. Te seguiré viendo a todas horas, despierto o dormido.

Estrechó sus manos de odalisca y ella recostó la cabeza en su hombro. Y así estuvieron un buen rato ajenos a todo cuanto les

rodeaba.

De pronto, Teze Lú se levantó diciéndole que esperara y no tardó en salir con una guzla. Quería cantar en su honor la tierna despedida.

Y cantó con extraña e infinita dulzura. En sus labios temblaba la balada lánguida, el gemido de todas las tristezas, la cántiga doliente de todas las desesperanzas. Y en el fondo de su ser, ella temía que aquel canto suyo fuera el postrer adiós.

El viejo Tang Lú, desde el balconcito rodeado de flores azules, vio cuándo el extranjero besaba a su hija y salía a grandes pasos pisando la arena del jardín y entonces creyó ver en aquel hombre al conquistador que ha cruzado los mares en busca de aventura y tuvo miedo, un miedo mucho más grande que el que sintiera al leer la carta del temible «Harakiri», porque Tang Lú, fiel depositario de sus tradiciones, tenía dos amores: la espada de Huang Kí y su hija, pero ésta seguía siendo su mayor tesoro.

Cuando Teze quedó sola, contempló la guzla tirada a sus pies y sin poder contenerse, se cubrió los ojos y lloró amargamente.

El viejo Tang vino a su encuentro, la hizo levantar, recogió la guzla y apoyando su mano descarnada sobre su hombro mórbido, la acompañó hasta su aposento. Una vez allí la dijo:

—Nunca se debe llorar por lo que no se ha perdido. La esperanza es flor de ilusión y sirve para que la fe aliente en nuestros corazones.

—Mi venerable padre sabe cuánto le quiero.

—Ese hombre, hija mía, no pertenece a nuestra raza; vino de muy lejos y aún no sabemos cuáles son sus intenciones. Cuando nos demuestre que es digno de nuestra confianza, yo seré el primero en alentar tus amores. Parece inteligente, cortés y valeroso, pero no bastan esas tres bellas cualidades para que una persona sea perfecta. Seca tus lágrimas y canta ahora para tu anciano padre...

Barry tenía planeada una expedición al Valle habitado por «Harakiri», más no podía ir solo y necesitaba compañía. Tampoco podía confiar en cualquiera porque la misión era peligrosa. Un fracaso significaría una catástrofe. En aquella aventura se jugaba demasiado para exponerlo ligeramente.

En el puerto estaba anclado un buque de guerra de su país y se dirigió a él. Una vez en cubierta pidió hablar con el capitán, y le

condujeron a su presencia. El marino preguntó el motivo de aquella visita.

—Pertenezco al

F. B. I.

y me hallo en la ciudad en misión especial. Necesito realizar una expedición por el río Si Kiang...

—¿Tiene usted el distintivo que lo acredite como agente especial?

—No, señor; sería demasiado comprometido llevarlo encima.

—En resumidas cuentas, ¿qué es lo que usted quiere?

—Una embarcación cualquiera y unos cuantos hombres que me acompañen.

—En el Consulado pueden proporcionarle todo cuanto necesite.

—Escuche, señor: usted es marino y sabe lo que significa el cumplimiento del deber. Una consigna no puede quebrantarse. Ahora bien: uno de nuestros compatriotas residentes en Hong Kong ha traicionado a su patria vendiendo secretos militares y yo debo desconfiar de todos, ¡hasta del mismo cónsul! Sigo una pista, y si logro localizar a cierto individuo quizá pueda desenmascarar al culpable. Se trata de un delito de alta traición. Si usted me cede a sus hombres, ellos realizarán un servicio especial tan importante como el de vigilar las costas y defender las vidas de nuestros compatriotas. Bajo mi responsabilidad le aseguro que no pasará nada.

El capitán sabía la importancia de aquel episodio. Tampoco ignoraba que un agente del

F. B. I.,

es un servidor de la patria, a la que ofrenda su vida en aras de cualquier sacrificio. Lo decían bien claro las tres iniciales simbólicas en su doble significado. F. B. I., no sólo quería decir «Federal Bureau of Investigation», también expresaban: fidelidad, bravura e integridad.

Después de meditar en la extraña proposición de Barry, exclamó:

—Sólo hay una duda que necesito aclarar. Identifíquese como agente del

F. B. I.,

y pondré a su servicio lo que me pide.

—Algunos de mis compañeros se han visto en graves apuros por

llevar encima la insignia acreditativa del cargo. Cualquier negligencia o el más pequeño descuido descubren una identidad que debe pasar desapercibida; en este caso, todo está previsto. Mi nombre es Barry Rogers y figuro con el número treinta y uno en el escalafón. Poseemos una clave para comunicarnos con Washington. A bordo hay estación de radio y podemos hablar el Estado Mayor.

—Perfectamente; probaremos.

Media hora después el capitán estaba convencido de que se hallaba en presencia de un agente del

F. B. I.

Cuatro marineros vestidos caprichosamente fueron puestos a las órdenes de Barry. Iban armados de pistolas y algunas bombas de mano. No podían utilizar ninguna lancha de a bordo por ser demasiado conocidas, y el propio Barry se encargó de comprar un «sampán» con vela de bambú y una caseta cubierta. Era una embarcación antigua que había navegado hasta Saigón, pasando por la isla de Hainan. Se trataba de uno de esos barcuchos de poco tonelaje que aguantan las tempestades por ser muy marineros y pueden ser manejados por tres o cuatro tripulantes.

Barry también se había vestido con ropas de repuesto. Supo copiar el atuendo que había visto usar a Marahi, mezcla de chino y de europeo: sombrero cónico, blusa de mangas anchas, pantalón y zapatos.

Los cuatro marineros estaban encantados con la aventura, porque ignoraban lo que significaba visitar el Valle del Dragón.

Se llamaban: Jack Cumings, tejano; Peter Halt, de Kansas; Harry Kett, de la Florida, y Spencer Bruceland, de California. Eran jóvenes y llenos de entusiasmo. Ninguno de ellos sabía que Barry perteneciera al

F. B. I.

Les habían dicho que iban a realizar una misión especial a las órdenes de un superior, y eso les bastaba.

Barry compró abundantes provisiones, entre las que figuraban algunas botellas de licores, café y tabaco. El «sampán», bien surtido de todo lo necesario, puso proa a la desembocadura del río Cantón.

El barquichuelo navegaba bien y recorrieron el trayecto comprendido desde Hong Kong al Si Kiang en unas cuatro horas, a fuerza de remos y ayudados por la vela. Al doblar el recodo que

forma este río al volcar sus aguas en el Cantón tuvieron que bajar a tierra y con una maroma tironear del «sampán» para vencer la corriente, que allí era muy fuerte. Después, la navegación fue más fácil; pero ahora penetraban en aguas peligrosas. Toda la parte del Tchanking, por debajo de los montes

Nan-Ling,

estaba infestada de bandidos, y antes de que llegara la noche se vieron atacados por un junco que tripulaban tres hombres. Los chinos pronto comprendieron que aquél era un hueso duro de roer y abandonaron la lucha, llevando como recuerdo dos heridos de relativa gravedad.

Barry, dentro de la caseta, consultaba el mapa.

A unas cincuenta millas del río Cantón, el Si Kiang recibía las aguas de un importante afluente que corría paralelo desde Junnan, en aquella conjunción se formaban dos brazos, y ellos debían seguir por el superior.

Barry pensaba en Teze Lú, pero de cuando en cuando su pensamiento iba a recordar a Vanda, la rubia de los ojos verdes. Dos mujeres y dos razas, dos bellezas en su camino; dos problemas a resolver con la ayuda del tiempo. Sentado en el camastro recorría todos aquellos detalles y se torturaba en vano la imaginación tratando de averiguar quién podía ser aquel hombre que acompañaba a Vanda en aquel lujoso «Hudson», y de pronto se dio una palmada en la frente. El Consulado de su país tenía un «Hudson» matriculado en Nueva York. ¿Sería el mismo?...

El paisaje era soberbio por aquellos parajes que iban cruzando. Una vegetación espesa, viciosa y exuberante llenaba las orillas con sus colgajos verdes. Enebros, tamarindos, álamos gigantes, cedras y guayabos mezclaban sus especies, unidos por redes de lianas.

La noche llegaba cabalgando en su potro negro. Decidieron pernoctar en una especie de islote, amparados por las guirnaldas de las ramas.

Era demasiado peligroso seguir navegando de noche por rutas desconocidas.

El tejano se colocó de centinela en la proa y Peter, el de Kansas, fue encargado de la cocina.

El Valle del Dragón, quedaba aún a unas treinta millas en una de las grandes curvas del río. Desembarcarían al día siguiente dejando

el «sampán» bien oculto.

La suerte iba a prestarles ayuda de un modo providencial.

Serían las doce de la noche cuando Spencer, que estaba de guardia, advirtió la presencia de un junco sospechoso que se iba acercando hacia donde ellos estaban. Despertado Barry, tomó sus precauciones. Los tripulantes de aquellos juncos todos eran ladrones que aprovechaban cualquier descuido para apoderarse de lo ajeno. Lo que ignoraba Barry era que aquel junco pertenecía a la «flotilla» de «Harakiri». Durante la noche estas embarcaciones recorrían grandes distancias en misión de vigilancia. Iban tripuladas por hombres armados que tenían orden de hacer fuego contra cualquier sospechoso.

Barry había ordenado a sus hombres que no dijeran una palabra. Él hablaba el chino y se encargaría de entenderse con cualquiera.

El junco se detuvo y una voz preguntó:

—¿Quién está ahí?

Los del «sampán» escucharon el ruido que producen los cerrojos de los fusiles cuando se pasa el proyectil de la recámara al cañón.

—Amigos —respondió Barry.

—Acercaos.

Los cuatro marineros, siguiendo las indicaciones de su jefe provisional, saltaron a tierra.

Los remos del junco se hundieron en el agua...

A la vanguardia del triunfo:
Selecciones NEVADA
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
Colección F. B. I.
¡Llevan la marca ROLLANI

IV

EL VALLE DEL DRAGÓN



OS hombres del junco acercaron la embarcación a la orilla. Eran cuatro individuos armados de fusiles que llevaban a la cintura corvos machetes de acerado filo. Rostros demacrados por la luz lunar sobre los reflejos del agua que plata semejaba en aquella noche en calma. Cuatro soldados de la apostasía, defendiendo una doctrina que jamás llegarían a comprender. Y estos hombres luchaban hasta la muerte en defensa de unos derechos que no eran los suyos.

Barry y sus marineros habían abandonado el «sampán» y estaban atrincherados detrás de las colosales raíces del secular arbolado.

—¿Dónde estáis? —preguntó la voz.

Ante el silencio que fue respuesta, abrieron fuego. Las secas detonaciones hicieron huir a los Pájaros nocturnos aposentados en las ramas.

En el tranquilo cielo estaba, como en una pálida bruma de ensueño, misteriosamente fatal, la luna, y su resplandor descendía a enredar fulgores en los árboles negros de noche, y sobre la campiña hilos de luz.

Los tripulantes del junco saltaron a la isleta dispuestos a sofocar la resistencia de aquel enemigo desconocido que se amparaba detrás de los troncos y de las raíces.

Era la primera vez que Barry tenía que combatir en un escenario tan distinto a los anteriormente conocidos. Esto era muy diferente a la lucha con los «gangsters» en Chicago, a la persecución de los contrabandistas de drogas en el Barrio Chino de San Francisco y a los choques con los espías de Baltimore. Ahora se trataba de combatir en medio de la selva contra un grupo de fanáticos guiados por un ciego odio de raza.

Las pistolas entraron en acción, contestando a los disparos de los fusiles. Uno de los insurrectos cayó de cabeza al agua, hundiéndose para volver a salir a flote, y después de mantenerse un instante en la superficie fue engullido por la corriente y desapareció entre los remolinos.

Otro, herido en una pierna, se agazapó entre las hierbas y siguió disparando hasta que una bala le alcanzó en la frente. El tercero, al observar la terrible puntería, huyó como alma que lleva el diablo y, arrojándose al agua, nadó como un pez, pasando a la otra orilla. Sólo quedaba uno. Le dieron la voz de rendirse; pero lejos de obedecer, hizo fuego hasta agotar el cargador, y al darse cuenta de la inutilidad de aquel arma, la tiró al suelo y, desenvainando el machete, avanzó, gritando:

—¡Kalí, Kalí!...

Barry descargó su pistola contra él. Se detuvo herido de muerte. Su brazo trazó una trayectoria en el aire y el arma se clavó en el suelo. Aún caminó unos cuantos pasos hasta caer con los brazos abiertos y quedar tendido de espaldas, mirando la nacarada faz de la eterna viajera, que rielaba incansable por los anchos espacios azules.

—¿Hay alguno herido? —preguntó Barry.

—No, ninguno —respondió Spencer—. Tiran muy mal...

Los dos cadáveres fueron embarcados en el junco, y las armas arrojadas al río. Barry despojó a uno de los muertos de su zamarra y del gorro de piel de astracán y se vistió con ellos. Quedaba desconocido. Ahora parecía un verdadero «Kisgart» de la estepa (nómada).

Desatado el junco, navegó sin gobierno, rió abajo, empujado por la corriente, llevando a unos tripulantes que no podrían hacerle cambiar de dirección y las aguas le conducirían al gran estuario que forma la desembocadura del río Cantón, frente a las moles del Kaulún.

—Uno se ha escapado —dijo el tejano.

Barry le respondió que nada se podría hacer por el momento y se dispusieron a descansar un rato. Harry se quedó de vigilancia.

Despertaron cuando ya el sol había reemplazado a la luna. Las orillas del Si Kiang estaban muy animadas por la presencia de pájaros diversos de vistoso plumaje.

La tierra y el cielo se juntaban en una dulce y luminosa unión. Arriba, el sol esplendoroso y triunfal, abajo, el despertar del mundo, la melodiosa fronda, el perfume, los himnos del bosque, las algaradas jocundas de los pájaros, el bullir del agua y la Naturaleza toda en suave coloquio interminable.

El «sampán» continuó navegando. Pronto llegarían a las proximidades del Valle del Dragón.

—Escuchadme, muchachos —les advirtió Barry—; vosotros quedaréis escondidos con la embarcación en uno de esos numerosos refugios del río, mientras yo me acerco a los dominios de «Harakiri». Con este disfraz, no es fácil que sospechen de mí y podré recorrer el valle fácilmente. Si tardara más de veinticuatro horas en volver regresaréis a vuestro barco dando parte de mi fracaso y de mi muerte.

—Y ¿por qué no le acompañamos? —preguntó Spencer.

—Seríais descubiertos. No sabéis hablar chino y se darían cuenta enseguida. Debo ir yo solo. Silencio, se acerca un junco, remad hacia la otra orilla.

Se escondieron hasta que pasó la embarcación que también iba tripulada por hombres armados.

La guerra aún no había llegado al Si Kiang, y, sin embargo, los

pescadores llevaban a la espalda colgado el fusil, como si sólo aguardasen una orden para hacer uso de él.

En toda la cuenca vibraba el malestar y la alarma. Los cultivadores de los arrozales vivían en continuo desasosiego, esperando escuchar a cada paso las descargas siniestras de las armas de fuego.

Y por medio de aquel infierno cruzaban cinco hombres impulsados por la fe del triunfo, llevando en sus corazones de patriotas el anhelo sacrosanto de cumplir con su deber.

El Valle del Dragón estaba oculto por los elevados peñascales de Nan-Ling.

Tenía una entrada estrecha a través del bosque y desde el río no podía verse el poblado a pesar de hallarse a menos de mil yardas. Sólo subiéndose a un árbol se avistaban las chozas y el edificio de piedra de épocas remotas, utilizado ahora como residencia del jefe de aquella horda.

En aquel campamento había un hangar convertido en taller en donde estaban varios operarios desmontando un aparato de aviación. Sobre la casa de piedra se veía la aguja de una radio.

En la planta baja del edificio tenía sus oficinas «Harakiri», el siniestro individuo a quién llamaban «el Asesino». En realidad, este hombre, traidor a su país, trabajaba ahora a favor de una fuerte potencia a quién vendía sus secretos.

«Harakiri» era japonés. Se había rodeado de una turba de fanáticos adoradores de la Diosa Kalí y todos le obedecían ciegamente.

En una de las habitaciones estaba la estatuilla de la diosa, sobre un altar cubierto por pieles de pantera y alumbrada por dos farolillos alimentados con grasa de oso.

«Harakiri» tenía un plan sorprendente. Valiéndose de distintas piezas de repuesto, trataba de perfeccionar un avión de combate sumergible, es decir, un aparato submarino que al salir de las profundidades, pudiese volar.

Estaba estudiando unos cálculos, cuando le anunciaron la llegada de uno de los vigilantes del río.

Lo hizo pasar y se halló frente a Kio Song, uno de los tripulantes del junco.

—¿Qué quieres? —preguntó «Harakiri».

—Señor, anoche sorprendimos un «sampán» amarrado en la isleta de la curva y nos aproximamos para averiguar quiénes eran; les dimos el alto y nos recibieron a tiros. Mis compañeros han muerto y yo pude escapar a nado.

Kio Song temblaba como la hoja en el árbol al observar el rostro del jefe. Este levantóse, denotando nerviosismo y encarándose con el chino, le dijo:

—Aborrezco a los cobardes. Estamos luchando por un mundo mejor y en él no tendrán cabida los miedosos. Tus compañeros cayeron luchando y cumpliendo con la consigna recibida, en cambio tú, huiste como un conejo. Quiero tigres conmigo y no conejos. La Diosa Kalí no protege a los cobardes. ¿Qué tienes que decir?

—¡Oh! Señor, yo hice lo que pude.

—Lo comprendo: nadar hacia la orilla. Acércate.

El japonés llevaba a la cintura una especie de yatagán de empuñadura curvada y filosa hoja. Era un puñal turco del siglo xv, verdadera joya de arte.

Cuando vio a Kio Song a su alcance, desnudó rápidamente el arma y antes de que el pobre diablo se diese cuenta, le abrió el vientre de un solo tajo. Fue un corte horizontal, limpio, valga la palabra, realizado con una habilidad extraordinaria.

—¡Lléváoslo! —ordenó.

A eso debía el japonés su nombre de «Harakiri».

En aquel momento un avión surcaba el cielo por encima del río. Después de realizar algunos giros, explorando, aterrizó en el campamento.

Aquella noche, Barry se dispuso a visitar los dominios de «Harakiri». El «sampán» quedó oculto al cuidado de Harry y los tres restantes marineros tomaron posiciones estratégicas en el sendero que conducía al pequeño valle. Llevaba cada uno varias bombas de mano. Allí aguardarían el regreso de Barry. La senda estaba en medio del bosque y era fácil el esconderse. Su misión consistía en proteger la retirada del agente del

F. B. I.,

si éste se veía apurado.

Los tres marineros no alcanzaban a comprender los móviles de tal audacia por parte de aquel hombre, porque introducirse en un lugar lleno de gente armada, era ir en busca de la muerte. Ellos mismos exponían sus vidas sin posibilidades de salvación, pero nada dijeron; estaban acostumbrados a obedecer y se prepararon a cumplir lo mejor que pudieran.

Jack se situó cerca de la entrada, donde empezaba la senda; Peter ocupó un sitio a cincuenta yardas, y Spencer fue a colocarse cerca ya del campamento. En caso de alarma debían reunirse donde estaba el «sampán».

Barry confiaba pasar desapercibido gracias a las ropas que llevaba puestas y que pertenecieran a uno de los tripulantes del junco.

Paso a paso, avanzó por entre los árboles, alejándose del sendero. Las luces del campamento brillaban a través de la espesura. Examinó la pistola viendo que funcionaba perfectamente. Colgadas del cinto, llevaba tres bombas de mano de nuevo modelo.

La noche estaba bastante clara y la luna, allá en lo alto, enviaba su luz a través de crespones nebulosos. Un vientecillo cálido, movía las hojas de los árboles produciendo extraños rumores.

Parpadeaban unas cuantas estrellas diseminadas en la bóveda azul. Los insectos ponían una vibración de vida en aquel silencio.

Barry avanzaba precavido a través de aquellas marañas vegetales, procurando apagar el ruido de sus pisadas. Iba en busca de la verdad porque su mente estaba llena de sospechas.

Al llegar al lindero del bosque, se detuvo contemplando el campamento. Las cabañas se alineaban en dos filas. Eran chozas mal hechas, fácilmente improvisadas con troncos y ramas. La casa de piedra estaba al final, completamente aislada. Al otro extremo, se encontraba el enorme cobertizo de cinc. Todo un pueblo levantado en pocas horas.

Muy cerca, vio pasear a un centinela. Llevaba el fusil en bandolera y un machete curvo en la cintura.

Su principal preocupación era averiguar dónde estarían Duggan y Marahi. No resultaba muy fácil conseguirlo. Su cerebro trabajaba activamente. Por el aspecto de los hombres del junco, supuso que casi todos aquellos mercenarios debían ser chinos del sur y tibetanos. Ahora más que nunca, sospechaba que el llamado capitán

«Harakiri» tenía que ser el japonés Amiro Nikota, traidor a su patria y vendido al oro extranjero.

El Valle del Dragón, era un buen escondrijo. Enclavado entre montañas y separado de la ruta del río por bosques espesos, solamente desde un avión podía ser visto.

Barry seguía observando. De pronto la luz del cobertizo se apagó.

Se fue arrastrando hasta colocarse a pocos pasos del centinela. Estaba de espaldas y canturreaba en voz baja. Era necesario sorprenderle impidiendo que gritara porque si cundía la alarma todo estaba perdido. Al otro lado, divisó a otro hombre también con el fusil a la espalda.

Las luces de las chozas se fueron apagando. La casa de piedra seguía iluminada.

En aquella noche sucedieron cosas extrañas en el Valle del Dragón.

Barry saltó de pronto sobre el centinela y con la culata de la pistola le golpeó en la cabeza al mismo tiempo que su mano izquierda le tapaba la boca. De la garganta del hombre se escapó un sordo ronquido y eso fue todo. Le arrastró por entre los matorrales hasta dejarle en el suelo, al pie de un pino. Una vez allí con su propio cinto le amarró las manos a la espalda y rasgando un trozo de la blusa que vestía le puso una mordaza. Hecho esto, se lo cargó al hombro y lo llevó hasta donde estaba Spencer, al que dijo:

—Cuida de él y si no se está quieto ya sabes lo que tienes que hacer.

Spencer nada dijo, pero su silencio también era elocuente.

Negros nubarrones iban entoldando la atmósfera. Una de esas tempestades de arena, tan frecuentes en aquellos climas bajaba del Yang Tse. Crujieron las ramas de los árboles, remolinos de polvo se elevaron a considerable altura y las aguas del Si Kiang se encrespaban furiosas.

Barry comprendió que aquél era el mejor momento para penetrar en el poblado. Con un gesto de decisión en su varonil semblante, el agente secreto atravesó el arbolado dirigiéndose hacia el cobertizo. Las puertas estaban cerradas y era imposible violentarlas sin hacer ruido.

A pesar del silbido del viento y de las nubes de arena que lo

llenaban todo, no podría Intentarlo. Sin embargo, observó que en el interior había una luz cuya escasa claridad salía por debajo de una de las puertas. Dio una vuelta completa al edificio de cinc viendo que las chapas estaban numeradas, lo que quería decir que aquel material viniera preparado para ser armado inmediatamente por medio de tornillos. Tuvo que renunciar a penetrar en el interior.

Muy cerca de allí, crecía un copudo fresno que podía servirle de observatorio. Sin meditarlo más, trepó por su tronco y al llegar a la cruceta que formaba sus dos ramas principales, estuvo tratando de ver a través de una ventana, abierta, sin duda, para ventilar el cobertizo. No alcanzaba bien su vista y subió más alto. Desde allí, divisó el armazón de un extraño aparato volador en forma de proyectil. Estaba desmontado y el armazón mostraba tres compartimientos separados por tabiques de acero, pero unidos entre sí por puertas ovaladas.

La popa era chata y la proa triangular. No vio ningún motor. Descendió del árbol bastante intrigado y descontento de sí mismo. Sus indagaciones eran tan incompletas que no le servían de nada. Sólo sabía que allí se estaba preparando el modelo de un arma poderosa capaz de eclipsar a todos los modernos aviones de combate.

Tuvo intenciones de arrojar una bomba de las que llevaba y destruirlo todo, más con eso, no adelantaría gran cosa, porque poseyendo los planos se podía Intentar la construcción de nuevos aparatos.

Caminando en puntas de pies, atravesó el campamento tropezando con un hombre que le miró al pasar, dirigiéndole una palabra de saludo a la que respondió con un gruñido.

Después de efectuar varios rodeos, buscando los sitios más sombríos, consiguió situarse detrás de la casa de piedra. Era una soberbia construcción levantada en el sitio más elevado del valle. Muros enormes con ventanales estrechos. La entrada principal estaba guardada por un centinela. Barry calculó que aquella mole debió ser en un tiempo, monasterio de los lamas budistas, que en el pasado siglo se habían trasladado a la montaña buscando los sitios más inaccesibles.

De la parte baja del edificio salía una luz. Buscó un lugar por dónde introducirse y a fuerza de dar vueltas, tropezó con una

puertecilla que conducía a un sótano. Iba provisto de una linterna eléctrica que esperaba emplear, si era posible. Hallóse en una cueva bastante amplia, completamente vacía. Al final de ella, pasaba un caudal de agua subterránea y al otro lado, pudo ver, valiéndose de la linterna, un pasillo que subía en rampa. El agua se deslizaba por entre paredes de roca y a muy bajo nivel. Imposible cruzarla, porque aunque tuviese poca profundidad, suponiendo que así fuera, no había forma de subir por aquellas paredes resbaladizas.

Volvió a recorrer la cueva, calculando que tenía lo menos cincuenta yardas de largo por unas veinte de ancho. De pronto se fijó en una maroma enroscada en un rincón. Estaba bastante deshilachada, pero tal vez pudiera resistir el peso de un hombre. Apoderándose de ella, se dirigió de nuevo al canal de agua.

Buscó un sitio donde engancharla. A unas tres yardas de altura, el muro presentaba unas desigualdades muy pronunciadas. Si pudiera atar el extremo de la maroma en uno de aquellos picos de piedra...

Lo estuvo pensando y no encontraba forma de realizarlo hasta que divisó un montón de gruesos cascotes. Con paciencia admirable fue cambiando la pila de sitio hasta conseguir que se elevara más de una yarda sobre el nivel del suelo y entonces ya le fue fácil atar el extremo de la gruesa cuerda a uno de los salientes.

Con varios tirones, comprobó que no se desprendería. El ejercicio que iba a intentar era muy arriesgado. Si fallaban sus cálculos, podría caer en aquélla comente y arrastrado por ella, su fin sería espantoso, porque esas aguas debían recorrer por debajo de tierra distancias enormes. No se arredró ante el peligro que representaba el experimento.

Prendióse del extremo de la sogá y retrocedió varios pasos, luego, tomando impulso, dio el salto. Cayó justamente en el reborde y estuvo a punto de perder el equilibrio. Consiguió mantenerse firme y sin soltar la maroma agarróse con una mano a la roca. Un sudor frío empañaba sus sienes. Acababa de pasar por un momento terrible.

No había que perder tiempo. Las horas se deslizaban veloces...

Ató el extremo de la cuerda a un gran peñasco y siguiendo la rampa caminó sin saber adónde iba. Estaba en el interior del edificio, rodeado de sombras y de peligros. Después de recorrer un

buen trecho, se detuvo en una especie de patio con varias puertas cerradas. En el centro, vio una cisterna. La tormenta había cesado y la luna brillaba de nuevo entre nubes oscuras, descoloridas, opacas...

Encontró una escalera y la siguió, esperando que le conduciría a cualquier parte. De pronto sintió el murmullo de voces. Procuraba orientarse. Tuvo que esconderse al oír pasos. Se había introducido en una pequeña habitación ocupada por sacos y cajones.

Su mirada divisó un cuadrilátero enrejado allá en lo alto por el que salía luz. Las voces se oían más claras. No le fue difícil encaramarse por la pila de sacos. Una vez arriba, se asomó con precaución y estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa.

La cosa no era para menos. Sentada en un viejo sillón de madera, estaba Vanda, la rubia de los ojos verdes, hablando con un hombre vestido con un pantalón caqui, polainas y una chaqueta de cuero. Aquel individuo a juzgar por sus rasgos fisonómicos pertenecía a la raza amarilla, pero no era chino, más bien parecía japonés. Se expresaba en un inglés correcto.

Barry conocía de memoria la ficha de aquel personaje.

¡Era Amiro Nikota en persona, transformado en el capitán «Harakiri»!

Procuró escuchar lo que hablaban y su conversación no podía ser más interesante.

—Necesitamos la espada de Huang Kí —decía él—, esa joya posee cierto influjo misterioso que nos servirá para conseguir la ayuda de nuestro amigo el maharajá. Por otra parte, estoy esperando de América ciertos detalles que necesito para finalizar con éxito el invento que ha de revolucionar al mundo entero. Usted puede ayudarnos mucho. Procure entrevistarse con Tang Lu Wong y convénzale para que se desprenda de esa espada antes que la muerte lo visite.

—Haré cuanto pueda —dijo ella—, y ¿qué ha sido de los prisioneros que capturaron el otro día, en el barco que navegaba por el «Cantón»?

—Algunos han muerto y otros trabajan custodiados por mis hombres.

—Quiero que sepa que esos cautivos representan un peligro. Entre ellos, hay súbditos extranjeros y no conviene que las

cancillerías lancen sus protestas a los cuatro vientos.

—No les temo. Pronto seremos invencibles. Mi raza ha de dominar el mundo antes de poco. China despierta de su sueño de siglos y en breve expulsará de su territorio a todos los diablos blancos. Antes de dos años, la misma bandera ondeará desde Mancharla a Siam.

—Lo dudo. No se ganan las guerras con pólvora sola. ¿Con qué pan alimentará China a sus cuatrocientos millones de habitantes?

—Con el de nuestros aliados.

—¡Pero si ellos también tienen hambre!

—A veces pienso, señorita Vanda, que usted no siente con sinceridad el amor a nuestra causa. Yo la recibí en mis filas con agrado porque es usted muy bonita y no pierdo las esperanzas de que algún día corresponda a mi cariño, pero hay momentos en que creo que sus ideas se separan de las mías.

—Dejemos eso porque siempre que hablamos de ello, terminamos por enfadarnos. Usted desconfía de mí, y, sin embargo, sabe muy bien, que yo me arriesgo diariamente por proporcionar cuántos datos necesita.

—No es desconfianza, mi bella amiga, es precaución. Usted vive en la ciudad, rodeada de espías y cualquier imprudencia podría ser fatal.

—Ya, aún no me ha dicho quién es el hombre que recibe los informes de América.

—Se lo diré el día que me demuestre que me estima tanto como yo la admiro. El día que me prometa ser mi esposa...

—Dejemos eso, por ahora. Nuestra causa nos necesita. No pensemos en nosotros.

Vanda se incorporó dando la entrevista por terminada, agregando:

—Es demasiado tarde y debo marcharme. El avión me espera y debe estar el pobre piloto echando chispas. Le recomiendo prudencia, capitán. Esos prisioneros extranjeros pueden hacer explotar el polvorín. Déjelos marchar; será mejor para todos.

Vanda estaba muy hermosa y su palabra persuasiva lograba suavizar las furias y los odios de Nikota el cual hubiera renunciado a todos sus planes de ambición por conseguir el amor de aquella mujer.

Salieron del aposento bajo el palio de luz de las antorchas que sostenían en sus pecadoras manos dos manchúes de rostro aceitunado.

Barry se apresuró a dejar su observatorio y descendiendo de la pirámide de sacos, salió al patio, descendió por la rampa, se asió a la maroma y pasó al otro lado. Después de descolgar la sogá y dejarla en donde la encontrara, buscó el aire libre.

Al hallarse bajo la luz de las estrellas, se creyó redivivo, como si de pronto acabara de salir de un sepulcro blanqueado...



¡Tres estrellas en el firmamento literario!

N E V A D A

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

F. B. I.

V

LUCHA EN EL RIO



PENCER había terminado por sentarse sobre el caído tronco de un árbol muerto. Contemplaba al chino que acababa de recobrar el conocimiento y se retorció en el suelo como una sierpe herida. En su frente se había formado una costra de sangre y sus ojos oblicuos parecían suplicar que aflojara la mordaza que le impedía hablar.

El californiano, compadecido por las muestras de dolor que reflejaba el rostro de aquel hombre, lo libró de la mordaza. Apenas

lo había hecho, de la garganta del amarillo, salió un grito prolongado.

—¡Kalí!...

Spencer le aplastó la boca de un zapatazo. Saltaron los dientes de la boca del asiático, pero aún tuvo fuerzas para repetir el grito, aunque con menos fuerza:

—¡Kalí!...

En aquel momento las luces de un avión señalaron su presencia en las alturas. El aparato llevaba rumbo a Hong Kong.

Spencer silenció para siempre al chino y con su propio yatagán le quitó la vida. Se oyeron pasos, gritos de alarma y el bosquecillo se llenó de luces. Como por arte de magia, acudían de todas partes hombres armados. El californiano, al verse perdido, pues la fuga era imposible, ocultóse entre la maleza.

«Harakiri», al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, ordenó a sus hombres que registraran el bosque de punta a punta. El poblado quedó desierto. Todas las fuerzas se dedicaron a la caza del hombre.

Barry aprovechó aquella oportunidad para aproximarse al depósito convertido en taller. La luz seguía luciendo. Llamó a una de las puertas.

Escuchó pasos y luego una voz que preguntaba en chino:

—¿Quién es?

—Abre —contestó Barry en el mismo idioma—, órdenes de «Harakiri».

Abrióse la puerta y apareció un hombre provisto de anteojos de gruesos cristales y vistiendo una hopalanda verde.

Hasta ellos llegaban los disparos.

—¿Qué sucede? —preguntó el técnico mirando a Barry con desconfianza.

—¡No te muevas! —respondió encañonándole con la pistola.

—¡Socorro! —gritó el hombre despavorido.

Barry hizo fuego y al ver caer a su enemigo, descolgó de su cinto una de las bombas que llevaba y después de rasgar el cordón de seguridad, la arrojó sobre el aparato. Se oyó una formidable explosión y las llamas prendieron en los recipientes de alcohol.

Barry atravesó el poblado buscando la salvación en la huida. Poco después, el fuego del cobertizo ponía en la noche las luces del

incendio. Se oyeron gritos de cólera. Del bosque salían los perseguidores gritando como energúmenos.

«Harakiri», bramando como un loco, daba órdenes que nadie comprendía. Corrieron desorientados intentando sofocar el fuego, pero ya la techumbre recalentada se doblaba en medio de terribles explosiones.

Las llamas subían amenazadoras hasta lamer las ramas del árbol cercano. Fueron inútiles todos los intentos para sofocar el desastre devastador. Las materias inflamables contribuyeron a que la monumental hoguera adquiriese en pocos minutos caracteres de horno infernal. El plomo derretido, el estaño y las composiciones químicas formaron un río de lava ardiente. Tuvieron que abrir zanjaz para evitar que todo el poblado fuese pasto de las llamas.

Las explosiones se sucedían. Los bidones estallaban lanzando al techo azules llamaradas.

Todos los hombres se multiplicaban trabajando afanosamente. Chorros de agua y cubos de arena caían sin cesar sobre el enorme brasero.

«Harakiri» el hombre de nervios bien templados corría de un lado a otro lanzando denuestos.

Aquéel era un golpe terrible. Material y herramientas se habían perdido, sin contar el trabajo realizado y la vida de un hombre, poseedor de todos los secretos de la bélica Invención. Quedaban los planos, pero habría que encontrar al técnico capaz de llevarlos a cabo, eso sin contar los materiales necesarios.

Nada podía ser salvado. Las llamas destructoras fundieron techo y paredes de cinc y de aquella obra gigantesca, sólo quedaría un montón de chatarra inútil.

Barry al retirarse, escuchó voces en una de las cabañas. Se fue acercando con la mayor cautela. El resplandor del incendio alumbraba todo el poblado y a su luz, vio a un centinela que se apoyaba en un poste.

Dando un rodeo, buscó la parte menos iluminada, hasta lograr colocarse a espaldas del chino y cuando éste se volvió, alarmado por un pequeño ruido que acababa de escuchar, encontróse con la figura dominadora de Barry. Levantó el fusil y en aquel momento, su cabeza pareció estallar bajo el golpe terrible recibido. Barry era maestro en el arte de propinar porrazos y el centinela hundióse en

el mundo de la inconsciencia.

No había tiempo que perder. La cabaña tenía una puerta provista de grueso cerrojo. Lo recorrió y al penetrar, divisó a un grupo de hombres tendidos sobre lechos de hierbas. Un farol de luz mortecina iluminaba tristemente el antro.

—¡Vamos, arriba! —dijo Barry.

Los prisioneros, sorprendidos, no atinaban a moverse. Estaban acostumbrados a los golpes de látigo y no comprendían una llamada a hora tan intempestiva. Habían escuchado las detonaciones y el ruido de las voces. Estaban despiertos desde hacía tiempo. Al abrirse la puerta vieron la claridad del Incendio.

De pronto uno de ellos se precipitó en los brazos de Barry. Era Duggan, con las ropas destrozadas, pálido y barbudo.

—¡Seguidme! —ordenó Barry.

—Andando, muchachos —dijo Duggan—, es un amigo.

La silueta de Marahi se dibujó de pronto en el fondo de la cabaña y al reconocer a Barry avanzó hacia él con los brazos abiertos.

—¡No perdamos tiempo! —habló el agente especial.

Al salir entregó el fusil y las municiones del centinela a Duggan el cual siguió a su compañero.

Atravesaron la parte desprovista de cabañas para internarse en el bosque. Poco después encontraban el cadáver mutilado de Spencer.

Los fugados eran doce hombres decididos que hubieran podido hacer frente a cualquier peligro, de tener armas.

Siguiendo el ancho sendero, hallaron el cuerpo sin vida de Jack, el tejano. Había muerto combatiendo porque tenía las armas a su lado. Marahi se apoderó de ellas...

No había tiempo que perder. Ya escuchaban las voces furiosas de los perseguidores que habiéndose dado cuenta de la fuga de los presos y de la muerte del centinela, seguían sus pasos lanzando chillidos amenazadores. Peter, el de Kansas, salió al encuentro de los fugitivos y todos juntos se dirigieron hacia el «sampán».

Ya era tiempo. Grupos armados surgían por entre la arboleda. Barry ordenó el embarque mientras él se quedaba oculto detrás de un árbol para detener el avance de aquellos demonios furibundos. Apenas apareció el primer grupo, preparó una de las bombas de

mano y cuando los vio a una distancia conveniente arrojó el mortífero proyectil que explotó entre los pies de la horda causando una verdadera carnicería.

Los chinos retrocedieron desconcertados y Barry aprovechó la pausa para saltar a bordo. El «sampán» apartóse de la orilla bajo el impulso de cuatro remos y bien pronto, alcanzado por la corriente, se deslizó río abajo con bastante velocidad. Se oyeron varios disparos. Las orillas se llenaron de hombres armados que hostilizaban a la embarcación, pero ésta, cada vez se alejaba más de ellos poniéndose fuera de tiro.

—¡De buena nos hemos librado! —exclamó Marahi.

—Todavía no podemos cantar victoria —repuso Barry—; esta vía fluvial está controlada por los hombres del capitán «Harakiri» y seguramente tendremos desagradables encuentros.

En aquel instante escuchóse una sonora clarinada que se prolongó durante algunos segundos hasta finalizar en un toque ronco. Debía ser la señal de llamada, porque poco después, tres juncos salían de un brazo del río y navegaban en persecución del «sampán».

Tanto Harry como Peter estaban abatidos por la muerte de sus desgraciados compañeros cuyos cuerpos quedaban insepultos para servir de festín a las aves de rapiña.

Eran dos víctimas más de la barbarie.

Uno de los juncos había conseguido adelantarse a los otros y desde él, partieron varios disparos.

—No contesten al fuego —ordenó Barry—, procuren ocultarse bien. ¡Fuera los remos! Cuida del timón, Peter.

El «sampán», a favor de la corriente, se deslizaba veloz. Dentro de la escotilla, se resguardaron los hombres desarmados. Algunos proyectiles atravesaron la vela de caña.

Barry esperó a que uno de los juncos se acercase más. Vio a varios hombres con los torsos medio desnudos, empuñando sus armas blancas, preparados para lanzarse al abordaje. Brillaban las hojas de acero a la luz de la luna y los rostros de los feroces piratas modernos mostraban el odio y la cólera en sus gestos.

El junco cada vez se iba aproximando más a golpe de remo, impulsado por el viento que hinchaba su vela cuadrada. El río se ensanchaba en aquel sitio, y los dos juncos restantes trataban de

alcanzarle para poder prestar la ayuda necesaria.

Duggan preguntó a Barry por qué no disparaban contra ellos y les dejaban aproximarse tanto y éste le mostró una de las bombas de mano. Sonrió el mecánico comprendiendo la intención de su compañero y ya más tranquilo, se dispuso a colaborar del mismo modo. A todo esto, el junco iba acortando la distancia. De pronto Barry levantó el brazo y lanzó el proyectil, que fue a caer dentro de la embarcación. Miles de chispas brotaron del fondo del junco y el casco se abrió en dos pedazos cayendo al agua sus tripulantes. Trozos de madera saltaron por el aire. De los juncos que venían detrás salieron gritos de cólera. El mortífero artefacto, al explotar, hirió a varios hombres. Flotaban en el agua las astillas de las tablas hechas añicos.

Los dos juncos se detuvieron para recoger a los náufragos que nadaban siendo arrastrados por la corriente.

—Ahora podremos escapar —dijo Marahi—, porque les llevamos bastante ventaja.

—No es esa mi intención —respondió Barry—. Hemos de hundir a los otros juncos si se empeñan en perseguirnos.

Así era en efecto. Las dos embarcaciones forzaban su marcha tratando de alcanzar al «sampán» y de pronto, la gran curva zigzagueante y tumultuosa en donde las aguas azotaban las orillas coronándolas de espumas.

Minaretes de roca, fachadas enhiestas de acantilados, murmullos del viento entre las ramas, violines de la noche; fuegos fatuos sobre los cienos de la orilla.

En el aleteo incesante de la zozobra, en todos los pechos late un anhelo vindicador que amortigua impaciencias comprimidas por muchas horas de espera y es que aquellos hombres rudos, camaradas de todos en los puertos de los siete mares, nunca han tenido preocupaciones ni congojas, porque no han conocido el odio hasta ahora.

Barry ve aproximarse a los barquichuelos. Sus tripulantes siguen disparando sin cesar. Las balas silban por encima del «sampán» y éste, como un cisne negro parece Invitarles a la persecución y se desliza raudo con cierta majestad. Al final de la curva, el río vuelve a estrecharse, se hunde el cauce entre montículos pétreos y durante un par de millas, la corriente levanta flecos de espuma.

De pronto sucede algo que nadie esperaba. El «sampán» surca la corriente y empujado por una fuerza extraña se inclina, gira, tuerce a la derecha y su proa va a incrustarse en un fangal de la orilla.

Uno de los enganches del timón ha saltado y el «sampán», sin gobierno, obedece al impulso de un remolino. Y allí está embarrancado, inmóvil, con toda la proa dentro del pegajoso fango.

De los juncos salen gritos de triunfo y los timoneles dirigen las embarcaciones sobre el arrinconado barquichuelo, mientras los fusiles siguen lanzando una lluvia de proyectiles.

Duggan y Barry saben mejor que nadie lo que aquello representa. Sólo cinco están armados y han de luchar contra dos docenas de fanáticos y aguerridos mercenarios. Si caen prisioneros les espera una muerte horrible, porque el capitán japonés no perdona dos veces y su alfanje se teñirá de sangre de nuevo.

Animados por un espíritu de justicia y por el valor que en sus pechos alienta, están decididos a morir combatiendo. Han podido huir y no lo han hecho. Ahora, tienen que demostrar a sus compañeros de fatigas de lo que son capaces.

—¡Rendirse! —grita el que parece jefe de la expedición—. Os perdonaremos la vida si no hacéis resistencia.

—¡No compres la piel del león antes de matarlo! —le contesta Barry en chino.

Los dos juncos se acercan dando bordeadas tratando de colocarse a los costados del «sampán».

Duggan ocupa la parte de estribor mientras Barry se arrima por babor. Ambos están preparados. Casi al mismo tiempo, lanzan dos bombas de mano. La de Barry, cae en la popa y destroza el pequeño camarote abriendo una vía de agua. La que ha tirado Duggan ha caído al pie de la vela. Tronchando el palo por la fuerte explosión, arrastra consigo a un hombre que se hunde en el agua. Dos nuevos proyectiles estallan entre los grupos de fusileros. Se oyen gritos espantosos. En aquel momento, Peter y Harry asoman por la borda y disparan sus armas auxiliados por Marahi. Los chinos se arrojan al agua. Una nueva bomba de mano cae en uno de los juncos y éste se abre como una cáscara.

Las aguas del río se colorean.

Peter y Harry siguen disparando contra los que nadan. Barry trata de impedirles que lo hagan, pero el de Kansas le contesta:

—Spencer y Jack no nos perdonarían desde el otro mundo si no los vengásemos.

Los dos juncos se hunden. Flotan restos de todas clases. Pocos chinos pueden escapar de la matanza. Hasta Marahi, siempre calmoso, parece recrearse disparando contra los náufragos y es que ha visto morir a varios prisioneros asesinados y en su pecho también alienta el espíritu de venganza.

Cuando todo termina, cuando el río insaciable ha engullido a sus víctimas, cuando de los juncos sólo quedan algunas tablas flotando cerca de la orilla, entonces Marahi, enfunda el revólver, se vuelve a Barry y le dice:

—Y ahora, patrón, puedes castigarme por no haberte obedecido, pero Buda no consiente que Kalí impere en nuestra tierra.

Por toda contestación. Barry estrecha la mano y le ordena que repare la avería del timón.

Poco después, el «sampán», surcando el agua majestuosamente, se dirige hacia el final del trayecto. Ha llegado la hora de cenar. Son las cuatro de la mañana y los estómagos están vacíos. Peter improvisa bien pronto una abundante comida regada con legítima cerveza de «Cardiff» y la alegría reina a bordo. Sólo dos personas están tristes: Peter y Harry, que no pueden olvidar el trágico fin de sus desdichados compañeros.

Barry trata de consolarlos, diciéndoles:

—Han muerto como dos valientes en acto de servicio.

Todos rodean a Barry y quieren saber cómo pudo volar el cobertizo, más éste, enemigo de lisonjas, evita dar explicaciones diciendo que fue demasiado fácil para que tenga mérito alguno.

El «sampán» ha entrado en el río «Cantón» y desciende a toda vela hacia el mar de China.

Barry fue a sentarse en la popa. No cesaba de pensar en Vanda. Aquella mujer de prodigiosa belleza era una espía al servicio de una mala causa. Ahora comprendía el lujo con que se adornaba y la razón para que gastase el dinero a manos llenas. Tampoco podía olvidar al hombre que viera con ella cuando estaba en la casa de Teze Lú. ¡Encantadora Teze Lú! Ya estaba deseando volver a verla.

El aire frío de la noche azotaba su semblante, Miró hacia la orilla. Resplandores diminutos dominados por la luz inmovible que brillaba sobre la primera materia ígnea de la tierra, y que

seguiría brillando cuando el mundo pareciese helado, dando sus últimas vueltas alrededor de un sol moribundo, aparecían ahora por encima de los árboles.

Nada importaba en este breve centelleo que se llama vida, nada sino las estrellas del firmamento, porque detrás de ellas, se halla el infinito, lo ignoto, lo ignorado, y eso es precisamente el secreto que oculta la razón de ser de este mundo que habitamos...

A Barry le gustaba conducir su pensamiento por lejanos lugares. Desflorando mentalmente este tópico se pasaba largos momentos contemplando las bellezas naturales que le rodeaban, y entonces se sentía feliz y libre de prejuicios y de preocupaciones, porque hallándose solo frente a lo desconocido, creía vivir en un mundo distinto y sus quimeras, sus sueños, sus alegres utopías, tomaban entonces forma y aparecían condensadas en gratas visiones.

Y, sin embargo, no era un soñador. Sabía volver a la realidad cuando los hechos le llamaban. Ahora mismo, encauzaba sus pensamientos por senderos diversos y no olvidaba ningún detalle recordando que pertenecía al

F. B. I.,

y que tenía la misión de localizar a un traidor.

Tanto Vanda como el capitán «Harakiri» podían ser los eslabones de la cadena; ellos, aunque delincuentes no lo eran tanto como el miserable que traicionaba a su país. La China siempre había sido un nidal de traidores. Al amparo de cargos y prebendas, nunca faltaba un desaprensivo que facilitase al indígena motivos para sus desafueros.

Si de las condiciones de la vida pastoril, tal como la ha constituido la colonización y la incuria, nacen graves dificultades para una organización cualquiera, y muchas más para el triunfo de la civilización europea, de sus costumbres, y de la riqueza y libertad, que son sus consecuencias, no puede, por otra parte, negarse que esta situación tiene su lado poético, fases dignas de la pluma de un romancista. Si un destello de literatura puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades asiáticas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales y sobre todo, de la lucha entre la civilización y la barbarie, entre la inteligencia y la materia; lucha imponente y que da lugar a escenas como las que quedan relatadas.

El viaje de regreso se llevó a cabo en menos horas que a la ida, teniendo en cuenta que ahora iban a favor de la corriente.

Llegaron a Hong Kong a mediodía. Barry entregó al capitán a sus dos marineros dándole cuenta de lo sucedido. El mismo se encargaría de comunicar a Washington la odisea. El sacrificio no había sido estéril toda vez que lograron rescatar a varios prisioneros, destruyendo al mismo tiempo un «hangar» y causando al enemigo graves daños. No podía ser más explícito por el momento, pero estaba seguro de haber procedido con arreglo a las instrucciones recibidas.

—El capitán del buque de guerra cursó inmediatamente un cable informando. La respuesta no pudo ser más concisa: «Enterado»...

Barry, aquella tarde, dijo a Marahi:

—Acompaña a mí amigo Duggan a la taberna de «papá» Joe y cuida de él. Quiero darte una buena noticia: Lía Feng, te espera. Se pondrá muy contenta cuando te va, porque te ama.

—¡Nunca me lo dijo!

—Esas cosas hay que saber adivinarlas...

VI

«LOS ESCLAVOS DE KALÍ»



de Washington, sede del F. B. I., se recibió aquella tarde un radiograma de Hong Kong, firmado con las iniciales B. R., y que decía lo siguiente:

N el Palacio de Justicia,

«Ha sido localizado Amiro Nikota bajo la doble personalidad del capitán “Harakiri”. Vive en el Valle del Dragón, cerca del río Si Kiang, y tiene a sus órdenes a un enjambre de chinos y tibetanos bien armados. Posee una flotilla de juncos, con los cuales controla la

navegación hasta Junnat, al oeste de los montes Nan Ling. Por medio de modelos robados en nuestro país, proyectan la construcción de un avión sumergible, cuyas características son las de un torpedo gigante. He conseguido destruir el taller donde se trabajaba, dando muerte al ingeniero. Hundimos varios juncos, después de libertar a los prisioneros capturados en un barco. Pude identificar a una de las espías, cuyo nombre es Vanda Stopen, seguramente falso. Después de los informes enviados anteriormente, referentes a nuestra aventura en Mindoro, he sabido que el avión ha sido recuperado por fuerzas de la Marina. A. D., vive en un arrabal y está encargado de observar a la clientela que se reúne en un tabernucho frecuentado por los tripulantes de los juncos que recorren el río Cantón. Aún no he podido identificar al traidor que recibe las comunicaciones secretas, pero sigo sus huellas. En Hong Kong existe una sociedad titulada “Los Dragones Azules”, y está formada por elementos chinos y extranjeros que luchan contra la “Secta de Kalí”, de la que forma parte Amiro Nikota. Según los informes que poseo, los “Esclavos de Kalí”, nombre de la secta, luchan por la unión de todos los Estados asiáticos para expulsar a los extranjeros de China y adueñarse de las islas del Pacífico y del Indico. Tan ambicioso proyecto esperan realizarlo con la ayuda de otras potencias. Si sus planes llegasen a prosperar, una nueva conflagración universal destruiría al mundo; para que eso no ocurra, han de ser castigados los traidores. Pienso formar parte de “Los Dragones Azules” con el fin de poder combatir mejor a “Los Esclavos de Kalí”. Tendré al corriente de lo que ocurra. Mientras tanto, aguardo instrucciones. —B. R.».

El radiograma, enviado en clave, fue contestado pocas horas después. Y he aquí la respuesta:

«Continúe sus investigaciones, que va por buen camino. Aquí se han efectuado varias detenciones sin

resultado positivo. El espionaje internacional siembra su oro sin escatimar y no faltan traidores. Siguiendo a Vanda y a Amiro Nikota tropezará seguramente con el hombre que buscamos. El jefe le felicita por sus esfuerzos. Ténganos al corriente de cuánto suceda. Procure evitar la intromisión de los agentes secretos de otros países, aunque sean amigos, porque pudieran entorpecer su labor, y su misión es puramente nacional. Hay que encontrar a ese hombre aunque se encuentre en las entrañas de la Tierra. A una llamada suya, en cualquier momento y desde cualquier lugar de la Tierra, acudirá un avión para ponerse a su servicio. Recuérdelo. Y no olvide tampoco que de su éxito puede depender la paz del mundo».

Barry, después de leer esta comunicación, rasgóla en menudos pedazos y se dirigió al Consulado. Henry Kalmar estaba enfermo, postrado en el lecho por unas fiebres malignas. Fue recibido por Julio Roskoe, el vicecónsul. Sentados en el saloncillo de la biblioteca, los dos hombres parecían observarse mutuamente, y Barry trataba, aunque en vano, de recordar algo que hormigueaba en su cerebro. Tenía la seguridad de haber visto a Roskoe en alguna parte; pero, por muchos esfuerzos que hacía, no lograba aclarar sus dudas.

—¿En qué puedo servirle, Míster Rogers? —preguntó el vicecónsul.

—Como usted ya sabrá, estoy escribiendo una obra de costumbres orientales, en la que me propongo relatar la vida de Hong Kong como ciudad cosmopolita, y desearía saber algo referente a una sociedad secreta titulada «Esclavos de Kalí».

—Y ¿qué le hace suponer que yo esté enterado de semejantes detalles?

—Usted lleva mucho tiempo en la ciudad, asiste a todas las fiestas y ceremonias, cultiva la amistad con los mandarines y es probable que posea conocimientos que yo ignoro.

Roskoe frunció el entrecejo. Le disgustaba que le hicieran preguntas ajenas al Consulado. Era un hombre esquivo, adusto y poco amigo de las confidencias. Respondió de mal talante:

—No me agrada inmiscuirme en asuntos que no me atañen. Los

chinos tienen sus ideas y sus costumbres. Son gentes extrañas y probablemente les desagrade el saberse espiados. No conviene irritarlos.

Raras mayólicas, misteriosas porcelanas tapizan un fondo de pagoda; todo ello en un ambiente inverosímil. Un pavo real disecado muestra su plumaje de arco iris. Los cuadros de las paredes representan escenas mitológicas y en uno de ellos está Shiva, el esposo de Kalí, rodeado de serpientes aladas. Las panoplias mostraban alfanjes y yataganes de rara forma; espadas romanas y yelmos griegos. El conjunto era exótico en aquel saloncillo, cuyas ventanas miraban al mar.

Barry iba a dar su entrevista por terminada cuando, de pronto, tuvo un pequeño sobresalto. El secretario del Consulado apareció en la puerta mostrando un voluminoso sobre que acababa de llegar. Aquel hombre era el mismo que viera en el «Hudson» sentado junto a Vanda, cuando él se hallaba con Teze Lú.

Roskoe recibió el sobre, dando las gracias, y el secretario se retiró no sin antes dirigir a Barry una mirada escudriñadora.

—Es Farrals —explicó Roskoe—, el alma del Consulado, una bella persona y un hombre muy servicial. Le convendrá cultivar su amistad, porque él sabe de la vida de Hong Kong más que ninguno.

—Lo intentaré.

Barry echó una mirada distraída al sobre, viendo que tenía un sello en tinta azul con el escudo de Calcuta. Disimuladamente, Roskoe puso la mano encima del sello.

—¿Ya se marcha? —preguntó, distraído.

—Sí; presente mis saludos a míster Kalmar y que tenga una pronta mejoría.

—Así lo haré, y gracias por su deseo.

Barry salió decepcionado. Tenía que reconocer que Roskoe era poco sociable y aquel Farrals también le resultaba extraordinariamente antipático; pero, sobre todo, le preocupaban dos cosas: la amistad que pudiera existir entre Farrals y Vanda y aquel sobre procedente de Calcuta.

Subió a un coche que pasaba y se hizo conducir a la casa de Teze Lú. La encontró escuchando el canto del ave del paraíso y el murmurar de la fuente. Teze Lú vestía un kimono floreado, ceñido por un cinturón de flores de plata. Salió al encuentro de Barry,

estrechando sus dos manos y mirándole a los ojos con la alegría reflejada en los suyos.

—Bienvenido el señor de mis pensamientos a la humilde morada de Teze Lú.

—¿Cómo está tu digno y sabio padre?

—Lleno de incertidumbre.

—Yo le traigo tranquilidad.

Fueron a sentarse bajo la sombra protectora de los frondosos árboles y Teze Lú escuchó de los labios de Barry algunas de sus aventuras, aquellas que podían ser contadas. Su conversación derivó hacia «Los Dragones Azules», y entonces dijo ella:

—Mi admirado y venerable padre también pertenece a esa sociedad. Está formada por hombres que quieren para China paz y progreso. Celebran junta casi todas las noches en la pagoda de Ming Saa, en las afueras. Puedo conducirte, si tú quieres. Casualmente esta noche hay reunión.

—Iremos.

Bajo el palio de la luz que irradiaba el sol por entre el verde ramaje, el rostro de Teze Lú resplandecía de felicidad. Amaba al hombre de otra raza que cruzara los mares desde un gran país lejano. En aquel momento era dichosa y lo olvidaba todo, porque su pensamiento estaba allí, junto a él. Se miraba en sus ojos y sonreía.

Barry solía decir que Teze Lú era como una rosa de pasión que crecía en un maravilloso invernadero y, en aquel instante, se dispuso a contarle la historia de una rosa. Varias veces lo había intentado, pero nunca creyó llegada la oportunidad. Ahora era el momento. La casta sonrisa de Teze Lú se lo pedía... Más la historia de la blanca rosa que naciera en la tumba de un poeta para adornar la frente de la novia, no le agradó.

Barry quiso contarle también otras historias de amantes, pero Teze Lú quería pasear. Le agradaba ir cogida del brazo por el gallardo doncel de los ojos azules. Los momentos que pasaba a su lado eran los más felices de su existencia y tenía miedo que aquella dicha terminara. Con el mayor placer hubiera abandonado la ciudad, cargada de malas pasiones, para ir a esconder su amor en la montaña Hiang Zet, habitada, según la leyenda, por el espíritu de Nang Poo, la princesita de los cuentos infantiles.

Se separaron después de pasar largo rato en amable charla. Ella

trataba de retenerlo, pero Barry tenía una difícil misión que cumplir y no podía perder las horas, porque el tiempo, en aquellas excepcionales circunstancias, representaba mucho para él.

Desde la glorieta, adornada de crisantemos, Teze Lú le estuvo diciendo adiós con su abanico de nácar, y cuando le vio desaparecer a la vuelta de la esquina, suspiró profundamente como si de pronto el sol se eclipsara y un mundo de sombras fuese el único horizonte de sus juveniles aspiraciones. Aquel amor tan grande no cabía en su pecho, y el temor a perderlo era la eterna contradicción con que tropezaba su pensamiento.

Su buen padre trataba a todas horas de aconsejarla, haciéndole ver lo difícil que resulta unir a dos seres de distintas razas, creencias y costumbres, más Teze Lú se abandonaba a sus dulces sueños y aguardaba con ansia la llegada del nuevo día, esperando siempre al amado de su corazón.

Barry, por su parte, no desechara la idea de poder llevar a su patria a la gentil Teze Lú. Le había tomado cariño y por nada del mundo hubiera dejado de verla.

Al penetrar en el hotel tropezóse con Vanda, a la que saludó con cierta frialdad. Desde que supo que formaba parte de la red de espionaje de los traidores, sentía hacia ella algo muy parecido al aborrecimiento, pero sabía disimular sus impresiones, y ante todo, era un caballero. Su fría sonrisa no desconcertó a la aventurera; al contrario, alentóla para Invitar a Barry a tomar el té con ella.

En otras circunstancias, el agente secreto hubiese contestado cualquier disculpa vulgar, más en esta ocasión comprendía que acaso esta entrevista le sirviera para conocer algún dato interesante. Fueron hasta el reservado, elegante saloncito provisto de todas las comodidades que el moderno refinamiento de los grandes hoteles puede proporcionar.

Sentados frente a frente, iniciaron una conversación trivial, que poco a poco se fue desviando, para derivar a temas muy distintos.

—Me dijeron —se aventuró Barry— que la habían visto en el aeródromo. ¿Estuvo de viaje?

—Sí —respondió ella sin vacilar—; fui a Cantón; asuntos de negocios. Y ¿cómo va su libro?

—Muy bien, pero me faltan detalles sobre la historia de una espada que perteneció al emperador Huang Kí. Me agradecería

contemplarla para poder describirla fielmente, porque, según parece, esa joya se encuentra en Hong Kong.

—No tengo la menor noticia, pero no le será difícil averiguarlo. Tengo entendido que visita usted con frecuencia la casa del venerable Tang Lú Wong, uno de los más famosos mandarines de la ciudad. Ese hombre es un sabio y, además, se dedica a coleccionar joyas antiguas y hasta creo que posee un museo digno de verse.

Harry la miró con fijeza. En el bello rostro de la vampiresa no pudo ver el más leve gesto que la delatara. Hablaba con perfecta calma y con tal indiferencia, que de no haberla visto en compañía del siniestro japonés, hubiera creído la verdad de sus palabras.

Eran dos potencias en la ciencia del disimulo y sabían aquilatar sus voluntades, hasta el extremo de jugar con la frase, convirtiendo la afirmación en negativa.

—Veo —repuso Barry— que está usted muy bien informada. Trataré de seguir su sabio consejo.

Y, como quien no quiere la cosa, agregó:

—No sabía que fuera usted amiga de Farrals, el secretario del Consulado americano. Los vi pasar el otro día en un hermoso «Hudson».

—Sí; lo conocí en Londres hace tiempo y somos viejos amigos.

Estaba visto que no había forma de sorprenderla y para todo tenía la respuesta preparada. Barry habló de los modernos aparatos de aviación, de los submarinos y del radar. Mencionó la importancia destructiva de la bomba de hidrógeno, y para todo ello, tuvo Vanda un oportuno comentario.

De pronto, haciendo un gesto de cansancio, exclamó:

—Hablemos de otra cosa; por ejemplo, de nosotros mismos. ¿Qué piensa hacer esta noche? Sé de un sitio donde se baila, se bebe y se divierte uno sin preocupaciones, un lugar encantador muy a propósito para olvidarse de todo, en donde pasan las horas en continuo regocijo. Es un club nocturno, situado en la calle Chang-ngan kiau (calle Ancha de la Tranquilidad), a pocos pasos de los muelles.

—Lo lamento, pero no puedo ir, porque esta noche estoy citado con cierto personaje...

—... que tiene nombre de mujer —terminó ella con una carcajada—. Perdóneme si soy indiscreta. No tengo ningún derecho

para mezclarme en sus asuntos; mas, si he de ser sincera, debo decirle que me agradaría mucho ser su amiga. Me ha sido usted simpático. Hay algo de común en nuestras vidas, y es el misterio que las rodea. Ambos flotamos, valga la frase, sobre las nieblas de lo desconocido. ¿Por qué se empeña en evitar mi presencia, como si yo le causara algún secreto temor? No, no me lo niegue; me he dado cuenta. Varias veces nos hemos encontrado y usted apartó su mirada, fingiendo no haberme visto. ¿Por qué no es sincero conmigo y me dice las causas de esa indiferencia, que más parece rencor? Durante un rato me estuvo hablando de los inventos de destrucción, como si esas cosas pudieran interesarme, y por mucho que trato de buscar una explicación, no la encuentro. ¡Tanto como me agradaría poder contar con su confianza! A veces, amigo mío, las apariencias engañan y no somos lo que parecemos. Espero poder demostrarle bien pronto que no somos enemigos...

—Esta vez es usted misteriosa.

Vanda miró su reloj de pulsera, una magnífica joya con la esfera de rubíes, y exclamó:

—No creí que fuese tan tarde. Me esperan a bordo del «Kioto». Nos veremos esta noche en el comedor. He comprobado, amigo mío, que usted desconfía de mí, y me veo obligada a vigilarle. No le extrañe si mi proceder le sorprende. Observo que pisa usted terreno falso.

Y con una encantadora sonrisa se despidió, saliendo a la calle, en donde subió a un «taxi» que la esperaba.

¿Qué querían decir aquellas palabras? ¿Estaría ella enterada de quién era él? ¡Imposible!

¿Por qué dijo que las apariencias engañaban y que no éramos lo que parecíamos?

Barry no pudo responder a ninguna de sus mudas interrogaciones, pero aquella misma noche, después de cenar, estaba en su habitación, cambiándose de ropa, cuando sintió un ruidito extraño muy semejante a un rasguído. Volvió la vista y vio que, por debajo de la puerta, alguien acababa de introducir un papel. Por muy rápido que franqueó la entrada no pudo ver a nadie. ¡El pasillo estaba desierto!

Los focos de luz inundaban con su claridad hasta los últimos rincones. Observó que el ascensor descendía. Muy intrigado, volvió

a su aposento y recogió el papel. Era una hoja con el membrete del hotel, escrita con lápiz, en la que se leía lo siguiente:

«No vaya a la reunión de “Los Dragones Azules” si en algo estima su vida, y procure no interesarse demasiado por Teze Lú. La diosa Kalí castiga a los audaces que profanan los senderos sagrados».

No tenía firma alguna y estaba escrito en correcto inglés. Barry no pensaba hacer caso de semejante aviso. Acabó de vestirse, revisó la pistola y salió, cerrando la puerta con llave. Una vez en la planta baja, penetró en la cabina telefónica y llamó a Duggan, a la taberna de «papá» Joe.

—Escucha —le dijo—: te espero en el hotel, en la puerta del garaje. Tendré un coche preparado. Trae contigo a Marahi y busca a un par de hombres más de confianza.

La voz de Duggan preguntó:

—¿Adónde vamos?

—¡A visitar a la diosa Kalí!

Colgó el auricular y se puso la gabardina. Un «Fiat» antiguo le esperaba detrás del hotel. El chofer era un coreano de abultados pómulos y ojillos reidores. Un muchacho muy simpático, a quién Barry había dado muy buenas propinas. Desde el primer momento se dio cuenta que se trataba de una persona honrada y lo utilizaba por las noches para sus correrías, porque Barry no cesaba de recorrer la ciudad en todas direcciones, con su carnet de notas, «tomando apuntes para su libro». El coreano se llamaba Mukden.

El chofer conocía toda el hampa del barrio chino y para él no había nada ignorado dentro de la misteriosa ciudad.

En aquel momento, la calle King Sand presentaba animado aspecto, con sus farolillos multicolores, las pancartas anunciadoras, las banderolas flameando sobre las puertas y el ir y venir de los pintorescos carricoches tirados por los pacientes «coolies». A esas horas de la noche, las calles de Hong Kong se animaban y parecían estremecerse bajo el paso de los transeúntes, ávidos de emociones. Los clubs nocturnos mostraban sus fachadas luminosas, con signos estrambóticos y figuras estrafalarias.

China, la misteriosa, estaba fielmente representada por aquellas propagandas, que querían ser terroríficas y resultaban infantiles;

pero China, la milenaria, vivía alejada del ruido y se refugiaba en los sótanos, en las pagodas y en las cuevas.

Cada casa era una exposición de curiosidades pintorescas, y a la puerta solía verse a un chino de negro bonete y barbilla en punta fumando en una larga pipa, esperando con paciente resignación la llegada del cliente, pero cuando éste llegaba, salía de su mutismo y peroraba, incansable, pregonando las excelencias de sus mercaderías.

Desde el interior de algunos establecimientos brotaba el ritmo pausado y dulzón de una música extraña cargada de leyenda. Era la misma música de los tiempos de Confucio, la música de los pastores y barqueros, nacida en los valles y tal vez copiada de los vientos y del ruido de las aguas, el canto de la Naturaleza hecho pentagrama por flautistas improvisados.

Todo esto veía Barry parado a la puerta del garaje, esperando a sus amigos. Volvióse al coreano y le preguntó:

—¿Sabes manejar una pistola, Mukden?

El coreano respondió, esbozando una ladina sonrisa:

—¡Oh! Sí, señor; antes de ser chofer fui revolucionario.

—Y ¿por qué cambiaste de destino?

—Porque ganaron los otros.

Toda el alma de la raza se encerraba en esa respuesta. El chino también suele ser fatalista y, cómo el árabe, cree que todo cuanto sucede estaba escrito en alguna parte. No sabe dónde pero se conforma con su suerte y busca el modo de evitar lo sucedido. Pocas veces fracasa en el mismo sitio. Mukden había venido trabajando en un barco costero. Compró un carrito con su quitasol y, durante dos años, trabajó como un desesperado llevando gente de un lado a otro. Dormía en la trastienda de un vendedor de esteras, y cada moneda de plata que ganaba la enterraba en la bodega. Cuando tuvo la suficiente, a fuerza de ayunos y pasar necesidades, compró un coche, aprendió a manejarlo y se hizo chofer.

Barry le entregó una pistola, diciendo:

—Nunca la saques si no es para matar, y si matas, que sea porque no hay otro remedio. Esta noche será de prueba para ti.

En aquel momento llegaba Duggan con sus acompañantes. Además de Marahi venían dos tibetanos de figura atlética. Se llamaban Rasucha y Ojpal, y eran amigos de Marahi. Éste les había

contado la hazaña de Barry y no necesitaron más para seguirle.

—Suban —indicó Barry—. Tú, Marahi, al lado del chofer.

—¿Adónde, patrón? —preguntó Mukden.

—A casa del venerable Tang Lú Wong.

Partió el «Fiat» roncando, pero bien pronto tuvo que moderar la marcha, porque los transeúntes no hacían caso del «claxon». El coche penetró por la calle Tient Sing y, cruzando por el puente de Kow Loon, fue a detenerse delante del jardín de Teze Lú.

—Esperadme aquí —dijo Barry, y penetró en el edificio.

Encontró al anciano arrodillado trente a la imagen de Buda, con los brazos en alto y lanzando amargas quejas. Sus servidores le rodeaban y parecían embargados por un profundo dolor. Permanecían en pie, con los brazos caídos y la cabeza inclinada.

—¿Qué sucede? —preguntó Barry, extrañado.

El anciano levantóse con las huellas de la pena reflejadas en el rostro. Tenía los ojos humedecidos por el llanto y sus manos temblaban como si estuviese afiebrado. De su túnica sacó un papel, que alargó a Barry, diciendo:

—La desdicha ha penetrado, para mi desesperación, en esta pobre casa.

Barry desdobló el papel. Estaba escrito en chino y sólo contenía estas elocuentes palabras:

«Venerable Tang Lú Wong:

»Tu deliciosa hija, la encantadora Teze Lú, no volverá a tu casa si no entregas la espada de Huang Kí a los “Esclavos de Kalí”, nuestra diosa, la omnipotente y bien amada. No hiciste caso del primer aviso y tu castigo llega. Será inútil que trates de denunciarnos. El poder de la Policía no llega hasta nosotros, y tu delación sería la sentencia de muerte para la graciosa Teze Lú, a quién deseamos muchos años de vida. Uno de tus criados puede llevar la espada al monte Hiang Zet y de regreso acompañar a tu hija. Aguardaremos dos días...

Los Esclavos de Kalí.

—¿Qué me aconsejas, ilustre extranjero? —preguntó el anciano con voz temblorosa.

—Nada. Esperar. Las ruinas del templo de Shiva ocultan a los hijos del hampa, que recurren al fanatismo de los ignorantes para aprovecharse de su ceguera, pero la luz de nuestras pistolas les hará entrar en razón. Confía en nosotros y recuerda que vivimos en el siglo Veinte.

—¡Que el gran Buda te acompañe!

Barry no dijo nada. Estrechó las manos del desconsolado mandarín y salió a la calle.

—Mukden, ¡al templo de Shiva!

—Pero, patrón...

—Si tienes miedo, no has debido venir. Los que van conmigo saben luchar y no conocen el temor.

El coreano puso el «auto» en marcha. La luna rielaba por encima del monte Hiang Zet. Aarón Marahi dio a Mukden un golpecito cariñoso en el hombro. Era una muda felicitación...

¿LA MEJOR REVISTA INFANTIL?

LA QUE TIENE EN PREPARACION

EDITORIAL HOLLAN

VII

EN EL PALACIO DEL GOBERNADOR



NA noche luminosa y plácida; el viento que bajaba de la montaña traía en sus ondas remolinos de arena y un cálido soplo de fogata; por un cielo liso y bruñido como un espejo un cielo sin nubes, se deslizaba la luna. Había en el ambiente un silencio agobiador, cargado de funestos presagios. Una bandada de pájaros asustados abandonó el árbol en que estaban reposando y, agitando las alas, se alejaron lanzando agudos chillidos, que pusieron una nota discordante en la calma nocturna.

El «auto» se detuvo al pie de la montaña. En las mismas estribaciones y en un pequeño barranco se divisaban las ruinas del templo de Shiva.

Barry tenía gran interés en desenmascarar a tales farsantes, que se ocultaban bajo una ideología apócrifa para llevar a cabo sus fines, porque no ignoraba que detrás de ellos estaba el traidor, el hombre que había vendido a su patria, y todos los medios le parecían rectos con tal de descubrirlo.

Pensaba en aquella carta arrojada por debajo de la puerta de su habitación del hotel y que ponía de manifiesto una sola cosa: que su identidad había sido descubierta. En lo sucesivo tendría que cuidarse mucho.

«Los Esclavos de Kalí» buscaban alianzas extrañas, y una buena prueba de ello era aquella espada, de un valor incalculable, con la cual pensaban conseguir la ayuda de un poderoso maharajá. Por otra parte, seguían recibiendo informaciones secretas por conductos desconocidos.

El traidor estaba en Hong Kong, y para localizarle, había que descubrir los proyectos de la secta que, bajo falsa bandera, trabajaba para el extranjero. Todo esto estaba claro. Vanda y «Harakiri» eran los intermediarios entre el traidor y la potencia.

Barry mandó esconder el coche bien tapado con ramaje y, seguido de sus decididos acompañantes, dirigióse hacia las ruinas. Los paredones se habían derrumbado, formando pilas de escombros. Caminaron dando rodeos en busca de una entrada, y fue Mukden quien advirtió que por aquella parte no la encontrarían. Treparon por las rocas y, al llegar a una cima, vieron un gran boquete abierto en la peña.

Hasta ellos llegó el eco de una extraña música que parecía brotar del corazón de la montaña. Era el viento penetrando por las grietas, cuyas modulaciones multiplicaban el sonido al pasar por los huecos subterráneos. Cerca de allí había un grupo de caballos, de pequeña talla, amarrados a unos postes y un hombre sentado en el suelo cuidaba de ellos.

Barry levantó el brazo indicando silencio y todos se inmovilizaron.

Era necesario suprimir aquel estorbo y se dispuso a entrar en acción. Paso a paso se fue acercando. El hombre seguía quieto,

confiado y tranquilo. No esperaba ser molestado en aquella soledad. Además, las ruinas del templo de Shiva tenían su fabulosa leyenda y eran pocos los que se hubieran atrevido a visitarlas durante la noche.

Barry llegó cerca del hombre. Llevaba la pistola empuñada por el cañón. Levantó el brazo y lo dejó caer con todas sus fuerzas. Un estremecimiento agitó al individuo y cayó de espaldas. Inclínose sobre él para sujetarle y, en aquel momento, el chino alargó los brazos y lo aferró por el cuello. Lucharon, rodando por entre las peñas. Duggan corrió para auxiliar a su compañero, pero ya no era necesario. El «esclavo de Kalí» se retorció entre los postreros espasmos de la muerte; los dedos de Barry le habían estrangulado...

Poco después penetraban en las ruinas. La entrada estaba disimulada por espesas trepadoras. Al final del pasadizo encontraron grandes columnas en perfecto estado de conservación. El templo había sido construido en épocas remotísimas, a juzgar por los materiales empleados en él, pues podía verse el mármol negro, la piedra volcánica y el jaspe. Agrupados en una rotonda percibieron una viva claridad, procedente de una nave situada a su izquierda.

Sin hacer ruido se fueron acercando con las armas apercebidas. Sólo eran cinco hombres, pero se hallaban dispuestos a enfrentarse con toda la secta. Barry los contuvo, para que no siguieran avanzando, y él deslizóse suavemente hasta situarse detrás de una columna. Desde allí vio a varios hombres sentados alrededor de una mesa de piedra. En siete hornacinas alumbraban otros tantos candiles de barro. Del templo no quedaban ni señales. La estatua de Shiva estaba en el suelo, rota, mutilada, sin cabeza.

Del techo, apenas quedaban vestigios, y los armazones colgaban como cosas muertas. Las paredes interiores aún conservaban los extraños grabados hechos a cincel por artífices nipones. Entre aquellas ruinas seculares se respiraba un aire de misterio. Doce eran los hombres que estaban sentados y todos ellos parecían hondamente preocupados. Al fondo, sentada en un sillón de piedra y con los brazos sujetos, permanecía Teze Lú, escuchando atenta la palabra de «Harakiri», que presidía la reunión.

Todos aquellos hombres vestían largas túnicas, aunque debajo de ellas llevaban trajes europeos; eran, por tanto, falsos apóstoles de

una religión bárbara que, en un tiempo no lejano, decretara los sacrificios humanos en honor a la diosa. Barry se extrañó al ver que uno de aquellos hombres tenía el rostro cubierto por un antifaz.

La voz del funesto «Harakiri» dejóse oír:

—Necesitamos dinero, mucho dinero, para poder continuar nuestros experimentos, y hasta que llegue la remesa que aguardamos, hemos de conseguirlo por medios Indirectos. Todo estaba casi logrado de no haber ocurrido la catástrofe que nos privó de la vida de Karlowensky, y al mismo tiempo, de los materiales acumulados para la construcción del avión sumergible. Tenemos que volver a empezar, y ahora, escuchadme: en Hong Kong reside accidentalmente un espía peligroso; Ignoro su nombre, pero, según los últimos informes, se aloja en el Hotel Mansions. Nuestro amigo el número seis —y señaló al del antifaz— se encargará de localizarle; ese hombre debe desaparecer —y agregó, sonriendo ferozmente—: La diosa Kalí no perdona.

Todos lanzaron una carcajada.

Uno de ellos mostró a Teze Lú, preguntando:

—Y ¿qué haremos con ese precioso crisantemo?

—Si mañana no hemos recibido la estatua de Huang Kí será conducida al Valle del Dragón y entregada a nuestros mercenarios para que se la disputen entre ellos.

Al oír aquellas palabras, Teze Lú se estremeció y Barry crispó los puños. Aquella reunión de miserables estaba formada por chinos y extranjeros, que trabajaban en la sombra, fomentando la guerra y la destrucción.

El capitán «Harakiri» hizo una señal y un chino, que estaba cruzado de brazos detrás del sillón ocupado por Teze Lú, apagó todas las luces, encendiendo un farol de grandes dimensiones, como los que llevan los Juncos en la proa.

—Teze Lú será conducida a la gruta —indicó el Jefe— y nosotros volveremos mañana, para ver si Tang cumple lo ordenado.

Barry retrocedió hasta donde estaban sus compañeros y les habló en voz baja. Se fueron acercando con las armas preparadas. Ocuparon el estrecho pasillo para impedir la salida a los conspiradores.

—Comunicaremos con Cantón —habló uno—. Es necesario saber las instrucciones del mando supremo. De Tsinang no dicen nada y

los de Ala Tau, tampoco. Sólo tenemos noticias de Khatschi.

—Lo más urgente son los fondos —dijo el capitán.

—¡Los muertos no necesitan dinero! —respondió la voz de Barry.

Aquellos hombres, al verse interrumpidos en su asamblea secreta, se volvieron rápidamente, desenfundando las armas. Barry rompió el farol de un disparo y el antro quedó a oscuras. Tabletearon las pistolas con ruido siniestro y la luz de los fogonazos iluminó la escena. Los conspiradores se fueron replegando, temerosos, creyendo, sin duda, que eran atacados por fuerzas muy superiores. Duggan avanzó haciendo fuego, seguido de Marahi, mientras los dos tibetanos, rodilla en tierra, disparaban sin reposo.

De pronto cesaron los disparos. Aquel silencio sorprendió a Barry, que se atrevió a encender su linterna eléctrica y a su luz vio que todos habían desaparecido. Sólo quedaba Teze Lú amarrada en el sillón de piedra, pálida como una muerta.

Rasucha recogió del suelo el farol roto y lo encendió. Daba poca luz desprovisto de cristales, pero la suficiente para poder ver que, debajo de la mesa de piedra, había una abertura, por la que habían escapado «los esclavos de Kalí», más no todos lograron huir. El chino que custodiaba a Teze Lú estaba tendido, muerto de un balazo en la frente.

En su mano crispada aún sostenía un alfanje corto.

—¿Los perseguimos? —preguntó Duggan.

—Sera Inútil; esta salida debe dar al corazón de la montaña y nos expondríamos a caer en una emboscada.

Barry desató a Teze Lú y ésta, sollozando, se arrojó en sus brazos. Por un impulso irrefrenable le besó en los labios y Barry devolvió la caricia. Duggan, mientras tanto, se entretenía en registrar al muerto, sin encontrar nada interesante.

Salieron comentando lo sucedido. Después de todo, «los esclavos de Kalí» no habían demostrado mucha valentía.

Mukden, el coreano, antes de subir al «baquet», mostró a Barry un objeto que encontrara en el suelo.

¡Era un antifaz verde!

El regreso en el «Fiat» resultó un poco más incómodo, porque iban bastante apretados.

La alegría de Tang fue muy grande al volver a ver a su hija muy

amada. Abrazó a Barry, al que dijo:

—Todo te lo debo, extranjero: honor y felicidad, que son las dos cosas que más estima un chino, y desde hoy puedes contar con la eterna gratitud del viejo Tang.

Todos fueron obsequiados por el rico mandarín, y ya estaba amaneciendo cuando se despidieron. Sobre la bahía, las flechas escarlata de la aurora bordaban extraños arabescos.

El gobernador daba una fiesta en su palacio con motivo de una fecha señalada en el calendario de su patria. Fueron invitados los más destacados personajes chinos, el cuerpo diplomático, la Prensa y todos los dignatarios de la colonia. Entre los asistentes estaba Barry, Vanda y Teze Lú; tampoco faltaba Julio Roskoe, en representación del Consulado, toda vez que Kalmar continuaba enfermo.

El viejo Tang había asistido por acompañar a su hija. Su rapto pasó desapercibido y los que tenían conocimiento de él eran los más interesados en que se ignorara.

El salón presentaba un magnífico aspecto, con sus lámparas de cristal, los grandes espejos, los cuadros de artistas famosos y aquellos grandes divanes traídos de Escocia. El palco para la orquesta estaba cubierto por terciopelo y adornado con flores exóticas. Varias banderas unían sus colores en artísticos grupos...

Barry se extrañó al ver a Vanda hablando con el gobernador. Parecían viejos amigos, a juzgar por el interés que ambos ponían en su conversación. La aventurera vestía una delicada combinación de «taffetas», negro en el cuerpo, con escote desigual, y falda de gasa a rayas. En su cuello lucía un collar de amatistas y se adornaba el cabello con una diadema. Era la envidia de todas las damas, y Barry tuvo que reconocer que estaba encantadora.

Teze Lú no sabía bailar las danzas modernas y permanecía con sus amigas comentando la originalidad de algunos modelos; pero a veces, cuando veía a Barry bailar con alguna bella muchacha, cerraba los ojos, como si quisiera borrar de su vista aquella estampa que tanto la mortificaba. Comprendía que Barry, siguiendo las costumbres de su país, estaba obligado a cumplir con la etiqueta.

¡Cuánto hubiera deseado en aquel momento saber moverse al ritmo de un fox o de un «one step»!

Barry fue a colocarse cerca de la orquesta, para poder observar a

varios invitados. Allí estaba también Farrals, dando muestras de sus habilidades como bailarín.

En aquel momento, Vanda se separaba del gobernador e iba al encuentro de Barry. Éste, cuando la vio acercarse, tuvo intenciones de cambiar de sitio, pero ya era tarde.

—¿Usted, no baila? —preguntó, sonriendo con aquella sonrisa suya que era una tentación.

—Descanso, señorita. Estos bailes modernos rinden a cualquiera.

—¿Le importa que paseemos por la terraza?

No podía negarse y aceptó lo que consideraba un sacrificio. Teze Lú no apartaba sus ojos de él y vio en ellos una muda queja.

La terraza estaba casi desierta. Vanda, apoyada en su brazo, conversaba muy entusiasmada, hablando de la fiesta, en donde se había reunido lo más selecto de Hong Kong.

—No sabía que fuese usted amiga del gobernador —dijo Barry de pronto.

—Sí, lo conocí en Singapur.

Fueron a situarse en uno de los rincones más apartados. Vanda parecía tener un gran interés en alejarle del baile y Barry sufría lo indecible pensando en lo que diría Teze Lú al ver su extraña conducta.

—¿Sigue usted desconfiando de mí? —preguntó ella.

—¿Cree que tengo motivos?

—Usted sabrá. No creo habérselos dado.

En la suave penumbra, los ojos de Vanda parecían querer penetrar en el pensamiento de Barry sin conseguirlo. Por primera vez en su vida encontraba a un hombre que era un enigma para ella.

Vanda vio los ojos azules que se achicaban ligeramente al encontrarse con los suyos, y a pesar de hallarse tan cerca, que podía sentir el calor de su aliento sobre la mejilla, le pareció que estaba muy lejos, tan lejos, que jamás podría alcanzarle, y se sintió defraudada en sus secretos anhelos. Aquel hombre era frío como un témpano y su indiferencia la mortificaba horribilmente. Sin poderse contener, exclamó:

—Será mejor que volvamos al salón, porque si seguimos aquí nos convertiremos en sorbetes.

Él se apresuró a darle el brazo sin comprender la doble intención

de la frase. Vanda se sentía molesta como nunca lo había estado. Le agradaba Barry y él seguía tan indiferente. En toda la noche no fue capaz de hacer un elogio de su vestido y menos aún de su belleza; ella sabía que era hermosa. Muchos hombres se lo dijeron y el espejo no podía engañarla, y, sin embargo, aquel desdeñoso indiferente no parecía interesarse lo más mínimo.

—Si quiere que bailemos —propuso él.

—No, gracias; este baile ya está comprometido.

Y, cruzando el salón, fue al encuentro de Julio Roskoe, el cual la estaba, sin duda, aguardando, porque, rodeando su talle con el brazo, siguieron el ritmo de la danza, mientras Barry los contemplaba verdaderamente extrañados. Se daba cuenta del enojo de Vanda y no podía explicarse su rara conducta.

Poco después, los vio desaparecer en la terraza y, guiado por un presentimiento, los siguió. Fueron a ocultarse bajo el toldo de lona y se sentaron en unos sillones de mimbre. Cautelosamente, como un ladrón furtivo, se fue aproximando. Detrás de ellos había unas enormes macetas con flores exóticas de las llamadas «See Zang», especie de malvones de grandes hojas y corolas azules, de las que salen unos estambres amarillentos. Estas plantas alcanzan hasta un metro, y de su tronco parten varias ramas. Son las preferidas en los hogares chinos.

«See Zang» quiere decir buena suerte.

—A la sombra de estas plantas —dijo Vanda—, todos nuestros proyectos saldrán bien.

Barry había conseguido colocarse detrás de los tiestos y, aunque su postura resultaba bastante incómoda, podía oír sin ser visto, pero no pudo darse cuenta que, mientras él espiaba, era espiado. Farrals había salido del salón siguiendo sus pasos y se hallaba a menos de seis yardas, observando.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Vanda.

—Sí —respondió Roskoe—. Dentro de un par de días llegará un barco, procedente del golfo de Méjico, con un paquete certificado conteniendo papeles de música.

Vanda no pudo contener la risa y preguntó:

—¿Es que vamos a dar algún concierto?

—Déjese de bromas. En esas partituras podremos leer el mensaje de nuestro agente en Nueva York. Las notas están combinadas en

una forma que, leyéndolas en sentido vertical, encontraremos la clave del secreto. He sabido que el

F. B. I.,

ha tomado cartas en el asunto y hay que andar con pies de plomo. Recibí un radiograma explicándomelo. El buque trae bandera mejicana y se dirige a Shanghai, pero hará escala en Hong Kong para dejar correo y pasajeros.

—Muy interesante —dijo ella—. Creo que de esta vez, todo saldrá bien.

—Eso espero. Sin embargo, hay algo que no acabo de comprender. Relevaron al cónsul por sospechas y han enviado a otro que no se preocupa de nada. Desde que llegó no ha dado un solo paso y se muestra indiferente a todo. Me sorprende la conducta de míster Kalmar y puedo decirle que nunca me ha gustado el agua mansa. ¿No estará representando una comedia?

—No lo creo. ¿No ha dicho usted que estaba enfermo?

—Nada grave; unas fiebres, de las que no tardará en reponerse.

—¿Le han girado el dinero?

—Sí, ayer recibí un cheque.

—Pues entonces, todo marcha bien. Esperemos a ese barco y, mientras tanto, sigamos representando nuestro papel. Será mejor que volvamos al salón. Una ausencia prolongada podría dar lugar a sospechas.

Se incorporaron, cambiando de conversación. Barry los vio alejarse y, durante un par de minutos, permaneció inmóvil, medio aturdido, como si no alcanzara a explicarse lo que acababa escuchar. Se resistía a creer que Roskoe fuese un traidor y, sin embargo, tenía que rendirse ante la evidencia. No obstante, le era necesario esperar la llegada de ese barco y apoderarse de los papeles de música, lo que no veía tan fácil, porque del correo irían, seguramente, al Consulado y él, en Hong Kong, no tenía recursos suficientes para proceder de un modo directo.

No se fijó en que al penetrar en el salón, Farrals le iba siguiendo. Tampoco pudo darse cuenta cuándo éste salió a la calle y estuvo hablando con unos individuos que parecían estar esperando algo.

Apenas volvió a penetrar en el palacio, aquellos individuos fueron a colocarse frente al edificio y se dedicaron a dar largos paseos sin perder de vista la entrada. Eran cuatro chinos, uno de los

cuales vestía a la europea.

En aquel mismo momento, dos hombres llegaban a las inmediaciones del palacio y se situaron en la esquina.

Mientras tanto, Barry se despedía de Teze Lú tratando de disipar su enojo con palabras consoladoras.

—Mañana te lo explicaré todo. Confía en mí.

Ella sonrió tristemente, diciendo:

—No sé si podré perdonarte...

—¡Mi pobre crisantemo! ¿Crees que puede haber algo que me aparte de ti? Mi corazón te pertenece. Tú buen padre te dirá que las apariencias engañosas son como esas nubes de verano que intentan cubrir la luz del sol. Las nubes pasan y el sol vuelve a brillar con más fuerza.

Teze Lú volvió a sonreír. Esta vez su deliciosa sonrisa era alegre y optimista. Salió con su padre. Un coche les esperaba a la puerta.

El baile tocaba a su fin. Eran las tres de la mañana y los invitados empezaban a retirarse. La esposa del gobernador les despedía agradeciéndoles su amabilidad al acudir a la invitación, mientras él estrechaba las manos de los caballeros. Cuando le tocó el turno a Barry escuchó estas palabras:

—Espero poder leer su libro cuando esté terminado.

—Se lo prometo, excelencia.

Barry había dado orden a Mukden para que no le esperase, pues pensaba ir caminando hasta el hotel. Desde el palacio del gobernador tenía que atravesar la plaza Kwei Shug, llena de oscuros soportales, en el centro de la cual crecían algunos cedros del Líbano.

No puso atención en que le iban siguiendo. Sentía las pisadas sobre el empedrado, pero pensó que se trataría de los que salían de la fiesta. Para atajar camino, se introdujo por el callejón de Hai Van. De pronto volvióse, guiado por un murmullo que acababa de escuchar. Dando un salto prodigioso, se inclinó al tiempo que un puñal pasaba silbando para ir a clavarse en la puerta de un antiguo fumadero...

Una sombra se le echó encima; con una hábil llave de gancho se deshizo de ella y el agresor rodó por el suelo; a otro lo hizo pasar sobre el hombro mientras un tercero le atacaba armado de puñal. Barry no quiso utilizar la pistola porque un disparo hubiese atraído

a la patrulla, limitóse a defenderse con los puños y mal lo hubiera pasado si en aquel momento no llegan dos hombres que pusieron en fuga a los atacantes.

—Creo que hemos llegado a tiempo —dijo Duggan.

—¡Escapemos! —aconsejó Marahi—, vienen los del gorro blanco...

En efecto. Varios policías armados de porras y pistola acababan de aparecer en el callejón.

Los tres amigos huyeron con toda la velocidad que podían desarrollar sus piernas.

Hong Kong parecía dormido, pero sólo estaba aletargado y el hampa rondaba sus calles buscando el amparo de las sombras inciertas...

VIII

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA...



A noche había bajado sobre el Estrecho de Kaulún y la fuerte brisa del mar silbaba melancólicamente. A través de las persianas de las casas brillaban algunas luces revelando la presencia de seres humanos en aquellas viviendas. El camino formaba una cinta oscura que iba a empalmar con la vía del Haiphong.

Un coche rodaba por la carretera exterior; era un «cupé» de carrocería baja. Una mano invisible apagó los faros y a partir de entonces el «auto» se desplazó rodeado de sombras. Unos ojos penetrantes escudriñaban el camino a través del parabrisas. El viento silbaba, su ruido y el de la resaca eran los únicos indicios de

que se acercaban al Estrecho. Al pasar frente a la última duna, el conductor cortó el contacto parando el motor del coche que aún caminó un instante saliéndose de la carretera para ir a detenerse en un prado.

Una voz preguntó en la oscuridad:

—¿Qué hacemos, patrón?

—Tú me esperas aquí. Quiero ir solo.

El coreano limitóse a encender su pipa de cerezo y se quedó fumando una mezcla de tabaco filipino con opio mientras Barry se encaminaba a un solitario «chalet» situado entre las dunas.

Era la residencia de Roskoe. El vicecónsul debía tener buenos ingresos porque además de aquel «chalet», poseía un yate que estaba fondeado en la ensenada; un elegante navío de dos palos provisto de motor.

El «chalet» parecía deshabitado; sin embargo, por una de las ventanas, brotaba un claro reflejo. Barry, al llegar junto a la tapia, se detuvo para escuchar y después de comprobar que todo estaba en silencio, escaló la pared y pasó al otro lado. El jardín demostraba abandono viéndose las plantas sin podar, las herramientas tiradas por el suelo y la hierba creciendo por todas partes.

Apenas Barry había desaparecido de junto al «Fiat» cuando dos sombras se acercaron al coche. El coreano, al darse cuenta de su presencia, desnudó la pistola, pero una voz que llegó hasta él le obligó a enfundarla de nuevo:

—No te alarmes. Mukden, somos nosotros.

Allí estaban Duggan y Marahi que habían aparecido como brotados de la tierra. Desde la noche del baile en el palacio del gobernador, seguían todos los pasos de Barry sabiéndolo en peligro. Un «taxi» les trajo hasta muy cerca y en la curva de la carretera le despidieron.

Marahi abrió la portezuela y fue a sentarse, mientras Duggan lo hacía al lado del chofer.

—Ha ido al «chalet» —explicó el coreano sin que le preguntasen nada—, y no quiso que le acompañase.

—Ese loco anda buscando complicaciones. Será mejor que nos demos una vuelta por allí. Lo peor es que la Policía desconfía de nosotros y nos vamos a ver metidos en un lío de marca mayor.

Hasta ellos seguía llegando el golpeteo de la resaca en los

acantilados del Estrecho. La mole de Kaulún, desdibujada por la noche, se divisaba borrosa como un manchón.

Mientras tanto, Barry buscaba el modo de penetrar en el «chalet». La puerta principal estaba cerrada y no era fácil violentarla. Dio la vuelta rodeando el edificio y al otro lado tropezó con un pequeño cobertizo en donde había un carricoche de cuatro ruedas. Junto a él, estaba una escalera portátil que podía servir muy bien para sus fines. Estuvo observando los ventanales y vio una especie de mirador encristalado por el que tal vez pudiese entrar en la casa.

Apoyó la escalera en el muro comprobando que no llegaba hasta el mirador, más esto no le desanimó. Era un buen acróbata y acaso lograra encaramarse a fuerza de puños. Todo era cuestión de probar.

En las situaciones difíciles, Barry demostraba siempre su fuerza de voluntad y para él, no existía la palabra imposible. Estaba buscando las pruebas que necesitaba para confirmar sus sospechas y no retrocedería ante nada. Empezó a subir por la escalera y al llegar al último tramo, alargó los brazos, viendo que apenas tocaba el balcón con las puntas de los dedos. Estuvo pensando y de pronto se le ocurrió una idea. Descendió apresuradamente y fue hasta el coche; en su interior estaban los atalajes. Se apoderó de las riendas que eran de sólido cuero, las separó del freno y uniéndolas entre sí formó una especie de lazo bastante resistente.

Desde lo alto de la escalera, consiguió enganchar el extremo de la correa a uno de los salientes de hierro y se fue elevando a fuerza de pulso. Una vez en el mirador, se introdujo en la sala. Estaba amueblada con lujo. Pisando sobre la alfombra llegó a la puerta. Descendió por la escalinata viendo que la luz salía de un aposento de la planta baja.

Barry era precavido y no quería encontrarse con demasiadas dificultades comprendiendo que ya eran bastantes las que le esperaban, por lo tanto, decidió franquear la entrada para tener una escapatoria cerca en caso de apuro. Silenciosamente descorrió el cerrojo de la puerta que daba al jardín. Un leve chirrido causó un estremecimiento; con la pistola en la mano, estuvo acechando hasta comprobar que nadie se había dado cuenta de aquel ruido.

Dirigióse paso a paso hacia la puerta por dónde salía la claridad.

Estaba entornada. Gruesos cortinajes colgaban del marco dorado. Apartándolos con suavidad echó un vistazo al interior. La habitación estaba vacía. Un globo de luz inundaba con sus rayos el aposento. De pronto hasta él llegó un tecleo inconfundible. Alguien estaba manipulando en un aparato de radio. Antes de avanzar, sacó del bolsillo el antifaz verde que hallaran en el templo de Shiva y se lo puso. Después, pistola en mano, avanzó hacia lo desconocido.

El agente del

F. B. I.,

se estaba jugando la vida entera en aventura desesperada. Los espías internacionales habían recurrido al fanatismo de los sectarios chinos para conseguir sus tortuosos fines y no vacilarían en sacrificar vidas y más vidas con tal de obtener lo deseado.

Barry divisó a un hombre sentado frente a una pequeña emisora con aparato receptor y transmisor. En aquel momento estaba recibiendo un radiograma. Acercóse lentamente; la gruesa alfombra apagaba el ruido de sus pisadas. De pronto, el hombre se volvió en su asiento y Barry reconoció el rostro asustado de Farrals; éste, al ver el antifaz verde, creyó sin duda que el visitante era otra persona, porque exclamó:

—¡Ah! ¿Es usted, jefe?

—Levanta las manos y no te muevas.

Farrals obedeció. Obligado a ponerse en pie fue empujado hacia el otro extremo y de cara a la pared quedó mientras Barry leía el mensaje. En aquel momento terminaban de radiar y parte de la comunicación había quedado interrumpida, sin embargo, pudo leer lo siguiente:

«... vapor “Azteca” llegará mañana. En valija secreta de la embajada, va correspondencia “familiar”. Está de moda el “fox” “Sol de Hawái”, cuya letra es muy interesante. Vientos del Norte, hostiles a nuestras rutas. Tres letras de Washington entorpecen misión redentora. Urge solución problema por...».

Barry había enfundado la pistola, confiado, al ver a Farrals de cara a la pared y con las manos en alto. Seguía leyendo el radiograma cuando el cañón de una pistola se apoyó en su espalda y la voz de un chino le dijo en perfecto inglés:

—Las torpezas de los imprudentes siempre tienen resultados trágicos.

Barry sintió que le despojaban de la pistola y al darse vuelta, vio a dos chinos que le apuntaban con sus armas. Le arrancaron el antifaz de un manotazo y de un empujón le hicieron caer en uno de los divanes.

Farrals acercóse furioso y le propinó una sonora bofetada al tiempo que le decía:

—Esto te enseñará a no mezclarte en lo que no te importa.

Barry levantó la pierna y sin mayor esfuerzo la estiró propinándole un puntapié en el vientre que le hizo caer de espaldas. Farrals echó mano a la pistola y hubiera disparado si uno de los chinos no se Interpone, diciendo:

—Espera, ten calma. No tardará en venir el jefe y que él disponga lo que ha de hacerse con este maldito espía que se atreve a desafiarnos —y creyendo que Barry no entendería el chino, agregó en este idioma—: debe pertenecer a los «Dragones Azules». Dormirá su último sueño en el fondo de las aguas del Estrecho.

Los dos chinos parecían ser personajes principales a juzgar por sus ropas. Uno de ellos, estuvo leyendo el radiograma mientras el otro seguía apuntando a Barry. Una débil sonrisa corrió por los labios de Farrals. Había reconocido al hombre del baile del gobernador. Con un grito de triunfo, exclamó:

—No es lo que os figuráis vosotros. Este individuo pertenece sin duda al Servicio Secreto inglés y no debemos tener consideraciones con él. Lo mejor es que lo arrojemos al mar con una buena piedra al cuello. No podemos esperar al jefe; es tarde y ya no vendrá hasta el mediodía. Atadle las manos. Kalí aprobará vuestra acción...

En aquel apurado trance, Barry midió todas las probabilidades de escapar a la muerte y vio que eran muy pocas. En tales momentos es cuando hay que jugarse el todo por el todo y él estaba dispuesto a ello. Era de la clase de hombres que prefieren morir luchando antes de someterse. Se había incorporado y miraba a los chinos, uno de los cuales seguía apuntando con su pistola. El otro, se apoderó de un cordón de los cortinajes y avanzó decidido a ceñirle las manos para que no pudiera hacer resistencia alguna y fue entonces cuando Barry dio un salto colocándose detrás de Farrals al que sujetó por los brazos. El hombre de la pistola disparó un poco

precipitado hiriendo en el pecho a Farrals, momento que aprovechó Barry para apoderarse de su pistola. Los dos chinos retrocedieron.

En aquel instante otros hombres acudían atraídos por los disparos que se cruzaban. Barry encontróse en un gran apuro.

Refugiado detrás de un sofá, sólo contaba con escasos proyectiles para hacer frente al grupo atacante. Farrals estaba en el suelo, muerto por sus propios partidarios. Uno de los chinos, alcanzado por una bala, fue hasta la pared, apoyóse en ella y lentamente su cuerpo al ir resbalando quedó sentado en el suelo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos apoyadas en los mosaicos.

El «chalet» quedaba bastante distanciado de la ciudad y no era fácil que la Policía escuchase los disparos, pero por los caminos exteriores solía haber patrullas de servicio y el temor a ellas, obligó a los chinos a intentar acabar con aquel hombre antes de que fuesen descubiertos. El gobernador acostumbra ser muy severo con los «gangsters» y los chinos tenían motivos suficientes para saberlo.

Se replegaron con las automáticas dispuestas. Eran cinco hombres contra uno y la resistencia no podía durar mucho.

Barry no quería malgastar sus municiones y sólo disparaba sobre seguro. Su pistola estaba en poder del chino muerto y la que él usaba, pertenecía a Farrals y por ser de distinto calibre no podía aprovechar los proyectiles que llevaba en el bolsillo. Los cinco chinos cambiaron impresiones en voz alta. Dos de ellos, atacarían por las ventanas. Barry cambió de sitio y fue a colocarse detrás de la mesa; desde allí, podría hacer frente a los que disparasen desde las ventanas. Ya dos chinos se dirigían hacia la puerta, cuando ésta se abrió de golpe y aparecieron Duggan y Marahi; éstos iban preparados y dispararon sobre ellos. Los tres restantes, sorprendidos por aquel ataque que no esperaban, se volvieron y fue entonces cuando Barry utilizó los tres proyectiles que le quedaban.

La trágica escena sólo había durado breves minutos. El «hall» mostraba ahora los cuerpos de los chinos en posición horizontal. Tres estaban heridos de bastante gravedad y los restantes, muertos. Barry recogió el antifaz verde que vio sobre la mesa y lo guardó en el bolsillo; después, recuperó su pistola y ya iba a marcharse cuando recordó que había olvidado algo. Volvió a penetrar en el aposento y se apoderó del radiograma.

—¡Cuidado! —avisó Marahi—. Un coche se acerca a toda marcha.

Los tres hombres salieron y al llegar al jardín, comprobaron que ya era tarde para utilizar la salida principal. El coche se había detenido y de él descendían dos policías de uniforme y uno de paisano.

—Ven tú también —dijo este último al chofer—, tal vez hagas falta.

Los cuatro penetraron en el «chalet». Barry y sus dos compañeros, ocultos entre unos macizos, los vieron pasar por su lado y acto seguido corrieron y subiendo al coche de la Policía lo pusieron en marcha. Sólo trataban de despistarles, porque media milla más allá, lo abandonaron, saliendo ellos de la carretera e internándose en los prados.

No tardaron en encontrar a Mukden que los aguardaba lleno de mortal impaciencia.

—¿Todo bien? —preguntó.

—De primera —contestó Marahi—, cuatro muertos y tres heridos. Me gustaría saber lo que van a decir éstos a la Policía.

El coreano apretó el pedal conduciendo el coche con los faros apagados hasta que penetraron en la ciudad.

Al día siguiente la Prensa dio la noticia con arreglo a los informes de la Policía. Ambas estaban equivocadas, pero nadie se ocupó en desmentirlas.

El «Hong Kong Herald», publicó en primera página el siguiente suelto:

«Anoche en el “chalet” que el vicecónsul americano posee en la Punta del Estrecho, se desarrolló un drama que pone de manifiesto la audacia de los hampones del arrabal. El coche de patrulla del distrito de Hay Peng, se encontraba detenido cerca de la ensenada, cuando el chofer sintió unos disparos apagados a bastante distancia. El inspector Hilton, acompañado por dos policías, acudió al “chalet”, encontrando muerto a míster Farrals, secretario del consulado americano. Había otros tres cadáveres que fueron identificados como los de Say Bung, dependiente de una tienda en la

calle King Shau, el del mandarín Kwei Loo y el de Shang Di, conocido contratista de viajes turísticos por el río Cantón.

Hay también tres heridos, dos tan graves que no pudieron declarar. El tercero dijo llamarse Liao Meng y pertenecer a la servidumbre de míster Roskoe. En su declaración manifestó que fueron atacados por unos bandidos que lograron huir, sin que pueda explicarse la causa de tal agresión.

La Policía sigue una pista».

Roskoe arrojó el periódico y quedóse pensativo. Todo aquello era demasiado extraño. La muerte de Farrals le privaba de un eficaz colaborador y se desesperaba pensando en una explicación que no lograba hallar cuando el portero apareció con un pequeño paquete, diciendo:

—Esto trajeron para usted esta mañana muy temprano.

—¿Quién lo trajo?

—Un chicho de esos que venden periódicos. Dijo que no tenía contestación y por eso yo no me apuré a subirlo.

Era un sobre grande de papel grueso y el nombre de «Roskoe» aparecía escrito en mayúsculas con tinta roja, en cambio las palabras «vicecónsul americano» estaban trazadas con tinta negra.

Roskoe rasgó el sobre y al ver su contenido lanzó un grito de sorpresa.

¡Envuelto en papel de seda estaba el antifaz verde!

Y aquel antifaz lo había usado él en la reunión del templo de Shiva.

Descolgó el teléfono y se disponía a comunicar cuando en la puerta apareció Henry Kalmar, cubierto con un albornoz y calzando zapatillas. Después de leer la prensa de la mañana, se había levantado. Estaba muy pálido y parecía sumamente nervioso.

Extendiendo la mano, dijo con voz vibrante:

—¡Hay que presentar una enérgica reclamación al gobernador de la isla por ese inicuo atropello! ¡Un ciudadano americano ha sido asesinado por una turba de fanáticos y yo no estoy dispuesto a consentirlo!

—En este momento me disponía a llamar a la secretaria del gobernador.

—Nada de reclamaciones telefónicas. Debe ir usted mismo en persona. Si yo estuviera bien ya hubiese ido, pero estas malditas fiebres...

—¿Por qué no se acuesta?

—Estoy cansado de la cama. Tomaré el sol en la terraza. No pierda tiempo, Roskoe, y vaya enseguida. Muéstrese enérgico. ¿Cuándo llega ese barco mejicano que trae la valija diplomática?

—Tenía anunciada su llegada para esta tarde, pero según mis informes, anclará mañana a las doce. Su retraso obedece a una avería, creo...

—En esa valija vienen instrucciones que hemos de cumplir al pie de la letra. Hay que hacer algo, Roskoe. Muchas fiestas y mientras tanto se asesina a la gente. ¿Sabe algo del asunto secreto H23?

—Nada aún.

—Otra cosa que tenemos abandonada. ¿Ha vuelto por aquí Barry Rogers?

—No, no he vuelto a verlo.

—Necesito hablar con él.

—Le mandaré aviso. Se aloja en el Mansions Hotel.

Roskoe cogió el sombrero y salió. Apenas se quedó solo Kalmar, sentóse en la mesa escritorio y se puso a examinar las documentaciones registradas en el fichero del Consulado. Deprimido por la fiebre, tenía que hacer un poderoso esfuerzo para sostenerse, más logró terminar el examen y después de llevar a cabo unas apuntes se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa.

En aquel momento entraba su médico, quien al verlo levantado, censuró su ligereza haciéndole ver la imprudencia cometida, toda vez que aún tenía bastante fiebre.

—Escuche, doctor —respondió el cónsul—, mi enfermedad es bastante extraña. Me duermo muy mejorado y amanezco débil y dolorido. Yo creo, que es la cama la que me está matando y he dispuesto mantenerme de pie.

—También yo he observado esos bruscos cambios de temperatura y no los comprendo. Los síntomas de su enfermedad eran los de una fiebre simple, sin complicaciones, más observo que ese decaimiento obedece sin duda a otros trastornos que hemos de buscar.

Entraron en el aposento del cónsul y el médico examinó el agua de limón, las píldoras y todo cuanto había sobre la mesilla de noche. Kalmar era un gran fumador y ni aun enfermo podía abandonar la pipa.

—¿Fuma usted de noche?

—Al acostarme.

El doctor cogió la tabaquera de goma y volcó un poco de tabaco en la palma de la mano. Con una lupa lo estuvo examinando y después de olfatearlo, se guardó la tabaquera, diciendo:

—Noto sustancias extrañas en este tabaco. Lo analizaré en mi laboratorio. No fume ni una sola pipa hasta que yo vuelva. ¿Quién le traía el tabaco?

—Farrals, pero el pobre ha muerto.

—Es probable que su muerte salve una vida.

—¿Qué quiere decir?

—Por ahora, nada; no puedo aventurar una opinión temeraria, más temo que lo hayan estado envenenando lentamente. El euforbio y el eupatorio mezclados con el tabaco pueden constituir un tóxico lento que produce altas fiebres, debilidad nerviosa y por último la muerte. Ha de ser muy sabia la mano que haga la mezcla, porque si las dosis son abundantes, su acción se reduce a un simple laxante. No le extrañe; algo parecido suele ocurrir con la estricnina, administrada a los animales en fuertes dosis les sirve de vomitivo, mientras que una pequeña cantidad les causa la muerte. Nos hallamos, míster Kalmar, ante un caso muy curioso y que merece estudiarse. Volveré esta tarde.

El cónsul quedó bastante preocupado y cuando regresó Roskoe no quiso decirle nada. Por lo visto, alguien trataba de librarse de su presencia. ¿Por qué y para qué?

Seguramente estas preguntas hubiera podido contestarlas Barry.

—¿Qué ha dicho el gobernador? —preguntó Kalmar.

—Su Excelencia está indignado y jura hacer un buen escarmiento.

—Esa promesa me basta... por ahora.

Teze Lú se había adornado con sus mejores galas para recibir a Barry. El cochecito tirado por dos pequeños caballos tibetanos aguardaba en la calle. Estaba enjaezado con verdadero primor y Teze Lú gustaba de dar frecuentes paseos en aquel carruaje. Al

llegar Barry le estrechó las dos manos, llevando la derecha al corazón. Subieron al cochecillo y ella empuñó las riendas.

—Quiero mostrarte las ruinas de la Pagoda de Buda —dijo ella—, y por el camino me explicarás muchas cosas por las que siento una gran curiosidad. Para hacerte ver cuánto te aprecio, desde hace días, tengo un profesor inglés que me da lecciones de historia, geografía e idiomas. Quiero perfeccionar mis conocimientos para poder alternar en tu mundo, tan diferente al mío. También quiero que sepas que estoy aprendiendo las danzas modernas. No deseo permanecer sentada cuando asista a otro baile.

—Eres encantadora, flor de loto.

—Aún no me has dicho nada acerca de la dama de los ojos verdes.

—¿Celos?

—Temores de perderte.

—Si confiaras en mí no tendrías necesidad de sentir tales temores. Ya sabes que crucé los mares con una misión muy difícil de cumplir. Su secreto no me pertenece y si yo te explicara las causas que me obligaron a bailar y a pasear con la señorita Vanda, tendría que contarte porqué estoy en Hong Kong y eso no puedo hacerlo porque he jurado ser discreto. Sin embargo, mi adorada «Crisantemo», tal vez dentro de breve plazo pueda decirte la verdad.

—Teze Lú confía porque quiere ser feliz.

Poco después el cochecillo se detenía a la entrada de un bosque, y entre cedros, pinos y enebros, vieron las ruinas de una gigantesca pagoda.

—Ahí tienes lo que queda del maravilloso templo de Buda destruido hace cincuenta años por un terremoto. No hubo arquitecto capaz de reconstruirlo porque sus artífices fueron persas y emigraron en mil ochocientos noventa y cinco, cuando la guerra de los indostánicos. Mi padre luchó en ella. Ven, verás lo que no puede destruir el tiempo...

IX

«HARAKIRI»



ENETRARON en la pagoda, el templo de los ídolos, cargada de leyendas. El polvo de los siglos no había logrado borrar la huella de los hechos y allí estaban aún, como muda evocación de un pasado lejano las inscripciones y los adornos.

La imagen gigantesca de Buda, se alzaba soberbia sobre una base de mármol jaspeado. Tenía los brazos cruzados y sus ojos brillaban como si estuvieran llenos de vida. Algún creyente se

ocuparía en limpiar a menudo al ídolo, porque sus ropajes de metal estaban como nuevos.

Teze Lú se inclinó reverente murmurando palabras incomprensibles y después, volviéndose a Barry, le dijo:

—Gautama dijo que el vivir es sufrir y que para alcanzar el «Nirvana» se necesita desprenderse de todas las malas pasiones. Los brahmanes combaten a los budistas porque saben que su religión no puede compararse con la nuestra. Cerca de quinientos millones de personas adoran a Buda en el Oriente.

Barry recorrió el recinto admirando las incrustaciones de metal, las cornucopias, los relieves y las magníficas columnas que sostenían el techo. Todo era maravilloso en el conjunto, hasta lo superfluo. Después de contemplar las hornacinas que en una época sirvieran para guardar las lámparas de alabastro, salieron al exterior.

Tarde dorada de sol. Mariposas de arco iris en el florido vergel de la senda. Teze Lú pasea con Barry mostrando en su rostro de niña sonrisas de mujer. El tiempo se desliza rápido en los atardeceres de Hong Kong, pero Teze Lú no tiene prisa. Ama la vida, porque ama a un hombre, y este capricho, hecho ilusión, desborda esperanzas y la pasión nace en su alma. Se siente feliz al saberse amada y todo es bello a su alrededor porque han florecido las rosas de sus sueños.

Barry la estrecha entre sus brazos y Oriente y Occidente funden sus quereres en un beso.

—¿Me amarás siempre? —pregunta Teze Lú.

Y Barry no sabe qué responderle. Se acerca la hora en que tendrá que regresar a Washington, para dar cuenta de su misión, y teme a ese momento más que a todas las cosas.

—¿Dejarás de amarme? —insiste ella.

Y Barry mueve la cabeza en sentido negativo.

Hay una nota de alarma en los ojos claros de Teze Lú al llegar a su casa. Todo parece cambiado. Los servidores corren despavoridos y la alfombra persa de la escalinata está tirada en el jardín. Hasta el ave parlara parece haber enmudecido y las aguas de la fuente son menos sonoras.

Empujada por un funesto presentimiento, Teze Lú se arroja del cochecillo y atraviesa el jardín corriendo. Penetra en el patio, y de

pronto, Barry siente un grito. Es el grito de un alma dolorida por la tragedia; entra en la casa, llega al salón y contempla el terrible cuadro.

Sobre un charco de sangre está el viejo Tang, y Teze Lú besa su frente y sus blancos cabellos como si quisiera despertarle del sueño de la muerte. Los criados permanecen con el asombro y el terror reflejado en sus semblantes.

Teze Lú invoca a los dioses, pide venganza, gime y Hora, mientras habla sin detenerse.

Barry lo comprende todo. Uno de los servidores aparece en el jardín con el rostro desencajado y su mano temblorosa señala hacia la fuente de mármol. Allí está el cuerpo de un criado que luchó en defensa de su señor. Tiene la yugular cercenada por un golpe de puñal. La espada de Huang Kí ha desaparecido y la vitrina está vacía...

Barry interroga a los criados. Ninguno sabe nada. Habían ido a distintos sitios y al volver encontraron a su amo muerto.

Teze Lú sigue arrodillada lanzando sus quejas. Barry consigue apartarla del cadáver de su padre y murmura a su oído:

—Calma tu dolor, mi pobre «Crisantemo»; el asesino será castigado, yo te lo prometo.

En los ojos de Teze Lú brilla la esperanza. Los criados conducen el cadáver de Tang a su aposento, en donde será amortajado con arreglo a los ritos budistas. Las doncellas consuelan a Teze Lú, y mientras tanto, Barry interroga al viejo jardinero, el cual explica lo poco que sabe en la siguiente forma:

—Todas las tardes voy hasta la mansión de mi amigo Chi Sang, que vive a pocos pasos de aquí. Cuando regresaba, divisé un coche parado cerca de la puerta. Era un coche de color azul, con una franja amarilla; de pronto salió del jardín un hombre vestido con una hopalanda y un sombrero tibetano; llevaba un paquete debajo del brazo. Subió al coche y éste se dirigió en dirección a la plaza de Armas.

—¿Cómo era ese hombre?

—Parecía japonés.

Poco después llegaban los parientes de Tang Lú Wong. El cadáver reposaba en su lecho con las ropas de gran mandarín.

Una extraña melopea se elevó en el recinto. Las preces parecían

cánticos evocadores de viejas leyendas. Una voz relataba los hechos guerreros de Tang y los demás coreaban una especie de arenga, repetida muchas veces. Las lámparas de aceite de coco daban una luz amarillenta. Teze Lú apareció vestida de blanco[3] y fue a sentarse a la cabecera del lecho. Una de las doncellas trajo un incensario y el aposento se llenó de un humo azul perfumado. El más viejo del grupo recitaba ahora los salmos de Gautama.

Barry abandonó la casa después de despedirse de Teze Lú, a la que prometió devolver la espada de Huang Kí.

El doctor Sanderson penetró en el Consulado americano y fue recibido en su despacho por Kalmar. Los dos hombres se miraron y no fueron necesarias las palabras para que se comprendiesen. El cónsul cerró la puerta y fue a sentarse.

Sanderson era muy conocido en Hong Kong por sus famosas curas. Especialista en venenos, había librado de la muerte a muchos indígenas, víctimas de serpientes y alacranes.

—No cabe duda alguna, míster Kalmar —dijo, mostrando un papel—; el resultado de mis observaciones me lleva a la conclusión de que han querido envenenarle; el tormento hubiera durado varios días, pero usted habría muerto sin que la ciencia pudiese dictaminar la causa de su muerte. Esos productos de las selvas africanas resultan, a simple vista, inofensivos; más, sabiendo combinarlos, ofrecen al experimentador la novedad de tóxicos terribles. Puedo asegurarle que no me equivoco.

—Le creo, doctor. Farrals había estudiado Medicina, pero lo que no comprendo es por qué querían librarse de mí.

—Eso ya es cuestión de la Policía.

—Nada de eso, y le ruego que guarde el secreto. Me siento mucho mejor y, puesto que el peligro ha pasado, buscaremos las causas de esta intriga.

—Hace tiempo que en Hong Kong reina el desconcierto. Se habla de sociedades secretas, de conspiraciones y de bandas armadas. Oriente sigue luchando contra Occidente, y el odio que los separa, sólo con sangre será borrado.

—En efecto, el fanatismo es una grave enfermedad que resulta como un veneno que no tiene Antídoto.

—Tal vez la ambición y la política sean también causa de este

extraño malestar.

—No diría que no.

Los dos caballeros continuaron conversando sin darse cuenta que unos oídos curiosos escuchaban detrás de la puerta.

Barry fue a la taberna de «papá» Joe y habló con su amigo Duggan. La situación empezaba a despejarse y era necesario asestar los últimos golpes. Mukden, el coreano, había acudido llamado por Barry y aguardaba sus órdenes con el «Fiat» en el muelle. Marahi llamó a sus amigos Rasucha y Ojpal. Los seis hombres se dispusieron a llevar a cabo una misión peligrosa. Se trataba de recuperar la espada de Huang Kí.

Amiro Nikota aguardaba en el chalet de Roskoe la llegada del emisario enviado por el maharajá de Yramady. Vino la noche, cargada de neblinas, sin que apareciese el anhelado personaje. En un cielo ceniciento, apenas brillaban las estrellas, y hasta la luna mostraba en su cuarto menguante palideces de cirio.

El agente especial del

F. B. I.,

había sabido preparar bien el terreno. Por confidencias recibidas, supo la llegada de un junco, procedente del Junnan, que estaba amarrado cerca del dique 2. Un cambio de radiogramas le dio la clave del misterio. Según viejas leyendas, el maharajá de Yramady (al oeste de Mandalai) aseguraba ser legítimo descendiente del emperador Huang Kí y estaba dispuesto a pagar medio millón de guineas por la espada. Concertado el trato, había enviado un emisario a Hong Kong con amplias atribuciones. Aquel dinero iría a parar a poder del centro de espionaje, que seguiría conspirando contra la paz del mundo, y era menester evitarlo.

Barry, una vez localizado el junco, vistiéndose con ropas de batelero y, seguido por sus hombres, aguardó la noche, para caer sobre el emisario del maharajá.

Se hallaba éste preparándose para ir al chalet, acompañado por un chino que le había estado aguardando. Los remeros, apenas amarrado el junco, se dirigieron a la taberna de «papá» Joe, y la propia Lia Feng se encargó de entretenerlos.

La noche era propicia a las sorpresas. El junco se balanceaba, empujado por la resaca, cuando Barry puso el pie en cubierta.

El emisario abrió la puerta del camarote, y al ver a un desconocido, sorprendióse grandemente. Hizo ademán de llevarse la mano a la cintura, pero Barry le atajó, diciendo:

—Os conviene escucharme y os aconsejo que lo hagáis, para evitaros disgustos.

—¿Quién eres?

—Un amigo o un enemigo, a vuestra elección.

—Terminemos, debo salir y tengo los minutos contados.

En aquel momento, el junco se despegó del dique y empezó a navegar. Tanto el emisario como su acompañante intentaron salir, pero ya en las manos de Barry brillaba el cañón de una pistola.

—¡Quietas las manos! Estáis en mi poder. Varios amigos míos conducen el junco a un lugar silencioso y retirado, en donde podremos determinar los planes a seguir. La espada de Huang Kí no saldrá de Hong Kong, porque antes la arrojaré al mar. Escuchadme: necesito vuestras credenciales y también vuestras ropas. Debo presentarme ante el capitán «Harakiri» como emisario del maharajá; los motivos no puedo explicarlos.

El emisario iba a responder cuando penetró Duggan en el camarote y, a una señal de Barry, desarmó a los dos hombres.

Poco después, Barry vestía las ropas del hindú y tenía en su poder todo lo necesario para hacerse pasar por él.

Los dos hombres fueron encerrados, y Ojpal quedó en el junco, sentado en cubierta, vigilándolos. La embarcación, amarrada en las afueras del puerto, no podría ser vista por nadie, toda vez que una grieta enorme de la roca se abría, y en aquel abismo quedó el junco, con las luces apagadas, en espera de que volviese Barry para libertarles.

Mukden les aguardaba con su coche al otro lado de los acantilados, y poco después, el «Fiat» partía en dirección al chalet de Roskoe.

El capitán «Harakiri» no quiso que le acompañase nadie a excepción de Ping Zaa, su hombre de confianza. En Kaulún tenía un avión preparado para huir a Sumatra. Una vez en su poder el medio millón de guineas, desaparecería de Hong Kong, abandonando a los «esclavos de Kalí». Se había dado cuenta de que su causa estaba perdida y no deseaba exponerse a nuevos peligros. Tres Gobiernos tenían puesto precio a su cabeza. La traición de varios cómplices fue

causa del fracaso experimentado. Tropas del Gobierno chino habían penetrado en el Valle del Dragón, derrotando a las fuerzas de Nikota, y todas las instalaciones estaban destruidas. Los vencidos sobrevivientes huyeron, ocultándose en los montes Nan-Ling.

Éstas eran las razones que obligaban al japonés a querer abandonar Hong Kong cuanto antes. Todo estaba preparado. De Sumatra pasaría a Ceylán y, una vez allí, seguiría conspirando.

Nikota, genio infernal, ya tenía comprador. Todo lo había preparado con tiempo. Más adelante trataría de deshacerse de Roskoe y de Ping Zaa y, un día no lejano, podría disfrutar del fruto de su traición en algún apartado país donde nadie le conociera.

Éstos eran sus pensamientos mientras esperaba lleno de impaciencia al enviado del maharajá. Sobre la mesa estaba la espada de Huang Kí, lanzando vivos reflejos al ser herida por la luz.

Había cerrado la puerta y su compañero paseaba por el «*hall*».

Nikota buscaba en su mente una orientación que le condujera a desentrañar el misterio de su fracaso, y de pronto, un nombre de mujer acudió a su pensamiento: ¡Vanda! Ella había sido. Enamorado de la bellísima rubia, revelóle todos sus planes, creyendo que trabajaba para ellos, y, sin duda, la muy traidora estaba vendida a sus enemigos. ¡Vanda Stopen! Aquel nombre no le decía nada y, sin embargo, sus ojos verdes traían a su memoria recuerdos del pasado. Trataba de recordar, pero nubes espesas entoldaban su cerebro.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Levantóse de un salto, desnudó la pistola y, avanzando, rióse de su nerviosismo y volvió a enfundarla. Debía ser el emisario. No podía ser otro. La contraseña lo diría.

El siniestro aventurero acercóse a la entrada, preguntando:

—¿Quién te envía, mensajero?

—El pasado, que no ha muerto.

—¿A qué vienes?

—¡A buscar la herencia sagrada!

Hizo una seña a Ping Zaa y éste abrió la puerta.

Apareció Harry, vestido con las ropas del emisario, y Nikota le saludó al estilo mahometano, besando el índice después de estrechar su mano.

—Soy Alí Huajen el Korba —dijo Barry muy serio, tomando el

nombre del que estaba encerrado en el junco— y traigo el dinero para recobrar la espada de Huang Kí, el emperador; pero nuestra conferencia ha de ser a solas, sin testigos.

—Conforme; aguarda afuera Ping, terminaremos enseguida.

Ping Zaa gruñó su descontento, abandonando el chalet; más apenas había salido, fue aprisionado por los compañeros de Barry, que lo arrastraron hasta el coche, en donde, sujeto y amordazado, esperaría el final de los acontecimientos.

Nikota «Harakiri» invitó al emisario a pasar al despacho, desenvainó la espada y, después de mostrarla, volvió a ponerla sobre la mesa, diciendo:

—Como ves, yo he cumplido mi palabra.

Barry acercóse, examinó cuidadosamente el arma secular llena de tradición, la dejó de nuevo en su sitio y, retirándose unos pasos, exclamó:

—Traigo el medio millón de guineas en un cheque contra el Banco de Calcuta, aunque cualquier entidad bancaria puede abonar esa suma. Me extenderéis un recibo. Son formalidades necesarias.

—No hay ningún inconveniente.

Nikota sentóse y, estilográfica en mano, se dispuso a extender el recibo a nombre del maharajá.

De pronto levantó la cabeza, extrañado. Barry le estaba apuntando con su pistola.

—Ha llegado el momento de rendir cuentas, capitán «Harakiri», y de esta vez terminarán para siempre todas vuestras aventuras.

El japonés lanzó un rugido que no tenía nada de humano; intentó levantarse, pero se detuvo al observar que varios hombres armados aparecían detrás de Barry.

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca.

—¡Soy la ley!

El japonés miró a Barry como si realmente se tratara de una aparición del otro mundo. No podía comprender aquella metamorfosis operada en el emisario del maharajá, porque aquel hombre había respondido correctamente al santo y seña y, además, conocía todos los detalles concernientes a la venta de la espada.



El capitán japonés se abrió el vientre con la espada.

—Vas a ser conducido a un lugar de donde pocas veces se vuelve, capitán. Tus fechorías acaban aquí —agregó Barry—; los traidores siempre tienen el mismo final.

—Te equívocas: un samurái no retrocede ante la muerte, si ésta le brinda una libertad que necesita. Mis gloriosos antepasados

hubieran hecho lo mismo.

—Levanta las manos y ponte firme.

Amiro Nikota obedeció a medias. Levantóse mirando desafiadoramente a los hombres que le acechaban. Cuatro pistolas apuntaban a su pecho. Tuvo un gesto magnífico al decir:

—He perdido y pago, pero no en la moneda que vosotros esperabais.

Se apoderó de la espada y, mostrándola, siguió diciendo:

—Pertenece a un emperador y con ella supo ganar muchas batallas. También yo ganaré la última.

Hubo un brillo siniestro en sus ojos y Marahi estuvo a punto de disparar contra él, pero Nikota no le dio tiempo. Esgrimiendo aquel arma como si fuese a atacar a un poderoso enemigo, la volvió contra sí y, de un violento golpe, se abrió el vientre. El arma se escapó de su mano. Apoyado en la mesa, se fue doblando, hasta caer sobre la alfombra roja, más roja ahora con las rosas de sangre. De los labios de «Harakiri» salió una sola palabra:

—¡Vencí...!

Barry tal vez esperase aquel final, porque nada hizo para impedirlo. Se limitó a decir:

—También los traidores pueden ser valientes.

Y ése fue su único comentario. Salieron, llevándose la espada, y poco después, conducían a Ping Zaa al junco. Aquella misma noche, el enviado del maharajá iniciaba el viaje de retorno, llevando consigo la amargura de su fracaso.

X

LA CAPTURA DEL TRAIIDOR



L semáforo anunció la llegada del vapor «Azteca», enarbolando bandera mejicana, a las tres cuarenta y cinco de una tarde borracha de sol. Los muelles, abarrotados de gente, que esperaba la llegada del buque, en cuya popa ondeaba la bandera del águila. Las aguas del puerto, surcadas por numerosos juncos, tripulados por mogoles, chinos, manchúes, mahometanos y tibetanos; mezcolanza de razas bajo un cielo inmensamente azul.

Una sirena rasgó el espacio con su lamento y el remolcador del práctico salió al encuentro del transatlántico. Era un hermoso buque de dos hélices, con dos chimeneas, que ya había surcado los mares

varias veces; uno de esos palacios flotantes, paraíso de millonarios, que llevan a bordo todas las comodidades para los que tienen mucho dinero.

Las aguas del puerto de Hong Kong habían perdido su color verde y parecían estar formadas por ríos de cobre. El Cantón, sucio y espeso, volcaba en la bahía los residuos del Si Kiang, que arrastraba en sus doscientas millas todos los detritus de una flora exuberante y prodigiosa, que, como mala semilla, iba a perderse en las profundidades del Océano.

Los juncos, haciendo flamear al viento sus gallardetes, parecían querer saludar al enviado de América, que llegaba como mensajero de paz.

El remolcador se detuvo al lado del vapor. De la parte de proa arrojaron una gruesa maroma, que fue amarrada en el gancho de remolque, y poco después, el gigante de los mares atracaba en el muelle.

Gritos de júbilo partieron de cubierta, que fueron contestados por los que esperaban. Agitar de pañuelos dieron la bienvenida a los que llegaban.

La planchada descendió hasta apoyarse en el muelle y por ella subieron los impacientes. Entre éstos estaba Roskoe, vestido con su impecable traje de alpaca y su sombrero panamá.

El vicecónsul penetró en el camarote del primer piloto, al que estrechó la mano. Eran antiguos conocidos y hacía tiempo que no se veían. Después de los saludos de rigor y de las frases protocolarias, dijo Roskoe:

—Vengo por la valija postal. Es necesario que me la lleve, porque trae documentos de importancia y no confío en nadie.

—Aunque es antirreglamentario haré que te la entreguen. Tú sabes que en estos tiempos, toda la correspondencia es sometida a la censura del puerto, y ni las mismas valijas diplomáticas gozan de inmunidad con las autoridades de la Prefectura; sin embargo, haré una excepción contigo.

El piloto habló con el capitán, y poco después, Roskoe bajaba al muelle portando la preciada valija.

Dentro de ella iba el gran secreto: un simple papel de música, una partitura de un «fox» de moda, al parecer tan inofensivo. Roskoe atravesó el cordón humano que le cerraba el paso y se abrió

camino a fuerza de codazos. Un «auto» le aguardaba detrás de los almacenes.

Llamaradas de sol arrancaban brillantes reflejos de las grúas que, como gigantes de hierro, alargaban sus brazos poderosos sobre los vagones. Al costado de la gran avenida que partía del puerto se elevaban las siluetas esbeltas de los eucaliptos, y entre ellos crecían, como avergonzados de su insignificancia, los enebros, con sus florecillas pardo rojizas, y las bayas, de un negro azulado. Reinaba calma en la atmósfera y grandes mariposas, que parecían de terciopelo verde con manchas amarillentas, volaban a ras del suelo; el aire estaba recargado de un aroma embriagador. La voluptuosidad del clima ponía su encanto en el enervamiento de los seres haciéndoles moverse perezosamente.

Roskoe no se dio cuenta de Que era espiado. Desde que abandonara el barco, un hombre le seguía sin perderle pisada, y aquel hombre era Barry, el infatigable sabueso del

F. B. I.

El vicecónsul ignoraba el final trágico del capitán «Harakiri», y en aquel momento pensaba ir a visitarle a su chalet. Todo lo tenían preparado para huir aquella misma noche.

Su tentativa para deshacerse del cónsul había fracasado gracias a la oportuna intervención del doctor; de haber podido seguir él al frente del Consulado, sus planes habrían tenido otro desarrollo, pero ahora le era preciso abandonar Hong Kong. Las tenazas de la vigilancia se iban cerrando y terminarían por asfixiarle. Desconfiaba de todos. En cada uno que pasaba creía ver a un posible enemigo. Su conciencia de delincuente no estaba tranquila. Era culpable del delito de ALTA TRAICIÓN y eso se paga con la vida. Estremeciéndose al recordarlo. Entre tanta gente como le rodeaba podía haber uno que le fuese siguiendo. Miró a todos lados con desconfianza y terminó por sonreír al comprobar lo vano de sus temores. Todas aquellas gentes que le rodeaban eran simples curiosos, mezclados con los desocupados, que tanto abundaban en Hong Kong, ciudad de maravilla, donde pocos trabajan y todos tienen dinero.

Llegó junto al coche que le esperaba. El chofer pertenecía al personal del Consulado. Antes de abrir la portezuela, Roskoe volvióse, echando una mirada escudriñadora y, con el pie en el estribo, estuvo observando todo cuanto le rodeaba.

El traidor iba siendo vencido por sus propios temores. Desde la muerte de Farrals comprendió que un enemigo poderoso le seguía los pasos y su miedo fue en aumento al recibir el antifaz verde.

Dejó la valija en el asiento del coche y, sacando la pitillera de plata, encendió un cigarrillo. Sobre los galpones de los muelles volaban las gaviotas agitando sus blancas alas. A lo lejos, un vapor cruzaba en dirección a Formosa. Un vendedor de periódicos pasó pregonando las últimas noticias. «El cólera en Calcuta». Roskoe volvió a estremecerse.

Iba a subir al coche cuando le pareció divisar a Vanda. Tuvo intenciones de llamarla, pero ya se había perdido en el espeso torbellino de gente.

—¿Nos vamos, señor? —preguntó el chofer.

Roskoe volvióse como extrañado. Hizo un signo afirmativo, pero no se movió de donde estaba. Permanecía con el pie en el estribo, indeciso, vacilante, cargado de dudas.

Por su lado pasó un coche. Era un pequeño «Fiat». Desde el «baquet», los ojos saltones y curiosos del coreano le miraron. Había en ellos fulgores de burla que Roskoe no supo ver. Tampoco observó que en el interior de aquel «auto» iba el hombre que había cruzado los mares en su busca.

El vicecónsul esperaba volver a ver a Vanda. Tenía un gran interés en hablar con ella, pero en vano trató de localizarla. Aquella mujer le había prestado buenos servicios; mas, últimamente, parecía rehuirle, como si le temiera, y no podía explicarse semejante conducta. Roskoe se iba sintiendo muy solo. Todo a su alrededor era hostil y abrumador. Su traición era pesada carga y los remordimientos no tardarían en agobiarle.

Como un autómatas subió al coche, diciendo:

—¡Al chalet, Jones!

El automóvil torció a la derecha, cruzando por la calle de la Victoria. Muy cerca de la iglesia metodista se internó por el callejón Linh Pao. Aquella arteria unía la avenida Peack con la calle Van Shung; era un pasillo poco frecuentado, de covachas miserables, tan estrecho, que apenas podía circular un coche. El chofer frenó de pronto al advertir que otro automóvil estaba detenido muy cerca. Tocó el «claxon» repetidas veces, sin conseguir que el carruaje se moviera. Descendió del «baquet» y, en aquel momento, un hombre,

armado de pistola, le encañonó, obligándole a volver a ocupar el puesto. Al mismo tiempo, otro individuo abrió la portezuela, apuntando a Roskoe y sentándose a su lado.

—¡No se mueva o le mato!

Barry —pues era él— dejó oír un agudo silbido y el coche delantero que obstruía el callejón se puso en marcha.

Roskoe temblaba, atemorizado, al verse en poder del audaz perseguidor, que no había cesado de espiarle. Mientras tanto, Duggan, con la pistola apoyada en el costado de Jones, le obligaba a salir del callejón y dirigirse hacia las afueras.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Roskoe, haciendo un visible esfuerzo para disimular su zozobra.

—¡«Harakiri» ha muerto! —Fue la respuesta.

—No sé quién es...

—Se llamaba Amiro Nikota y había sido capitán del Ejército japonés. Estuvo de jefe en un campo de concentración de Kiu Siú, en donde hizo asesinar a varios prisioneros. Traicionó a su patria siendo agregado militar de una Embajada y huyó cuando trataron de procesarle como criminal de guerra. ¿Le conoces ahora? No mientas, Julio Roskoe, porque es inútil. Tu traición ha sido descubierta y pagarás con la vida tu crimen.

El coche cruzó el puente de Chi Shang y enfiló la carretera que conducía al monte de Hiang Zet.

Duggan había desarmado a Jones, el cual conducía el automóvil con manos temblorosas.

—Nada tienes que temer —le advirtió Duggan—, porque tú no tienes la culpa de que tu jefe sea un miserable. Para frente a esa casa.

Se hallaban a la puerta del «*bungalow*» de Teze Lú.

Roskoe descendió del coche con las manos en alto. Barry se había apoderado de la valija y le seguía, pistola en mano. Penetraron en el edificio. Teze Lú, extrañada por aquel acompañamiento, pidió explicaciones, y entonces Barry le dijo:

—Ya puedo decirte lo que te estuve ocultando contra mi voluntad. Soy agente del

F. B. I.,

de Washington, y acabo de detener a un individuo acusado del delito de ALTA TRAICIÓN.

Roskoe palideció y, retrocediendo un paso, intentó huir. Barry le alcanzó, propinándole un golpe en la cabeza con la pistola. El traidor cayó al suelo como fulminado. Cuando poco después abrió los ojos, unas sólidas esposas de cadena sujetaban sus manos.

Teze Lú permanecía inmóvil, agobiada por la noticia. Barry se marcharía a su patria, para no volver más, y su gran amor sólo habría sido un bello sueño. El agente especial, como si adivinara sus pensamientos, le dijo:

—No debes preocuparte, «Crisantemo». Hong Kong me gusta y volveré a buscarte tan pronto consiga un permiso.

—Mis ilusiones han muerto.

—Mi pobre Teze Lú: cuando vuelvan a florecer los cerezos, Barry retornará para hacerte feliz.

Teze Lú se arrojó en sus brazos y sus hermosos ojos vertieron lágrimas amargas. No creía en su felicidad. Le besó apasionadamente, como si se tratara de una eterna despedida, y al separarse trató de esbozar una alegre sonrisa.

—Cumple con tu deber —le dijo— y si algún día vuelves, Teze Lú te esperará con los brazos abiertos. Has recuperado la espada de Huang Kí y fuiste el vengador de mi venerable padre. No puedo exigirte más, ni debo ofrecerte menos; mi corazón es tuyo y tú mandas en mi vida.

Barry la besó. Mientras tanto, Roskoe contemplaba la escena con ojos cargados de odio. Sobre la mesa estaba la valija que guardaba el secreto, el terrible secreto que le iba a costar la vida.

¡Qué triste era naufragar a la entrada del puerto!

Barry registró a Roskoe, apoderándose de la llave de la valija, y ya iba a abrirla, cuando se sintieron pasos precipitados y apareció Duggan, diciendo:

—¡Llega la Policía colonial!

—Déjala que venga —respondió Barry—; desde este momento gozamos de inmunidad, según las leyes de la isla. Esta valija con el escudo americano es nuestro salvoconducto.

Uno de los criados chinos asomó su cara asustada. Parecía indeciso y se detuvo, mascullando palabras incomprensibles.

—¿Qué sucede, Wu Wang?

—Un sargento pide permiso para pasar, hija del Cielo.

Teze Lú miró a Barry y éste inclinó la cabeza como accediendo

al deseo del sargento.

Era éste un veterano de la Guardia Colonial, que se detuvo en la puerta haciendo el saludo militar.

—¿Qué hay sargento? —preguntó Barry.

—Tengo orden de conducirles a presencia del señor gobernador.

—Pensaba visitarle antes de marcharme. Gracias a él he podido moverme libremente por toda la isla —volvióse a Teze Lú, agregando—: Saldré en el vapor «Azteca» para Shanghai, en donde tomaremos un avión hasta Washington. Deséame suerte.

Teze Lú se abrazó a él, prodigándole tiernas palabras en chino. Barry, a duras penas, pudo desprenderse de los dulces lazos que le encadenaban y cuando, poco después, se alejaba en el coche con Duggan y Roskoe, ella, acodada en el muro cubierto de enredaderas, seguía sollozando...

En el despacho del gobernador, Barry mostró el contenido de la valija.

—Se trata, excelencia —explicó—, de un grave delito de traición que puede comprometer la paz del mundo. Vea esta música: leyendo los cantables perpendicularmente, encontramos el secreto terrible. En cada nota hay un signo. Todos unidos forman la clave; ahora bien: yo espero que me permita salir de la isla, conduciendo al traidor, sin necesidad de aguardar una orden de extradición.

—Antes de poder dar mi respuesta, ya había consultado con mi Gobierno. Nos conformaremos con el cadáver del capitán Nikota...

—Gracias, excelencia.

—Pero me gustaría saber el contenido de esa música.

—Ni yo mismo lo sé. Las palabras forman parte de una clave secreta que sólo posee el Estado Mayor del

F. B. I.,

pero puedo asegurarle que, sin duda, se trata de la invención más formidable de todos los tiempos: un avión submarino, terrible arma de combate en el aire y debajo del agua, y ahora, permítame, excelencia una pregunta: ¿cómo sabía que yo estaba en la casa de Teze Lú?

—Una información telefónica misteriosa. Sólo sé que era voz de mujer.

—Señor: en esta isla quedan cuatro personas que me ayudaron a

vencer en tan dura prueba; todos ellos son gentes humildes y siento no poder llevarlos conmigo. Pediré a mi Gobierno una recompensa; pero, mientras tanto, ¿no se podría hacer algo en su beneficio?

—¿Quiénes son?

—Mukden, el coreano, un chofer del servicio público, que vive en el noventa y ocho de la calle Yunnan; Aarón Marahi, Josch Rasucha y Lem Ojpal. Estos tres son tibetanos y paran en la taberna de «papá» Joe, junto a los muelles.

El propio gobernador tomó nota de los nombres y direcciones, prometiendo protegerles hasta donde fuera posible.

Mientras tanto, Duggan solicitaba pasaje para tres personas a bordo del «Azteca» y conseguía que le reservaran un camarote con tres camas.

Poco después, Barry pasaba a despedirse del cónsul Kalmar, al que explicaba concisamente parte de lo ocurrido.

—Cuando su antecesor fue relevado —le dijo—, se había recibido en la oficina central de Asuntos Extranjeros, un informe bastante extenso acusándole de inteligencias con el enemigo. Se comprobó que la denuncia era falsa, pero el cónsul fue relevado. Ahora se encuentra en Ottawa. Al enviarme con usted era para que tratase de vigilar al personal del Consulado de Hong Kong, de donde partiera la denuncia. Distraído con «Harakiri» y esa mujer misteriosa llamada Vanda, anduve un poco desorientado, hasta que sospeché de Farrals. Entre él y Roskoe trataron de suprimirle a usted, porque les estorbaba, y yo fui quien puse sobre aviso al doctor. Más tarde, los «Dragones Azules», a una de cuyas reuniones asistí, me indicaron a Mukden, el coreano, para que me acompañase y su ayuda me fue muy útil. Mientras tanto, Duggan, el mecánico, que también pertenece al

F. B. I.,

comunicaba diariamente con Washington, informando y recibiendo instrucciones. En este momento estará radiando un mensaje muy interesante para que detengan a los dos complicados en los envíos de secretos militares a Oriente.

—¿Y Roskoe?

—A bordo, amarrado en la bodega.

—Le deseo buen viaje, amigo. Su odisea ha sido bastante complicada. Sí algún día nos vemos...

—Pienso volver pronto, míster Kalmar. Teze Lú me espera.

Al poner Barry el pie sobre la cubierta del «Azteca» sorprendióse al tropezar con Vanda que paseaba del brazo del contramaestre. Iba a pedir explicaciones, cuando ella le dijo:

—Seremos compañeros de viaje y habrá tiempo para decirnos muchas cosas. Le presento a mi esposo. Quiero que sepa que yo soy mejicana y mi verdadero nombre es Aurelia Casanova. Entré en el Servicio Secreto mejicano porque deseaba vengarme de Amiro Nikota. El hizo morir a mi hermano Juan en un campo de concentración de Kiu Siú. Yo le puse a usted sobre su pista, yo le denuncié al comandante de las tropas chinas para que arrasasen el Valle del Dragón y yo fui quien escribió aquella carta que encontró usted en la habitación del hotel. Muerto «Harakiri», vuelvo a Méjico, porque mi tarea ha terminado.

El barco soltaba amarras. La sirena lanzó su nota de despedida. Barry se arrimó a la borda y vio a Teze Lú en el muelle toda vestida de blanco en señal de luto. Levantó la mano, saludando a su amor.

—¡Volveré, «Crisantemo»! —gritó Barry.

—Te esperaré siempre...

El muelle se iba alejando haciéndose cada vez más pequeño. Se borran los juncos, que parecían cascarones de coco, y Teze Lú seguía en el mismo sitio viendo cómo el barco desaparecía en la distancia. Duggan, silbando un tango, miraba desde la escotilla a Roskoe con los pies dentro de la barra... En la popa flameaba una bandera...

FIN

ALF MANZ

agradece

A LOS PUEBLOS DE HABLA HISPANA
LAS MUCHAS FELICITACIONES QUE LE TRANSMITE
EDITORIAL **ROLLAN**.

ALF MANZ

nos ha dirigido la siguiente carta:

"Distinguidos editores y queridos amigos:

"Me ha emocionado profundamente la última de ustedes. Sus noticias sobre el éxito del F. B. I. y las cartas que han tenido la gentileza de remitirme, en las cuales mis lectores solicitan autógrafos y fotografías, me llenan de orgullo por una sola causa: son de españoles y de descendientes de españoles. Raza fuerte, generosa y valiente, la española. Y, en correspondencia, a ellos quiero dedicarles mi novela titulada:

Terror en la Academia de Quantico

RECUERDA, LECTOR:

La Academia del F. B. I. está en Quantico.

ALF MANZ

Terror en la Academia de Quantico

próximo título de la

Colección F. B. I.

NOTAS

[1] En 1121 antes de Jesucristo, un descendiente del emperador Huang Kí, se estableció en Kí, aldea situada en donde hoy se halla Pekín, fundando la dinastía de los Ming. < <

[2] Kwan Ti, dios de la guerra entre los budistas. < <

[3] En China, el blanco es el color de luto. < <